

CHÁCHARA

TAURINA

Colección de anécdotas, sucesos, chascarrillos y
dicharachos, de Toreros y Aficionados

RECOPIADA Y AUMENTADA CON DATOS INÉDITOS

POR

Miguel Moliné y Roca



EDITORIAL IBERO AMERICANA

MADRID
Desengaño, 9, 11 y 13
LIBRERÍA

BARCELONA
Calle Valencia, 209
BAJOS



PRÓLOGO

Hace algunos días, desempolvando el montón de periódicos taurinos, de todas épocas, que se halla hacinado en los estantes de mi biblioteca, asaltóme la idea de cuán conveniente podría ser recopilar, por materias, en diversos tomos, los múltiples, olvidados y curiosos datos que, allá y acullá, andan esparcidos en los periódicos á que me refiero.

Sin contar las revistas de toros, algunas de ellas, como las de «Sobaquillo», «Sentimientos», «Un alguacil», «Carrasquilla», Pepe Estrañi, «El Barquero» y otras, muy dignas de ser reimpresas, vense en los mencionados periódicos documentos antiguos, anécdotas, curiosidades, cantares, epigramas y otras poesías que recopiladas en libros habrían de leer, seguramente con agrado, las generaciones de «aficionados» que no los hubieran, por cualquier causa, podido saborear cuando se publicaron en el periódico.

El periódico, en general, se compra, se lee y se tira; en cambio, el libro se compra, se lee y se guarda.

Del libro se hacen numerosas ediciones; del periódico es muy rara la reimpresión. De los quinientos periódicos taurinos que hasta la fecha se han publicado, sólo

recordamos que haya sido reimpresso uno: «El Mengue», que en 1868 publicó D. M. Garisuain Blanco.

Las razones que preceden nos han inducido á hojear los siguientes periódicos: «El Enano» (diversas épocas), «El Mengue», «Los Mengues», «La Lidia», «El Toreo», de Madrid, «El Toreo de Barcelona», «El Toreo de Cádiz», «El Toreo de Valencia», «El Toreo Sevillano», «El Arte del Toreo», «Mono Sabio», «El Jaleo», «La Pica», «La Bronca», «El Puntillero» (Barcelona y Habana), «Toros en la Habana», «La Lidia», «Nueva Lidia», «Arte de la Lidia», «Toros y Melones» «La Alternativa», «La Fiesta Nacional», «Cartas tauromáquicas», «El Zookerix», «El látigo», «El Sinapismo», «La Puntilla», «La Muleta», «El Chiquero», «Pepe Hillo», «El Loro», «El Tío Jindama», «La Tauromaquia», «El Programa Oficial», «El Imparcial Taurino», «El Volapíe», «El Despejo», «Sol y Sombra», «Pan y Toros» y muchos más, así como también algunos folletos y almanaques de los que, aparte otros inéditos que también se incluyen, hemos entresacado los datos que forman esta obra.

Con que resultara el libro de agradable lectura para el público, se daría por muy satisfecho,

Caricias.



CHÁCHARA TAURINA

El ex-picador de toros «Memento», cuando el estreno de su drama *Joaquina* en el Teatro Granvía, después de verse obligado á salir varias veces á escena, se acercó á las candilejas, y mientras con la mano derecha se rascaba la cabeza, se dirigió al público, y emocionado, con voz suplicante, dijo:

—¡Señore! Toquen á banderiya, qu' está bastante picao.

*
* *

El «Tato» como cumple á todos los que con sus faenas ganan un dineral y disfrutan de una popularidad asombrosa, cuidaba muy mucho de sostener su fama de rumboso y desprendido.

Tal vez por eso «Cúchares» se opuso siempre á que su hija se casase con aquel.

—Mira, chiquiya,—sermoneaba «Curro»,—que Antonio es un gastador, y no de tropa, y manque se enmiende, ten en cuenta que no tóos puen asegurar lo que tu padre, que dice: güervo y... güerve; los otros vienen por telégrafo.

Sabido es que en la moza hicieron poca mella esos sermones, y se casó con Antonio, decidida á participar de sus grandezas y á sufrir la miseria cuando viniese, porque ella quería al torero, y nunca pensó en el porvenir.



Regresaba «Gorete» de torear una corrida, cuando se encontró un amigo que le paró y preguntó cómo había estado.

—¡Bien!— contestó «Gorete»

—¿Y los toros?

—De Fulano.

—Ya lo sé; pero ¿cómo han salido?

—Como siempre: *uno después de otro*.



Una tarde, en Alicante, donde «Lajartijo» y «Frascuolo» toreaban una corrida de D. Vicente Martínez, un toro, el jugado en tercer lugar, arremetió con tal ímpetu contra el picador Calderón, que, desmontándolo del caballo, lo hizo cabalgar encima del morrillo, con gran emoción del público, que temía sufriera el diestro una cogida.

Por la noche, en la fonda, preguntó un aficionado al picador si se había asustado, á lo que contestó este:

—¿No ve osté que los toros cogen con la cabeza, y yo había pasao de ella?



La gratitud de un torero.— Era tan grande y profundo el cariño que el banderillero Manuel Sánchez

«Ojo gordo» profesaba á su maestro «Pepe-Hillo», que decía de éste:

—No se le podía tratar sin quererlo, porque era de lo que no hay en el mundo.



José Delgado (HILLO)



Al terminar las corridas del Pilar, en Zaragoza, asistió el famoso espada «Lagartijo», acompañado de algunos amigos suyos á una comida.

Mientras tomaban café y hablando de toros salió á colación el valiente espada «Reverte» que por sus arresos ante los toros tanta fama alcanzó.

Uno de los presentes preguntó á «Lagartijo» qué opinaba respecto del diestro alcalareño.

Rafael contestó:

—En cuanto er público se entere de que no sabe torear, s' habrá hartao de ganá inero.

*
*
*

Una tarde hallándome tomando café con Fernando Gómez, «Gallito», vino á la mesa en que nos hallábamos, el diestro Vicente Ferrer, restablecido apenas de una grave cogida que había sufrido toreando en Valladolid.

—¿Fernando,—pregunté yo,—conoce usted á ese muchacho?

—¿Quién es?

—Vicente Ferrer,—repliqué yo.

—¡Ah, sí! le he oído nombrar, y m' han dicho qu' es mu valiente.

Ferrer dijo entonces:

—Si yo supiera lo que usted sabe...

—Ay, hijo,—contestó «Gallito»,—con tu való y mi sabé se jaría un torero completo; pero nada hay perfecto en lo humano.

*
*
*

Para las ferias y fiestas de Santa Cruz había contratado el empresario de la plaza de toros de Figueras, don Pablo Gelart, á los espadas «Guerrita» y «Minuto».

A consecuencia de haber caído Guerrita en Jerez, envió, en sustitución suya, á Antonio Fuentes.

Dióse la corrida, en la que se lidiaron reses de Torres Cortina, que resultaron mansurriones. En el quinto toro pidió el público que bánderrillearan los espadas. Accedieron éstos, saliendo por delante Fuentes.

La res llegó al segundo tercio defendiéndose y aculada en tablas. Fuentes se vió negro para banderillar al bicho. Cite por aquí, cite por allá, y como si no: la res cabeceando sin moverse de su sitio.

A todo esto, el público se impacientaba, y «Minuto» que estaba esperando que Fuentes banderillara para entrar él, puesto en los medios de la plaza, empezóse á dar golpecitos en la mano izquierda con el par de banderillas que tenía en la derecha, como si se impacientara.

Al fin Fuentes pudo banderillar, aprovechando «Minuto» el relance para dejar un par casi simultáneo al que clavó Fuentes.

Terminada la corrida, el empresario de Figueras solía dar un banquete, al que concurrían las cuadrillas y algunos «aficionados» y amigos de dicho señor.

La noche de referencia, durante la cena, se habló largo y tendido sobre los incidentes de la corrida y del resultado de la misma.

«Minuto» que se sentaba á la mesa al lado de Antonio Guerra, levantóse á brindar y dijo:

—Reconozco que «Guerrita» es el mejor torero que hay en el mundo; pero estoy seguro que si Guerrita hubiera toreado hoy en la plaza de Figueras, *hubiese ido de cabeza*, lo mismo que hemos ido nosotros.

*
* *

En la plaza de la Barceloneta hallábase hace algunos años «Guerrita» viendo el desencajonamiento de una corrida de Miura.

La corrida era de bichos buenos mozos, bien puestos de cuerna, excepto un toro, cornalón, que lo estoquéo «Bebe-Chico».

Señalando una de las reses, dijo «Guerrita».

—Como ése era el que yo recibí en Seviya.

—¿Como ese?—preguntó uno, refiriéndose al cornalón.

—A ese lo resibe su mare,—contestó Rafael.



El modesto banderillero apodado «Niño-Rita» que residía en Barcelona, en cuya plaza toreaba con frecuencia, vivía en cierta ocasión no poco apuradillo por no sacarle la Empresa á torear.

Como sin trabajar no ganaba, el casero apremiaba al diestro para que le pagara el alquiler del piso que le tenía arrendado.

«Niño-Rita» que versifica con facilidad, tuvo ante lo penoso de su situación una idea luminosa. Escribió una carta en verso al casero, y tanta gracia hizo á éste lo que el diestro le decía, que la dejó tranquilo.

En vista del buen resultado obtenido con el casero determinóse el diestro á hacer lo propio con el empresario.

Y tampoco le salió mal. Recibir la misiva poética el empresario y anunciar de nuevo en los carteles al diestro, fué todo una cosa.

Lo que dió ocasión al «Chato de la Imprenta» (otro torero poco afortunado también) para exclamar: ¡Ay, zi uno hubiá nació poeta!...



De paso para Palma de Mallorca, donde iba á torear, llegó el infortunado «Espartero» á Barcelona, con objeto de embarcarse.

Antes de ir á bordo nos hallábamnos tomando un refresco en el café de Oriente, y en el curso de la conversación se habló de la grave cogida que había aquél sufrido toreando en Cabra.

Con el gran afecto que yo sentía por el valiente espada sevillano, húbale de recomendar que procurase no dejarse coger por los toros, pues con las cogidas de Cazalla de la Sierra, de Sevilla, de Gerona, de Málaga y con los revolcones sufridos en cien plazas más, había ya demostrado que no le asustaban los bichos.

A mis amistosas observaciones contestó «Espartero» con la mayor frescura: ¡Va, don Miguel! eso no es ná; los toros no matan.

¡Quién había de decir al bravo espada que en la ganadería de Miura se hubiera de criar el toro «Perdigón»!

*
* *

La víspera de la corrida en que se despidió «Lagartijo» del público de Barcelona, hallábase en la contaduría de la Plaza de Toros departiendo con varios amigos, cuando uno de éstos le dijo:

—Usted podía haber toreado aún cuatro ó cinco años más.

—No lo creas,—contestó con calma Rafael.—Mañana verán ustedes como ya no puedo, y debo retirarme.

Y el famoso cordobés, en la corrida mencionada, quedó mucho mejor de lo que era de esperar, haciéndole el público una cariñosa despedida.

*
* *

Uno de los diestros que tiene *buenos golpes*, es el banderillero Castillo, residente en Barcelona.

Cruzando el Atlántico con rumbo á La Guaira, hubo á media noche una falsa alarma á bordo. La rotura de tubos en la máquina hizo creer en un incendio, y el estar en mitad del Atlántico, á cuatro singladuras de Canarias y ocho de Venezuela, ocasionó un tremendo pánico entre el pasaje.

Los toreros, para ganar un bote, recurrieron á los estoques y puntillas; y cuando el terror era mayor y se consideraba más seguro el naufragio, preguntóle Castillo á Vicente Ferrer:

—Oye, Ferrer: ¿hay por aquí tiburones?

—¡Ya lo creo! ¡Muchísimos! Sin bote no nos salvamos,—contestóle el interpelado.

Y contestó Castillo, mirando los salvavidas:

—¿No? ¿Entonse pa qué sirven eso buñuelo?

*
* *

El mismo torero, un lunes, estando jugando á cartas, fué interrumpido por el cochero que el día anterior le llevó á la plaza, y que iba á cobrar la parte que á Castillo le correspondía pagar.

—Espera,—contestóle el banderillero.

Y como pasase unos minutos sin soltar la *luz*, repitió el cochero la petición, diciendo:

—Date prisa, Castillo, que no puedo esperarme.

—¿Aonde vas?

—A bañarme.

—Vete poniendo las calabazas,—contestó Castillo al tiempo que pagaba.

*
* *

Decía el espada Juan León de su colega Jerónimo José Cándido, que «entre todos los santos, el del señor Geromo no había sido nunca santo de su devoción.»

*
* *

En la enfermería de una plaza de toros:

El médico:—Vamos, hombre, que el golpe no ha sido tan fuerte como usted imaginaba.

El picador:—¡Caye osté, home! ¡Si me ha partío el endino po la quiya! Fué mucha caña aquella.

El alguacil (entrando):—A ver, todos los picadores á la plaza, de orden del presidente, que se enfría el toro.

El médico:—Vamos, hombre, salga usted pronto que está haciendo falta.

El picador:—Por la Virgen Zantizima, on Canuto, que soy un pare de familia.

El alguacil (entrando otra vez):—¡Que se enfría el toro!

El picador:—Calientalo tú, cara é sable; premita un debé que sarte un buró la barrera y te vean mis clisos ensartao como los guñuelos.

*
* *

El Tuerto.—Tal era el apodo de un célebre aficionado, que daba siempre la voz de «¡Que viene!» en los encierros de la plaza de Madrid, y de quien dice el señor Sánchez de Neira:

«...Tipo raro, excéntrico y extravagante, que vivía en los alrededores de la plaza, sin casa ni hogar, casi sin comer ni trabajar, que hablaba perfectamente idiomas extranjeros cuando era ocasión, lo cual suponía en él una ilustración no común; que callaba cuando le preguntaban los necios y era cortés con los instruidos; ente, en fin, que no sabemos definir.»

*
* *

De cómo se llega á espada.—En un remitido publicado en el periódico *El Porvenir* en 30 de Abril de 1862, y que firmaba el inteligente diestro Antonio Carmona «Gordito», sostenía éste respecto al que llegaba á espada: «que no se improvisa como otros tantos, sino

que llega á la suerte de matar después de practicar el tiempo bastante en todos los ramos del toreo á pie, lo cual sé que no pueden decir otros».

*
**

Los apuros de un torero.—Toreaba en cierta ocasión en la plaza de Jerez de segundo espada con Juan León, el discípulo de éste, Juan Yust, y empeñado el maestro en que su alumno matara recibiendo, hizo colocar á un toro noble á corta distancia de Yust. Al prepararse éste para matar, le dijo León con voz imperiosa:

—Veamos ahora; ó lo recibes, ó te echo en la cuna.

Yust cumplió el mandato de su maestro, y despachó al toro de una estocada recibiendo en toda regla.

*
**

Decía el famoso espada Manuel Domínguez, después de haber visto torear á «Lagartijo» y «Frascuero» en las corridas de Sevilla el año 1882:

—Los dos son hombres de vergüenza y de dos modos mata la vergüenza á los toros: unas veces llega el *pesqui* hasta el morrillo, y otras el corazón. En Rafael sucede lo primero; en Salvador ocurre lo segundo.

*
**

En una carta que se conserva del marqués de la Motilla, se dice á propósito del célebre diestro Manuel Bellón «El Africano», que era: «en la jineta una maravilla, tenía fuerza y maña cual pocos nacidos, y en toreo de reses hacia cosas que sólo viéndolas se creían.»

Competencia.—El ilustre Jovellanos, en la sátira segunda de las dos dedicadas «A Ernesto», alude en esta forma á la competencia que sostuvieron Pedro Romero, «Pepe-Hillo» y «Costillares»:



Pedro Romero

«Oye, y dirate
de Cándido y Marchante la progenie.
Quién de Romero ó «Costillares» saca
la muleta mejor, y quién más limpio
hiere en la cruz al bruto jarameño.»

*
* *

La oración de un lego.—Habiendo visto un lego franciscano el año de 1828 una corridá muy mala de toros del marqués de Salvatierra, salió cantando por las puertas de la plaza:

«De los bueyes del marqués...
liberanos Domine.»

*
* *

Por un gallo.—Los protagonistas fueron un inteligente diestro, muy aficionado á gallos, y un picador de la cuadrilla de aquél.

El picador tenía un gallo inglés de magníficos condiciones, al cual aspiraba el matador. A este objeto se lo manifestó al dueño de la *jaca*, negándose éste á desprenderse de ella por ningún precio.

Cierta tarde un toro de Veragua dió al picador una caída de latiguillo. El espada acudió al quite, y antes de rematar la suerte, para librar al caído, dijo á éste:

—Pepe, ó me das el gallo, ó te suelto á este gachó.

—Maestro,—dijo el picador,—le daré á osté el gallo y to lo que quiera; pero quíteme este pavo de elante.

*
* *

El par de pichones.—Era tal la celebridad que gozaban á mediados del siglo anterior los diestros Juan y Pedro Palomo, que aún se dice en Carmona (Sevilla):

Juan Palomo y Pedro Palomo, *buen par de pichones.*



Dice López Martínez en una de sus obras y á propósito de las corridas de toros:

«La lidia taurina no será causa de civilización; pero es efecto de una civilización más culta que las precedentes. Los grandes espectáculos en la antigüedad eran un frenesí del vicio, ó un frenesí de las pasiones; ellas son un frenesí de la alegría.»



Regalo.—La leyenda grabada en la hoja del estoque que por última vez empuñó el «Tato» y que regaló á «Lagartijo», dice así:

«Si, como dicen los filósofos, la gratitud es el tributo de las almas nobles, acepta, querido «Lagartijo,» este presente; consérvale como sagrado depósito, en gracia á que simboliza el recuerdo de mis glorias y es á la vez el testigo mudo de mi desgracia; con él maté el último toro llamado «Peregrino,» de don Vicente Martínez, cuarto de la corrida verificada el 7 de Junio de 1869, en cuyo acto recibí la herida que me ha producido la amputación de la pierna derecha. Ante los designios de la Providencia nada puede la voluntad de los hombres; sólo le resta el conformarse á tu afectísimo amigo.—Antonio Sánchez «Tato».



El Napoleón de los toreros.—Así se le llamaba por los aficionados al célebre diestro Francisco Montes, «Paquiro», en la época en que éste causaba loco entusiasmo en los públicos.



Testamento.—Al abrirse en 14 de Marzo de 1589 por el escribano Jerónimo de Sosa, el testamento del licenciado Alonso Martínez Espadero, del Consejo Real de Indias, se dió lectura á la siguiente cláusula:

«Item: declaro que entre mis libros hay uno escrito de mano, *cerca de la materia de los toros*, el cual, con todos los papeles que están dentro de él, eran del padre Castañeda, de la Compañía de Jesús, y ansimismo... mando se vuelvan á el dicho Provincial de la Compañía de Jesús de esta provincia de Toledo.»



El torero pájaro.—Cierta tarde en que el joven y arriesgado matador de toros Manuel García «Espartero», usando traje canario y negro, con cabos rosa, toreaba en la plaza de Valladolid un toro de Miura, recibió un achuchón al arrancarse á matar, saliendo volteado.

Al levantarse el diestro ileso, dijo:

—¡Qué inteligencia de toro; ma visto vestío de canario y negro, y ma jecho volar como un pájaro!



Esculturas taurómacas.—Asegúrase por todos los inteligentes en el arte de la escultura, que la mejor colección de figuras de talla que representando escenas del toreo hay en España, era la que tenía en su palacio «La Alameda» el señor duque de Osuna.

Compónese dicha colección de cinco grupos de á tres toreros, en diferentes actitudes, con un grupo ade-

más de mulillas arrastando al toro y un alguacil á caballo.

Las figuras que representan á los tres matadores, son retratos perfectos de los célebres Joaquín Rodríguez «Costillares», Pedro Romero y José Delgado «Hillo».

*
* *

Brindis.—Con ocasión de celebrarse en Sevilla una corrida de toros en honor de los infantes D. Francisco de Paula y D.^a María Carlota, que visitaron aquella ciudad, el célebre diestro Manuel Lucas Blanco les dirigió el siguiente brindis:

—¡Ah! mi zeñó infante on Francisco, va por la de usía, por la mujer, por la familia de aquí y por la de allá».

*
* *

En el año 1894 el nombre de Antonio Fuentes figuró entre los de los matadores de temporada en la plaza de Madrid.

Nada de particular se le vió hacer en las primeras corridas.

Pero cambió por completo la cosa para Fuentes en la corrida dispuesta para el 27 de Mayo, de triste memoria para la afición, ya que en dicha tarde halló la muerte el infortunado «Espartero».

En dicha corrida alternaban con «Espartero» los espadas «Zocato» y Fuentes.

Es de suponer el efecto que produjo en el público y en los toreros la hazaña del toro «Perdigón». Entre los diestros fué tal, que nadie sabía por dónde andaba. Sólo uno conservó la serenidad y se sobrepuso á las circunstancias, evitando no pocos percances, y ese diestro fué

Antonio Fuentes, quien vió premiado con incesantes aplausos su trabajo.

Aquella tarde y aquellas faenas agigantaron á Fuentes, y cuantos concurrieron al espectáculo juzgaron que desde entonces la fama de Fuentes crecería y sería el llamado á compartir las glorias y los aplausos con el famoso «Guerrita».



Figuraba Salvador Sánchez «Frascuero» como único matador en la plaza de Tolosa el 25 de Junio de 1866, para estoquear seis toros de D. Raimundo Díaz.

Nada notable ocurrió durante la lidia de los cuatro primeros bichos. Hallábase «Frascuero» toreando de muleta al quinto toro, que había tomado querencia en las tablas por frente al toril, cuando de pronto se oyó un grito unánime en la plaza. ¿Cuál era el motivo? Pues que el sexto toro había derribado á cornadas la puerta del chiquero, presentándose en el redondel.

Cundió el espanto entre las cuadrillas. Apercebido Salvador de lo que ocurría, abandonó á la res que toreaba y salió en busca del nuevo enemigo, al que alegró desde lejos con la muleta, y esperando á pie firme y con gran denuedo, al llegar á jurisdicción, le dió una estocada en el costillar, de la que hizo rodar al toro á sus pies.

Una vez muerto éste, volvió el espada á entenderse las con el otro toro, al que despachó de una estocada superior.

La ovación que este hecho valió á «Frascuero» fué indescriptible. El público saltó á la plaza, y cogiendo en hombros á Salvador, lo llevó así hasta la fonda.

*
* *

En la corrida celebrada en Sevilla el 5 de Abril de 1873, en la que se lidiaban toros de Barbero, de Córdoba, uno de éstos cogió al picador José Fuentes «Pipí», que era hermano del espada «Bocanegra», dándole una terrible cornada, que penetrando por las falsas costillas del lado derecho, le interesó el pulmón, produciéndole la muerte á los cinco días.

*
* *

En la corrida celebrada el 24 de Junio de 1873 en Jerez de la Frontera, el segundo toro, de D. Rafael Laffite, persiguió á Rafael Bejarano «Cano» hasta un burladero, en el cual no pudo éste entrar con la necesaria rapidez, á causa de haber muchas personas dentro. Por esta causa, le alcanzó la res dándole una cornada en la pierna izquierda, á consecuencia de la cual murió diez días después.

*
* *

Comprometía «Frascuero» al novillero Raimundo Rodríguez «Valladolid» para que torease en su cuadrilla algunas corridas, y el muchacho, queriendo dejar satisfecho al valeroso Salvador, en la primera que á las órdenes de éste tomó parte, cogió los palos, y llamando al toro, intentó el cambio, quedándose con los palos en la mano; volvió á intentarlo, y... lo mismo. Entonces «Frascuero», que conocía las intenciones del toro, marchó hacia Raimundo y dijo señalando á la res:

—Amigo, usted está acostumbrado á cambiar los de 100 pesetas, y esos son de 8,000 reales, conque ¡no presumir y á lo que estamos!....



En el teatro Nuevo Retiro de Barcelona se estrenaba «A real el kilo de vergüenza», obrita del popular explicador de toros «Memento».

La noche del estreno llegó á Barcelona el diestro «Maera», y supo la noticia del estreno en cuanto llegó á la fonda. Marchóse luego al teatro, buscó á «Memento», y al encontrarle, creyendo que lo que se estrenaba era el drama «Joaquina», dijo el novillero al «dramaturgo», al tiempo que le abrazaba:

—Vengo á ver que es esa guasona de «Joaquina».

—No es «Joaquina», sino «A real el kilo de vergüenza.»

A lo que replicó inmediatamente Soriano:

—¿Y con cuántos kilos te has quedado tú?

Durante la representación, cuando «Memento» sudaba el quilo por su «kilo», oyó que «Maera» le llamaba á grandes voces en el escenario. El autor, asustado, salió al encuentro y dijo:

—¡«Maera»! Home, que m'es'tás echando el público ensima.

—¡Corre!—contestó «Maera»—¡Corre! Que están despachando á ojo la vergüenza y no vas á ganar un real.



En una corrida celebrada el 5 de Junio de 1870, al ir Agustín Pereda á preparar para la muerte al primer toro, fué cogido por bajo de la tetilla izquierda, sufriendo una horrorosa herida de la que murió al poco tiempo.

El toro llamado «Girón» pertenecía á la vacada de D. Fernando Gutiérrez.



Un día en que el «Tato» había sacado, como suele decirse, al vestirse, el fondo del cofre, preguntáronle:

—¿Valen mucho esas piedras?

—¡Ya lo creo! el dinero de una tempora; pero yo las



Antonio Sánchez (EL TATO)

cambiaría por dos cosas: por los ojos de una buena moza, y por matar el primero del domingo á mi gusto; por cualquiera de las dos cosas las regalo.

El augurio se cumplió; su primer toro lo mató admirablemente, después de cinco pases de muleta.

*
* *

El traje que llevaba el «Tato» cuando «Cúchares» murió, se lo regaló al valiente «Frascuero», quien á su vez, al retirarse, hizo donación del mismo al famoso picador «Badila», quien lo conserva en su museo taurino como una de las más preciadas joyas del mismo.

*
* *

El apodo de «Tato» que andando el tiempo hizo famoso á Antonio Sánchez, se lo pusieron en el barrio de San Bernardo, de Sevilla, cuando aquél era muy niño, porque tartamudeaba un poco al hablar. El defecto se le corrigió; pero el mote le quedó para siempre.

*
* *

En cierta ocasión que el marqués de Salamanca sufría una de esas crisis tan frecuentes en los banqueros, pasó el «Tato» hecho un brazo de mar junto al millonario.

—Con lo que ese mozo lleva encima,—dijo aquél á los amigos que le rodeaban,—cubría yo mi déficit.

*
* *

Siempre que á Antonio Sánchez «Tato» se le hablaba de su desgracia sufrida en la plaza madrileña, la tristeza, mezclada con la desesperación, se retrataba en su rostro, y más de un aficionado le oyó exclamar:

—¿Por qué el maldito toro «Peregrino» no me empuñara el corazón en vez de engancharme por la pierna?

*
**

Mucho se habló de la corrida dada en Madrid á beneficio del «Tato», á raíz de su cogida; pero en una carta suscrita por un buen aficionado sevillano,* aseguraba éste:

—No fué oro todo lo que relució, pues Antonio tuvo que poner de su bolsillo 400 y pico de reales.—Conservo,—decía,—las cuentas originales.

*
**

El espada cordobés Antonio de Dios «Conejito», en la corrida celebrada en Madrid el 11 de Julio de 1897, alternaba con «Minuto», y como con este diestro había toreado con anterioridad en diferentes plazas, no accedió á que éste le hiciera nueva cesión de trastos, dando lugar á protestas de una parte del público, que hubiesen tomado grandes proporciones á no ser el superior trabajo que ejecutó el diestro, tanto en la muerte de los toros segundo, cuarto y sexto, como banderilleando á este último, en quites y toreado de capa.

Las protestas que escuchó en la plaza dieron margen á acaloradas discusiones entre los aficionados, y á que se reunieran representantes de la prensa profesional y política y conocidos aficionados, para tratar de nuevo la tan debatida cuestión de la alternativa.

Y resultó lo de siempre: que se discutió mucho, se escribió bastante y hubo partidarios para todas las soluciones. Pero los toreros á quien más directamente afectaba la solución, siguieron dando validez á las alternativas dadas en forma por acreditados matadores de toros.



Mirando el «Tato» un día atentamente unos magníficos botones que Ansorena exponía en su escaparate, de su abstracción sacó al diestro el espada «Cúchares», diciendo:

—¿Los ves? Pues los he visto mucho mayores.

—¿En alguna tienda?

—No, hijo mío.

—¿Pues en dónde?

—Escarbando en los morrillos de los toros, que allí hay un criaero.



En Azuaga, provincia de Badajoz, y en circunstancias muy especiales, recibió su bautismo de sangre el diestro «Palomar chico».

Dábase una novillada, en la que por primera vez vestía el traje de luces el citado diestro y en la que se lidiaba ganado de López Plata.

Marchó sin incidentes la novillada hasta el último cornúpeto; pero salió éste, que era grande, de muchos kilos, ancho de cuna y cuernos como palos de navío.

El diestro encargado de estoquearlo y el sobresaliente se negaron á darle muerte, por lo que la Presidencia ordenó que fuesen detenidos. El conflicto público se vino encima, y «Palomar chico» para conjurarlo se ofreció á la Presidencia, la que en un principio, y teniendo en cuenta la poca edad del muchacho, se negó á que lo efectuase. Pero la insistencia del joven diestro y las instancias del público, influyeron en la Presidencia para que otorgase la autorización. Obtenida ésta, fuese «Palomar chico» hacia la res, á la que dominó con media docena de

muletazos, y una vez cuadrada, entró á matar, clavando el estoque en lo alto, pero al salir dobló el morlaco el cuello y le enganchó y suspendió sin aparato. Al poco rato rodaba el cornúpeto hecho una pelota. El público tributó una ovación al animoso joven y lo sacó en hombros. Como alguien notara que el chico iba herido, le trasladaron á la enfermería, donde reconocido, resultó tener una herida profunda en la parte posterior del muslo derecho, de la que tardó dos meses en curarse.

..

Del «Chato de Zaragoza» cuéntase que en la segunda de las corridas del Pilar, celebradas el año 1894, acababa de banderillar, por cierto con gran aplauso, uno de los toros de Benjumea, que se corrieron aquella tarde, cuando al volver al estribo, un paisano le dijo:

—Vengo á traerte una buena noticia. Tu mujer acaba de dar á luz un hermoso niño.

—¿Sí?—dijo con alegría el «Chato». —¿Sabes cómo se llama el toro que acabo de banderillar?

—«Pies de liebre»—le contestó con asombro su amigo,

—Pues así se ha de llamar el chico.

Y en efecto, nadie conoce más que por «Pies de liebre» al hijo del «Chato».

..

El 9 de Agosto de 1872 fué cogido en la plaza de toros de Valdepeñas el picador Ramón Agujetas.

Una vez derribado el picador, metió el toro la cabeza, sufriendo aquél una tremenda cornada en el cuello, de cuyas resultas murió Agujetas á los siete días.

*
* *

Fué padrino de «Guerrita» en la pila bautismal su tío José Rodríguez «Pepete». Al día siguiente de ser padrino, es decir, el 7 de Marzo de 1862 firmó «Pepete» la escritura para torear en la plaza de Madrid.

La tarde del 20 de Abril del citado año, al ir á hacer un quite, fué cogido «Pepete» por el toro «Jocinero», de Miura, recibiendo tan gravísima cornada, que falleció pocos momentos después.

*
* *

El que andando el tiempo había de ser famosísimo «Guerrita», demostró desde muy niño gran afición á las lides taurinas.

En una ocasión, habiendo llegado á noticia de «Guerrita» que en el matadero de Córdoba, del que su padre era portero, estaba encerrado un novillo utrero, buscó á un tal «California», aficionado á picar, y apoderándose mientras dormía su padre de la llave del corral donde se encontraba la res, «California» y «Guerrita» penetraron en él silenciosamente.

Una vez dentro, armó Rafael á «California» de un largo palo, y haciéndole montar en una piel seca de vaca, que por su forma se prestaba al caso, se dispusieron para la lidia. «Guerrita» con un mugriento capote, toreaba al novillo y lo acercaba al aprendiz de picador, siendo inútil advertir que cuantas veces embestía el utrero, otras tantas rodaba por el suelo «California» y su improvisado caballo, dando esto ocasión á «Guerrita» para ensayarse en los quites.

Cuando más entusiasmado estaba el aspirante á torero en esta faena, despertó su padre, y notando cierto

ruido en el corral, se decidió á dejar el lecho, buscó las llaves, y no encontrándolas en su sitio, se asomó por la ventana, viendo á su hijo lidiar la res que para el siguiente día había de ser sacrificada.

Provisto de una vara, presentóse en el corral el padre de «Guerrita», propinando á éste algunos palos, al tiempo en que ponía fin á aquella corrida clandestina.

*
**

El inolvidable diestro Juan Jiménez «El Morenillo», que falleció en los comienzos del siglo XIX, era zurdo, y su maestro Curro Guillén sacó partido de aquella coincidencia para hacerlo ambidextro; y gracias á semejante capricho, una vez en Trujillo, y algunos años después en la plaza de Madrid, con dos toros que se terciaban á querencia contraria al volapié, consumó la suerte cambiando de mano estoque y muleta, obteniendo un éxito feliz de tan extraordinario recurso.

*
**

El parte en que se daba cuenta de la muerte del memorable espada José Rodríguez «Pepete», se halla redactado en los siguientes términos:

«El profesor de cirugía encargado de esta enfermería, dá parte á la empresa de la Plaza de Toros de que el espada José Rodríguez «Pepete» ha fallecido en el acto de hacerle la curación de la herida penetrante que ha recibido en la región mamaria izquierda en la función de esta tarde.—Madrid, 20 de Abril de 1862.—Doctor José María González».

*
*
*

Carta de Manuel Domínguez al «Boletín de Loterías y Toros», por haberle apodado éste «Desperdicio».

«Sr. Director del «Boletín de Loterías y Toros».— Muy señor mío: Un amigo me ha hecho advertir que en el Suplemento al número 1376 del periodico que usted dirige, y al anunciar que el día de Santiago trabajaré en Jerez, usa de un apodo que no debo consentir, pues sólo por mi nombre he querido siempre ser conocido.—Ruego á usted, por tanto, que en lo sucesivo si alguna vez se ocupa de mi humilde persona, tenga la bondad de excusar un mote que no consiento, pues en otro caso me obligaría á emplear cuantos recursos estuvieren á mi alcance para evitarlo.—Queda de usted, atento S. S.—Manuel Domínguez.—Sevilla, 19 Julio 1877.

*
*
*

Referia Juan León que, ofuscado una vez el aplaudido Roque Miranda con un toro huído, pegado á los tableros, tapándose de las suertes, y bastante entero todavía para una peligrosa colada, el Presidente mandó sacar la media luna, y como un banderillero hiciese notar dicha circunstancia al matador, replicó éste, despechado: —¡Ojalá, viniera jasta la Puerta Otomana!

*
*
*

Reo de cuidado.—Así llamaba el célebre diestro Juan Jiménez «El Morenillo» á los toros que se hacían de sentido y buscaban el bulto al matador en el último tercio de la lidia.

Cuando se ponía á trastear un bicho con tales condiciones, solía decir á los banderilleros:

—Muchachos, mucho ojo con lo que se jace, que éste es un *reo de cuidao*.

*
* *

El popular diestro Francisco Montes «Paquiro» decía para demostrar todo el mérito que había tenido el



Francisco Montes (PAQUIRO)

espada Juan León, comparativamente con otros matadores:

—Pocos se le ponían junto al señor Juan, y ninguno delante.;

*
* *

Veinticinco cornadas graves recibió durante su vida el célebre diestro José Delgado «Hillo».

A propósito de esto, decía Antonio de los Santos, discípulo y compañero de «Pepe-Hillo», que en el cuerpo de éste habían mojado los toros más veces que un escribano en un tintero.

*
* *

Cuando en 1850 el célebre diestro Juan León se contrató para trabajar con «Cúchares» y Juan Lucas Blanco en la plaza de Sevilla, varios amigos de dicho diestro, aconsejaron á éste que teniendo en cuenta su ancianidad, no se lanzara al peligro; pero Juan León cortó todas las reflexiones que se le hacían con la siguiente frase:

—Voy en busca de un pedazo de pan para mi familia.

*
* *

El famoso espada Juan Jiménez «El Morenillo» solía pintar el carácter de su maestro Curro Guillén con la siguiente frase, revestida del tono de la más sentenciosa gravedad:

—El señor Curro era excelente; pero tenía más genio que un toro.

*
* *

En 1809 toreaban en Jerez de los Caballeros Curro Guillén y su discípulo Juan Jiménez «El Morenillo».

Al hacer un quite de caballo Curro, sufrió éste una cogida leve, de la que pasó á curarse á la enfermería, en creencia de que se hallaría dispuesto para matar al toro.

Cuando salió de nuevo al redondel, ya «El Morenillo» había dado muerte al cornúpeto, por cuyo motivo dijo el maestro, admirando el valor de su discípulo:

—Muchacho, tú no sabes el mosquito que tenías por delante. Bueno está lo bueno.



Francisco Montes «Paquiro», hablando del inmenso valor del espada Juan León, decía de éste:

—Es mucho hombre ese. Bebe la noche antes de torear, y duerme como si tal cosa le aguardara.



Toreando una tarde en la plaza de Sevilla un novillero rematadamente malo, dirigió el siguiente brindis al malogrado diestro Antonio Sánchez «Tato», que ocupaba un asiento de barrera:

—Vaya por ozté, señó Antonio, y que quée su mercé siempre como voy á quedar yo ahora.

Y efectivamente, quedó nuestro hombre tan bien, que le llevaron á la cárcel.

Por donde se conoce lo mucho que querría al «Tato», cuando deseaba á éste aquella clase de triunfos.



«El Calvillo» y «El Pata» son dos toreros de invierno, dedicados á trabajar en las poblaciones pequeñas de Andalucía.

Un poeta desconocido se entusiasmó tanto al ver como toreaban dichos diestros, que les compuso el siguiente cantar:

La cuadrilla del «Calvillo»
y la del «Pata»,
se meten en los corrales
á matar ratas.

*
* *

Preguntándole un día á «Frascuero» un conocido aficionado, después de enumerar en un círculo de amigos sus muchas y graves cogidas, que herida le había producido más dolor, contestó el diestro:

—Aquella que me ha obligado á no torear en mucho tiempo en la plaza de Madrid.

*
* *

Toreando en la plaza del Ronquillo, fué cogido y muerto por un toro llamado «Traidor», el diestro Ricardo Osed (a) «Madrileño».

*
* *

Cuando «Frascuero» formaba parte de la cuadrilla de Cayetano Sanz y de cuando en cuando estoqueaba algunos toros, Juan Mota, su protector, más entusiasmado cada día con el muchacho, en todas partes le defendía á capa y espada.

Rebajábale un día Pablo Herraiz, y al oírlo Mota, le dijo:

—Pablo, no digas eso del chico, porque andando los tiempos has de ser tú de los que soliciten una plaza de banderillero en su cuadrilla.

—¿Yo?—replicó Pablito.—Eso nunca; primero me corto los brazos y las manos.

Y Pablo no se cortó brazos ni manos, y solicitó y obtuvo una plaza de banderillero en la cuadrilla de Salvador.

∴

El espada «Dominguín» se encargó de torear él solo en Bayona una corrida de seis toros el 30 de Septiembre de 1900.

En dicha corrida fué cogido y volteado varias veces, resultando con el traje hecho girones y con la muñeca derecha lastimada.

Decía «Dominguín», relatando las veces que había sido cogido y enseñando el traje convertido en un pingajo:

—Cuando aquellos toros no me han matado, ya no hay ninguno que me mate.

¡Quién había de decir al infortunado diestro que el domingo siguiente y en la plaza de Barcelona, un toro de Miura llamado «Resetor» había de inferirle una atroz cornada, que después de producirle algunas horas de terrible sufrimiento, había de causarle la muerte!

*
* *

Estimaba don José de Velar de que es muy relativa y convencional la ternura de corazón de los protectores de bichos y hierbas.

—Se compadecen del toro,—decía,—del caballo, de la rosa, hasta derramar lágrimas, y matan con fruición las perdices y las alondras y se las *comen* después; declaran la guerra á las industriosas hormigas; arrancan la verde grama y el artístico cardo de los campos; ense-

ñan al galgo á coger liebres, y crían gatos para que *maten* ratones.

*
* *

En la plaza de toros de Barcelona, estaba «Villita» anunciado para tomar parte en una corrida de toros.

La víspera de la corrida fué el diestro á ver el ganado que había dispuesto para la función. De los seis bichos encerrados, cinco eran de igual tipo en peso y pitones; en cambio el otro era excesivamente cornalón.

Al verlo «Villita», preguntó al mayoral á quién se destinaba aquel búfalo, y al oír que para él, dijo el diestro aragonés:

—¿Pero es que tu amo se ha creído que yo no hago falta en mi casa?

*
* *

El tan nervioso como inteligente escritor taurino don Antonio Peña y Goñi, afirmaba que hoy se va á los toros como se iría al Vivero ó á la Fuente de la Teja.

Decía también que el día que desaparezcan las corridas de toros, desaparecerá lo único que nos queda del carácter español.

A juicio del señor Peña y Goñi, las razones taurinas tienen algo del espectáculo: son indiscutibles.

*
* *

Celebrábase en Palma de Mallorca una corrida en la que el famoso espada «Guerrita» debía estoquear los seis bichos.

Al hacer el apartado y prueba de caballos, surgieron dificultades, y el Gobernador civil que lo presenciaba, ordenó se fuera en busca de «Guerrita».

Este, en mangas de camisa, se hallaba tomando el fresco en la terraza de la fonda cuando fué avisado de que el Gobernador le llamaba. Bastante contrariado, obedeció «Guerrita» la orden, presentándose en la plaza.

El Gobernador excusóse por haberle molestado, á lo que contestó el diestro:

—¡Claro que sí que me ha molestao osté!
Y se quedó tan fresco.

*
**

«Sólo en la torería, dice López Bago, se ve como cosa acostumbrada y naturalísima el rasgo de abnegación llevado hasta el heroísmo. El hombre que expone su vida para salvar á su semejante, no una vez, sino todas las que sea preciso mientras la fiera está en el redondel. Eso es tal, que se ha convertido en regla del arte. Cuando se consideran tales sacrificios y actos de valor como rutinas y prácticas usuales, los que lo profesan no son artistas, porque el arte adquiere la santidad, y es ya un sacerdocio.»

*
**

«Quedarse los toros vivos», se dice entre los toreros, cuando aquéllos se echan de aburridos.

*
**

Asegura un poeta que las fiestas de toros son aquellas

«en que no domina el oro
ni potentado ninguno,
y si hay privilegio alguno,
lo lleva en el asta el toro».

*
* *

Tratando de las corridas de toros, dice Edmundo de Amicis:

«La impresión que deja en el ánimo este espectáculo, no puede describirse; es una mezcla de sentimientos, de la cual es imposible deducir nada claro; no se sabe qué pensar de él.

»Por momentos, horrorizados, querríais huir de la plaza y juráis no volver más; por momentos, maravillados, arrebatados, casi ebrios, no quisierais que el espectáculo concluyese nunca; ora os sentís casi presa de un mal; ora prorrumpís en gritos, en risas y en aplausos; la sangre os hiela, pero el valor asombroso del hombre os exalta; el peligro os oprime el corazón, pero el triunfo os le ensancha; la lucha enciende vuestra sangre; el centelleo de la espada os estremece; y luego aquellos millares de semblantes, aquel estrépito, aquellos mugidos, aquel silencio profundo, aquellos fragores repentinos, aquella luz, aquellos colores, aquel no sé qué de grande, de fuerte, de cruel, de magnífico, os deslumbra, os aturde, os altera.

»Es un espectáculo del cual es imposible que forme idea quien no lo haya visto».

*
* *

Tal conciencia tenía el espada Francisco Montes de su propio valer, que sostenía que para una cuadrilla de toreros que sepan su obligación, no hay toros de compromiso.

Decía también que delante de los toros hay que parar, y parar mucho, y que no recibirá toros quien no tenga conciencia para verlos llegar.

Añadía que el que tapa la salida natural de los toros, encuentra, por regla general, cornadas.

*
* *

Comentábase en una reunión de toreros y aficionados la frecuencia con que los banderilleros al ir á pa-rear hacían salidas falsas.



Francisco Ortéga (CUCO)

Francisco Ortega «Cuco», famoso banderillero, que se hallaba oyendo la discusión, dijo:

—Las salidas de veras para poner palos, dan palmas; las salidas falsas sólo dan cogidas.

*
* *

El enérgico gobernador que fué de Barcelona, don Melchor Ordóñez, solía decir á menudo «que el público que paga, tiene siempre razón.»

*
* *

Francisco Montes, ocupándose de «El Chiclanero», decía:

—Yo no sé qué tiene ese chiquillo para traerse los toros tan por derecho siempre.

*
* *

Hablando del mismo «Chiclanero», decía Gausimaïn Blanco en «El Mengue», que «aquél elevó la suerte de recibir á su más alto grado de esplendor, porque la adornó con la elegancia; no necesitaba vida, porque la tenía propia; pero la dió el último toque, y su colorido llegó hasta las esferas de la belleza.»

*
* *

Con respecto á las fiestas taurinas y á los detractores de las mismas, escribió el saladisimo Ricardo de la Vega, lo siguiente:

Al que predique y arguya
contra tan notable fiesta,
se le da como respuesta
lo que dice esta aleluya:

Antes volviéranse moros
toditos los españoles,
que renunciar á sus joles!
y á las corridas de toros.



Ocupándose don Serafín Estébanez Calderón «El Solitario» de las fiestas taurinas, dice:

«Los toros, ya se les considere como espectáculos circenses, ya se les mire como recuerdos caballerescos de la Edad Media, ora se les califique con filosófica imparcialidad, ora se les alabe ó encomie como vanagloria nacional, como muestra del esfuerzo y bizarría española, merecen siempre del escritor público toda aquella atención que sobre sí llaman los hechos constantes y de forzosa repetición, que nunca se desmienten, y que sufren y saben resistir el transcurso de los siglos, y lo que es más admirable todavía, el trueque de las ideas y la revolución de los estados...»

Y añade el mismo ilustre Estébanez:

«...que para presentar los rasgos de nuestra fisonomía y los toques de nuestro carácter del modo más español posible, todavía está obligado con vínculos de más fuerza á dar su relativa importancia á las cosas aquellas, como son las corridas de toros, que por su desuso en las demás partes del universo, su existencia única y peregrina entre nosotros, su remota antigüedad en nuestros anales y crónicas, y por su sello de originalidad, extrañeza, valor y gallardía, han llegado á ser, y son efectivamente, un distintivo peculiar de la noble España y de sus bravos y generosos hijos. .»



El famoso espada «Guerrita» decía en una ocasión á don Luis Carmena y Millán:

—El día que las condiciones de los toros no me permiten quedar todo lo bien que deseo, ando después como si estuviera loco.

*
* *

A Rafael Guerra se le había oído decir en más de una ocasión lo siguiente:

—Cuando me echen toros que después de tantearlos me convenzo que no se dejan lidiar, trataré de acabar pronto con ellos de cualquier modo, para no aburrir al público y para no aburrirme yo.

••

Decía el célebre espada «Cúchares» que para ser torero, hay que nacer al lado de la vaca.

Al mismo famoso diestro se le atribuyen los siguientes pensamientos:

Para un buen banderillero, hay toro en todas partes.

El sonido de los clarines nos hace olvidar por de pronto donde nos atamos la faja.

Con los toros que buscan dar una desazón, jamás se acuerda uno de las reglas del arte.

El toreo no se aviene con las medianías.

*
* *

Acordado por «Machaquito» y «Lagartijo» tomar la alternativa, se fijó la fecha para tal acto el 16 del mes de Septiembre, y con mejor ó peor acuerdo, que esto no he de entrar á discutirlo, se convino también que para fijar la antigüedad de los dos neófitos, se sortease antes de la corrida á quien le correspondería en lo sucesivo torear por delante, siendo el agraciado Rafael Molina «Lagartijo chico».

Para dar al acto de la suprema investidura más resonancia, por convenio también, se acordó que Mazzan-

tini la diera al que había de figurar como más antiguo, y «Bombita» al otro, como así sucedió.

Tanto de sortear la antigüedad como de repetir en una misma corrida la fórmula de la alternativa, éste ha sido el primer caso que se ha dado desde que existen corridas de toros.



Decía José Redondo «El Chiclanero»:

—Si no sirvo para torero, que sí serviré, porque tengo corazón y entusiasmo por el arte, concluiré pronto; pero no pasará mi madre escaseces mientras yo viva.



Salió de Barcelona á pata este último verano, uno de los novilleros más desgraciados que dan á luz las madres.

Nunca llega á tiempo de encontrar una contrata decente, aunque él dice, y es necesario creerlo, que pocos le ganan en el redondel manejando el capote, y que á los toros, por grandes que sean, se los mete en el bolsillo.

Aunque malas lenguas aseguran que donde se los metería es en la barriga, después de mechados, porque el infeliz, como no torea más que mentalmente, con la imaginación, pasa unas hambres descomunales, y á veces su carpanta es tan grande, que sería capaz de tragarse un sábalo vivo del Guadalquivir, en forma de solomillo.

Sucedió que una mañana fresquita de Junio, tomó el tole dirigiéndose á lejano pueblo, donde con motivo de la feria de su patrona, había anunciadas tres capeas y un toro de muerte para cada función.

Al anochecer, con nueve leguas en el buche y sin otro alimento, llegó á presencia del alcalde, que le recibió afectuosamente.

—¿Conque usted quiere tomar parte en las capeas?

—Sí, señor. A eso vengo desde la capital.

—Pues como no sea honorariamente...

—¿Y eso con qué se come?

—Digo que como no sea sin sueldo... Porque ya todo el personal está contratado.

—Mardita sea mi estrella.

—Todo está listo; no falta mas que contratar mañana el ganado.

—¡Ay, señor alcalde, por Dios! ¡No me desaire usted en esta ocasión!

—¿En qué más puedo servirle?

Y el pobre torero, haciendo señal de embestir, bajando la cabeza, dijoie con voz compungida:

—Bien pudiera usted contratarme á mí como novillo.

—Vaya hombre, no se bromea usted. ¿Quiere tomar café conmigo?

—Con esta condición. Que sea migado. Y me traigan la hogaza.

—¡Bueno! Mientras usted concluye, yo me voy á mis quehaceres.

—Salú, zeñó alcalde. ¡Algo se pesca!

* *

«Yo me empeño á matar,—decía Pedro Romero,—todos los toros que pasten los campos.

»El espada, en la plaza, delante de los toros, debe matar ó morir, antes que correr ó demostrar miedo. La honra del matador está en no huir nunca delante de la cara de los toros, teniendo muleta y estoque en las manos.

»El lidiador,—agregaba,—no debe contar con los pies, sino con las manos».

*
* *

En España, en opinión de Luís Mazzantini, no se puede ser más que dos cosas:

Tenor del Real ó matador de toros.

Un do de pecho y una estocada por todo lo alto.

Y... á cobrar.

*
* *

El graciosísimo revistero taurino Eduardo de Palacio «Sentimientos», hacía notar «que si al ganado se le pica mal, lejos de servir la suerte de la puya para lo que se propuso Romero y para lo que aconseja el arte, solamente sirve para estropear á la res y hacer imposible la lidia en el segundo y último tercio.»

*
* *

Afirma don José Sánchez de Neira que el «torero posee en alto grado excelentes condiciones de honradez y nobleza.

»No es, como suponen los impugnadores de las corridas de toros, un sér despreciable de la sociedad.

»Cuando menos, como hombre, vale tanto como el que le vitupera.

»Como honrado y generoso, vale más, mucho más.»

*
* *

Discutiendo unos aficionados sobre si era la plaza de Madrid ó las de Maestranza las que habían de dar validez á las alternativas de los espadas, preguntaron su opinión sobre el particular á Fernando Gómez «Gallito», quien contestó:

—Las alternativas no las dan los primeros espadas, sino el público.

*
* *

El valeroso espada «Frascuero» decía:

—Los toros dan cornadas, porque no pueden dar otra cosa. Si dieran caramelos, daría gusto torear; y para evitar aquéllas, no hay más que huir ó cortarse la coleta.

Decía también el diestro granadino que el valor debe nacer con el torero, como la seducción en los ojos de las niñas bonitas.

*
* *

—Yo no quiero,—decía «Guerrita»,—que á nadie le pase nada, y me alegro que todo el mundo quede bien; pero siempre trato de quedar mejor que todos.

*
* *

Decía don Alfonso García Tejero:

—Los toros divierten, conmueven, sublevan y alborotan los espíritus como ninguna otra fiesta, y sirven de agradable pasatiempo al filósofo, al mercader, al letrado, y por último, complacen y causan admiración á los extranjeros que tanto los critican, y luego que los ven, siempre están preguntando el día que hay toros, á los que asisten con entusiasmo.

*
* *

Una temporada, con motivo de habladurías y chismes, estuvo «Frascuero» reñido con el ganadero don Vicente Martínez.

Se presentó un empresario á comprar una corrida, y al enterarse el ganadero de que era Salvador el que había de torearla, estuvo un poco dudoso en venderla, hecho que no tardó en conocer «Frascuero».



Salvador Sánchez (FRASCUELO)

—Dígale usted á don Vicente que mato los seis toros de una vez, y que luego de postre lo mato á él.

Poco tiempo después don Vicente Martínez era el ganadero predilecto de «Frascuero», y aquél el mejor amigo del valeroso espada granadino.



Subscrita por varios oficiales del regimiento de caballería de la Reina, se publicó hace algunos años en «El Imparcial» de Madrid, cuyo texto se refiere á lo siguiente:

«El caballo que montaba el general Concha aquel memorable día, ha sido vendido en 27 duros por el Estado á la empresa de la Plaza de Toros, la cual lo utilizará en la corrida de esta tarde.

»A los espíritus fuertes que tomen estas cosas como sentimentalismo trasnochado, debe recordárseles la historia de la pobre bestia destinada para la plaza, á partir del día de Monte Jurra y en aquel día mismo. Puede pedirse que la cuenten á los muchos que quedan todavía de aquel encuentro, y á esos oficiales mismos que nos escriben pidiéndonos que «El Imparcial» interponga su valimiento para salvar la vida de un caballo viejo.

»¡Qué empeño tan baladí para que un periódico serio se meta en él! ¡qué pequeñez... tan grande! Sobre ese caballo (cuentan las crónicas de aquellos días de luto) montó nervioso el general al pie de la ladera de Monte Jurra, temblando de ira viendo que se cerraba el paso de Estella por la masa carlista que salía por todos los accidentes del monte, y en un supremo arranque de valor que dar como ejemplo á los soldados que le seguían vacilantes ante el fuego nutrido y terrible que Monte Jurra echaba de sí.

»No se puede falsificar la historia, no; vaciló el ejército todo delante de aquel formidable y decisivo empuje de los carlistas, corrió hasta las últimas filas el convencimiento de que nada se podía contra aquella escarpadura defendida por fuerzas superiores, y llegó ese ins-

tante supremo de espera. El ejército miró á su general, sobre el general influyó la pesadumbre de la inmensa responsabilidad futura y el recuerdo de las glorias ganadas, y subiendo sobre el caballo destinado á morir en los toros esta tarde, se fué con él sobre la vanguardia, ciego de ardimiento y temeridad, resuelto á salvar en aquel punto y trance supremos el propio honor y el del ejército que le seguía, ó á dejar al pie de Monte Jurra su vida y la de sus soldados.

»Dejó la suya; una bala le atravesó el pecho y le inclinó sobre la silla, mientras decía á los que le sostenían, aquellas memorables palabras:

»—He muerto, pero en las guerrillas.

»Pues bien; aquel caballo sobre el que cayó muerto el general, fué conservado y cuidado varios años, hasta que llegó, no sabemos cómo, al regimiento de la Reina, ya viejo é inservible para el servicio. Pero para los jefes y oficiales de ese regimiento fué el cuidado de la bestia como un tributo á la memoria del general, y le han dado pienso y abrigo durante seis años en el mejor rincón del cuartel y rebajándole de servicio, como se facilita pan y casa por el Estado al inválido que ha dado á la patria cuanto podía dar.

»Ahora el Estado se deshace del caballo á cambio de 27 duros, y yo, en nombre de ese regimiento que ha cuidado cariñosamente de él durante seis años, pido á los señores Ministro de la Guerra y general Concha que se inutilice la venta hecha, recoja el caballo y se le dé otra vez el rincón del cuartel en que ha vivido estos últimos años, gracias al piadoso recuerdo que para el que murió sobre él han tenido esos militares.

»Y seguramente ni el Ministro de la Guerra ni el hermano del héroe de Monte Jurra permitirán que el viejo caballo muera de una cornada en una corrida de toros.

»Sería triste, muy triste, digan lo que quieran los espíritus fuertes.—*Eme.*»

*
* *

El 19 de Octubre de 1829, se celebraba en Madrid una corrida, en la que, con otros diestros, debía estoquear Juan León los toros anunciados.

Salió el quinto, y una vez picado y banderilleado, salió el espada mencionado á matarle. Tardó bastante en pasarle de muleta, y cuando había dado un pinchazo y tres medias estocadas á paso de banderillas y á la media vuelta, ordenó la Presidencia que sacasen la media luna.

A la vista del instrumento ignominioso, el espada comenzó á esgrimir el estoque en todas direcciones.

En esta operación le ayudó toda la cuadrilla, echándose sobre el toro, unos pinchándole con banderillas, otros asestándole puntillazos, y quién, con una de las espadas entre el capote, pinchaba á la vez que el maestro propinaba nuevas estocadas, y el puntillero procuraba desjarretarle. Este, por fin, pudo conseguir llevar á cabo la faena que le estaba encomendada.

La piel del toro resultó una criba; tantos pinchazos había sufrido.

El efecto que en el público produjo tan desagradable escena, no es para descrito. La indignación fué grande, y en vista de tal cuadro, el presidente impuso una fuerte multa á la cuadrilla.

*
* *

Corría el año de gracia de 1848. Para la tarde del día 21 de Agosto se había anunciado en Madrid una corrida con toros de acreditadas ganaderías, y el público ocupaba las localidades del antiguo circo que se levantaba en las inmediaciones de la Puerta de Alcalá.

Dió principio la corrida, y ¡oh desencanto! de los sie-

te toros que se presentaron en el redondel, tres eran tuertos, dos tan corniapretados, que casi no podían cornear, y finalmente, uno cojo.

Por esta causa y la de haber sido vuelto al corral el toro que salió en segundo lugar, y haber tenido que echar perros al último, el señor conde de Vistahermosa, que presidía la corrida, ordenó que se corriera un toro de gracia.

No lo había, y la empresa hizo de nuevo salir al ruedo al segundo, que por no ser de recibo, había sido retirado al corral.

El público se alborotó, y la Presidencia dispuso que sin lidiarse la res le echaran perros y muriese en el redondel.

El señor conde de Vistahermosa, ante tal serie de abusos, no pudo permanecer impasible; los intereses del público estabanle encomendados, y como se había jugado con ellos, quiso demostrar que era fiel guardador de los mismos, y que quien tales abusos había cometido, tuviera inmediato castigo, y ordenó que el empresario atravesase la plaza rodeado de alguaciles y guardias para ir á su presencia, como se verificó, imponiéndole luego una fuerte multa.

El público, que denostó á la empresa al cruzar el ruedo, quedó satisfecho con aquel castigo.

*
* *

«El Resumen» publicó en Octubre de 1886 lo siguiente:

«*Justicia sevillana*.—El «Espartero» recibió días pasados una cornada en un muslo, toreando en la plaza de Sevilla.

»A los pocos días recibe, no otra cornada, sino un volante del Juzgado llamándole á declarar.

»El diestro se excusa con su estado, y el juez insiste en que puede y debe presentarse en su despacho. El «Espartero», atemorizado ante los términos de la exigencia, sale como puede de su casa, y compareció ante la autoridad.

»—¿Qué tiene usted en la pierna?—le pregunta el juez.

»—Una cornada,—responde el diestro.

»—¿Nada más que una cornada?

»—Nada más, afortunadamente.

»—Eso no es cierto. ¿Quién le ha inferido á usted esta herida?

»—Un toro.

»—Miente usted. La cornada es un pretexto, y aquí se tiene noticia de una riña.

»El «Espartero», que no ha peleado nunca más que con reses bravas, protesta enérgicamente, diciendo:

»—¡Pero, señor juez, si ha sido un toro! ¿Va usted á meterme en la cárcel?

»—Eso es una burla y un desacato á la autoridad. ¡A la cárcel!

»Y efectivamente, el «Espartero» es conducido á la cárcel, de donde sale poco después mediante fianza de 30,000 reales.

»La nube de curiales se echa encima, y como para ataques de esta naturaleza no vale muleta, el diestro se encuentra en situación muy apurada.

»A nosotros nos ha parecido monstruoso este relato. Pero tal como lo dejamos copiado, lo oímos anoche á muy respetables personas de Sevilla, á quienes en súplica de justicia habían llegado las quejas del torero.»

«Espartero» fué condenado por la Audiencia de Sevilla á tres meses y un día de arresto; pero presentó el diestro recurso al Tribunal Supremo, que lo admitió y rebajó la pena á un mes y un día.



Con el título de «Un bromista de antaño», cuenta el entendido aficionado «Segundo Toque» lo siguiente:

«Las reuniones de empresarios han llegado á ser una cosa seria. Se anuncian y tienen efecto.

»Años atrás, cuando se convocaban reuniones de esta clase, nadie daba á ellas importancia alguna, pues todo solía reducirse á la pura broma de algún desocupado.

»A este propósito recordamos un hecho que dejó har- to escamadas á las empresas de toros. Ocurrió, si mal no recordamos, en 1877.

»Con fecha 28 de Marzo del citado año fueron invita- dos á reunirse en Madrid varios empresarios de las pla- zas de provincias, entre ellos los de las de Oviedo, Coru- ña, San Sebastián, Murcia y Pamplona, para tratar asuntos de gran interés.

»La invitación estaba firmada por un supuesto empre- sario del circo taurino de Bilbao, y la reunión debía ve- rificarse el día 1.º de Abril siguiente en el cuarto núme- ro 6 de la Fonda Española; pero al acudir varios de los invitados al local de la cita, fueron enterados de que el cuarto número 6 estaba vacante, y de que en aquel esta- blecimiento no se hospedaba el arrendatario de la plaza de Bilbao.

»El bromazo resultó del peor género; mas si su autor se propuso lograr que en mucho tiempo no volvieran las empresas á tratar de juntarse, no cabe duda que realizó su propósito.

»Por espacio de muchos años nadie se atrevió á pro- poner juntas de tal clase, y cuando en otoño del pasado año tuvo lugar en la plaza de Madrid la asamblea de arrendatarios de circos taurinos, el chasco ocurrido vein- tidós años atrás estaba olvidado por completo.

»En la reunión citada se acordó realizar otra en Mayo del siguiente año, y en efecto, hace algunos días ha tenido lugar ésta, con asistencia de varios empresarios, y otras debidamente representadas.

»El dictamen presentado por la Comisión abarcaba algunos puntos de importancia, tales como los referentes á la edad y trapío de los toros, substituciones, puyas y multas, todas de gran interés para la afición y que pueden resultar en beneficio de ésta en el caso de resolverse satisfactoriamente.

»En cambio fueron objeto de particular atención otros asuntos que sólo pueden tener interés para las empresas, y que no es fácil reporten provecho alguno al público que acostumbra ser siempre quien sale peor librado.

»Ojalá estas reuniones tengan satisfactorio resultado y tiendan á harmonizar todos los intereses, poniendo los del público en preferente lugar, pues que de no ser así, sería cuestión de llegar al extremo de echar de menos al bromista que en 1877 se propuso acabar con las asambleas de empresarios.»

*
* *
*

Poco tiempo antes de morir, el infortunado Lesaca, viendo en Sevilla á un torero que hacía poco había perdido á su madre, y por no poder no vestía de luto sino que llevaba un traje claro, le llamó á su casa y le regaló un traje negro que él aun no había estrenado.

No faltó quien le advirtiera que la caridad debe empezar por uno mismo, á lo que contestó:

— ¡Pobrecillo! se le ha muerto su madre. ¡Quién sabe si mañana lo tendrán que hacer conmigo ó con mis hijos!

La madre de Juan, que estaba presente, abrazó á su hijo, llorando de satisfacción.



Decía «Lagartijo» que «el diestro que no empieza comiéndose los toros, éstos se lo comerán á él.»

También decía: «No son los toros los que cogen; somos nosotros los que cogemos á los toros.»



Rafael Molina (LAGARTIJO)

En opinión del famoso cordobés, el toreo tiene algo de santi, boniti, barati:

«Para ser figura en él, se necesita haber sido convertido antes en polvo... por los toros.»



Habiéndose suscitado entre los diestros «Villita» y «Gavira» la cuestión de antigüedad en la alternativa, suscribieron la siguiente acta:

»Habiéndose puesto en los carteles en primer lugar al espada Nicanor Villa «Villita» y en segundo al espada Francisco Piñero «Gavira», y creyéndose este último perjudicado por haber tomado la alternativa con anterioridad al primero, ha exigido, en vista de las razones que le asisten, el matar el primero, y con tal motivo personáronse en el Gobierno civil de la provincia para hacerle ver á la primera autoridad la razón que de derecho le asiste, presentándole carteles y periódicos que en casos análogos han resuelto esta misma cuestión.

»Dicha autoridad, sin hacer caso de dichos documentos ni razones, ha acordado que dicha función se verifique por el orden establecido en los carteles fijados.

»En vista de lo expuesto, ambos, de común acuerdo, convienen lo siguiente:

»Que la función esta tarde celebrada quede sin efecto ó pendiente de resolución hasta tanto que una junta de matadores de cartel decidan sobre estos derechos.

»Y para que conste, lo firmamos en Soria á 3 de Octubre de 1895 —Francisco Piñero, Nicanor Villa «Villita». —Testigos: Antonio Alvarez, comerciante, Manuel T. Zori, Julio Vicente.—Por la Empresa, Bernardo Hierro. —Es copia.»



Resulta una verdadera coincidencia la de que la primera corrida en que trabajó formalmente el pobre Juan Gómez, fué en Granada y en compañía de «Lagartijillo»,

y la última substituyendo á «Lagartijillo», herido en Granada.

*
* *

El toro «Valenciano».—Así se llamaba el cornúpeto de don Donato Palomino que causó la trágica muerte del infortunado Nicolás Fuertes «Pollo», y así se titula un artículo que apareció en el periódico francés *La Banderille*, correspondiente al día 8 de Septiembre de 1895.

Firmalo un señor M. G., iniciales que, á juzgar por los disparates contenidos en el trabajillo, pudieran muy bien decir *gordas mentiras*, ó algo así semejante.

El artículo en cuestión es *suite* y final de otros que sentimos no poseer, pues en ellos debe ocuparse don G. M. de la lidia de aquella famosa res desde su salida de los chiqueros, puesto que en el número referido empieza el articulista hablando de un banderillero que «avec une grâce et une habileté qui lui valurent les applaudissements de la foule, s'écarta légèrement en faisant une gracieuse pirouette, et laissa passer la bête lancée á fond de train».

¿Conque piruetas, eh? ¡Para piruetas estaba el animalito!

Después, el propio banderillero, y previa nueva pirueta, clavó dos banderillas en las espaldas del animal, lo que hace prorrumper al autor en el grito de:

—¡Bueno, bueno! ¡Viva el banderillero!

¡Y viva su madre de usted, ya que es tan tolerante que aplaude un par en las costillas!

«En esto, el toro, inundado por la sangre de sus heridas, que le cubría como un manto de púrpura, se lanza sobre otro banderillero, que menos dichoso que su compañero, no puede burlar á la fiera.»

¡Claro! No hizo una piruetita, y ¡velay!

«El cuerpo, después de subir á cinco ó seis metros de altura, cayó pesadamente en tierra. Mientras tanto, el toro corneó á un caballo muerto.»

Mire usted, señor. Lo de caer después de subir, pasa en todas partes, y mal pudo el toro «Valenciano» cornear á un caballo muerto, por la sencilla razón de que no le había.

La desgracia ocurrió al salir el cornúpeto de una vara, la primera, puesta no recordamos si por «Gaceta» ó por el «Ronco».

«Mientras el cuerpo del muerto era retirado sobre las espaldas de algunos empleados de la plaza, los demás toreros se arrojaban sobre la cabeza del animal, y luego le capotearon sin resultado, pues el toro se ocupó en deshacer á cornadas la barrera.»

Vamos, usted confunde aquel triste lance con alguna pega portuguesa seguramente.

Sin nombrar para nada la valientísima faena que con los palos hizo el ya difunto Raimundo Rodríguez «Valladolid», prosigue el señor G. M.:

«El presidente mandó tocar á matar, sacando un pañuelo encarnado. El espada, desconocido hasta aquel día, halló una ocasión propicia para nivelarse con «Lagartijo» y «Frascuelo», pues nunca toro más terrible se había visto.»

¿Conque «Mateito» era desconocido? ¡Pero hombre! ¡Si había estoqueado ya más veces que disparates ensarta usted en el artículo!

Pero sigamos copiando, y véase el brindis del matador desconocido:

«Señor presidente: Pido permiso para matar ese toro. Uno de los dos debe morir.»

¡Cuidado si estaba cansado de vivir Gabriel López!

Y el presidente va y le contesta que sí, ¡el muy mala entraña!

«El toro, con sus lomos chorreando sangre, da terribles mugidos mientras con las manos escarba la arena rabiosamente.»

¡Ay, qué miedo!

«El matador, en los primeros pases, saca desgarrada la pechera, y al fin se perfila. En tal momento vi al «Pollo» por los aires, y cerré los ojos. Cuando los abrí, el toro tenía una estocada hasta la mano. Ya el puntillero se disponía á hacer uso de su largo puñal en forma de lanza, cuando el toro se arroja sobre el espada, que tranquilamente coleccionaba los cigarros que le habían arrojado.»

Este «Mateíto», tan distraído como siempre. ¡Mire usted que entretenerse en separar por clases los ve-gueros...! Y gracias á que, según el articulista, le dió tiempo á meterse en el callejón, silbado por su huída.

«Exasperado por el imprevisto ataque y por los silbidos, salió otra vez con otra espada, con el semblante pálido de cólera...»

No señor. Es color natural del desconocido matador.

«Yo reventé mis guantes en fuerza de aplaudir. Otra vez entró la espada en las carnes del toro, y éste persiguió al espada.

—¡Bravo toro! ¡Bravo «Valenciano»!—exclamó el público.»

Hombre, vaya usted á mentir al demontre, que aquí no hay quien diga eso en situación tan apurada. Eso se queda para ustedes, que no hace tiempo vitorearon á una res que hirió á Antonio Fuentes.

«El animal se había salvado. Sus hazañas habían tocado el corazón de los espectadores, y se le perdonó la vida.»

Precisamente, señor *Gordas Mentiras*, el toro fué al corral á petición del público, anhelante de evitar una nueva desgracia.

«Llevado el toro entre los cabestros, el público se arrojó á la arena para empapar sus pañuelos en los charcos de sangre que había dejado el «Pollo».

Nosotros sí que tenemos empapados los pañuelos, llorando que haya *caballeros* tan estúpidos en un país que acaba de dar muestras de su buena afición, y en donde hay escritores de tanto talento, fina observación é inteligencia grande, como Jean de Vistre, Bonet, Meilland y tantos otros que á diario se ocupan acertadamente de la magnífica fiesta española.

*
* *

«Memento», el gran «Memento»,
un bravo picador que cuenta un cuento
en menos que un cohete se dispara,
con más gracia que aquel que lo inventara,
ha abierto en Zaragoza hace unos días
un almacén de dichas y alegrías
que se llama *El Colmado*,
en donde todo buen aficionado
encontrará bebidas excelentes
y un chaparrón de dichos ocurrentes.
¡Quiera Dios que «Memento» llegue á hacer
una buena faena, sin caer!

*
* *

El año 1894 fué el espada «Guerrita» expulsado de Francia.

Así como suena.

Los protectores de los animales, esos caballeros que protestan de la hermosa fiesta taurina y luego asisten de *ocultis* á la misma en la plaza de San Sebastián, tienen la ley Grammont en el concepto del cerato sim-

ple, y la aplican para taparse ante los que conocen como tales protectores.

Guerra mató un toro el año anterior en territorio francés, y al cabo de un año se acuerdan de procesarle por tal delito.

¡La misma rapidez procesal que entre nosotros!

Pero véase la clase de la sentencia:

«Autorizamos á «Guerrita» para que pueda divertirnos con su precioso toreo, y luego lo expulsamos de entre nosotros.»

A lo que Guerra respondería:

—¡A buena hora, mangas verdes! De todos modos tenía yo que expulsarme, conqu...

*
**

En «El Imparcial» de Madrid correspondiente al 21 de Junio de 1896, se leía lo siguiente:

«*Atentado contra «Guerrita»*.—Ciudad Real; 20.—Esta mañana se dijo en esta capital que el diestro «Guerrita» había sido asesinado en la estación de Miguelturra por un desconocido que, pretendiendo saludarle, le había disparado un tiro de revólver, dejándole muerto en el acto.

»Tratando de averiguar lo que pudiera haber de cierto en la noticia, en los centros oficiales he sabido lo siguiente:

»Rafael Guerra, con su cuadrilla, llegó anoche en el tren, correo de Badajoz, de paso para Vinaroz, y aquí fué saludado por varios amigos.

»Se puso en marcha el tren, y á los pocos metros de la estación de Miguelturra, los viajeros oyeron un tiro y un fuerte golpe en el coche en que iba el popular matador de toros.

»En Almagro se hizo un detenido reconocimiento, des-

pués del cual se encontró una bala incrustada en el marco de la ventanilla del departamento en que iba «Guerrita».

»Interrogado éste, dijo que efectivamente había sentido un porrazo en la portezuela del coche, pero que no había hecho caso.

»Todos creen que el hecho, si no casual, tampoco ha sido dirigido contra el torero cordobés ni contra persona alguna determinada, pues no es la primera vez que se han hecho disparos al tren.

»Esto no obsta para que algunos viajeros aseguraran haber visto entre Ciudad Real y Miguelturra un hombre de mala catadura paseándose por el estribo como buscando el coche en que iban los toreros.

»Hácense muchos comentarios; pero la mayoría no da importancia á un suceso que, sin embargo, ha podido tener fatales consecuencias.

»Las autoridades siguen la pista del autor ó autores del supuesto atentado.

»Todos los periódicos locales se inclinan á la versión de que el disparo no iba contra Guerra.—Corresponsal».

* *

En Julio del año 1886, al lidiarse un novillo durante las fiestas de Durango, el animal saltó á la tribuna de honor, rompiendo bancos y sillas y proporcionando sendos revolcones á los espectadores. Por fortuna no hubo que lamentar más que algunas contusiones y el susto consiguiente.

* * *

El famoso espada sevillano «Cúchares» toreó en una ocasión delante de Napoleón III, y se captó las

simpatías de aquel soberano. El brindis que pronunció el diestro al matar el primer toro, es una prueba de su carácter jovial y alegre.

Cuéntase que, con la mayor seriedad, dijo:

—Brindo por *vu* (1), por la señora de *vu* y por todos los *vus* de Francia.



Francisco Arjona (CÚCHARES)

Aunque carecía de ilustración, tenía, dentro de su sencillez, un gran instinto del mundo, y por eso su principal aspiración era que sus hijos tuviesen una carrera científica ó literaria. Uno de ellos, si mal no recordamos, murió cuando ya estaba próximo á ser mé-

(1) *Vous*.

dico ó ingeniero; el otro, «Currito», también recibió los primeros estudios para una carrera; pero la afición al toreo le dominó, y dejó los estudios, con gran sentimiento de su padre.

*
* *

En la corrida de toros celebrada en Cartagena el domingo 4 de Abril de 1886, ocurrió un incidente que pudo tener graves consecuencias.

Al ponerse el primer par al último toro, se resintió de tal modo, que dando brincos por todo el redondel, fué á saltar la barrera por frente á la puerta del arras-tradero, colándose por el postigo, que se encontraba abierto incidentalmente, y saliendo en dirección á la calle, lo que no pudo conseguir por la presteza con que se cerró la puerta exterior del edificio.

El toro se metió por la esplanada que da acceso á los pisos de gradas, subió por una de las entradas al tendido, lo recorrió, y se dirigía á las gradas, donde había gran número de señoras, cuando fué sujetado y muerto por el público.

Se armó, como es consiguiente, gran gritería, y no pequeña confusión, dando á la plaza un aspecto alar-mante.

Afortunadamente no ocurrieron desgracias que lamentar.

*
* *

El espada Manuel Domínguez trabajó por primera vez en Madrid en 1852, alternando con Julián Casas y Cayetano Sanz.

En la corrida en que debutó, mató tres toros de tres estocadas recibiendo, sobresaliendo la primera. La ad-

miración causada por Domínguez fué tal, que hasta «La Epoca» hizo en su honor los siguientes versos:

Al célebre y nunca bien ponderado

Manuel Domínguez

Recorriste la bella Andalucía
entre flores y glorias singulares,
entre aplausos y lauros á millares,
que sólo Montes consiguiera un día.
En cambio junto al bello Manzanares
vences á tus rivales á porfia,
siendo tú sucesor, ¡oh gran torerol
de Montes, de Guillén y «Chiclanero».

*
* *

Durante el arrastre del tercer toro de Buñuelos. en la corrida celebrada en Madrid el 3 de Octubre de 1886, en cuya corrida figuraban como espadas «Frascuero», «Cara ancha» y Mazzantini, en algunos palcos, delanteras de andanadas y contrabarreras, aparecieron unos grandes cartelones en los que se leía:

VIVA ALFONSO XIII

¡VIVA EL EJÉRCITO!

INDULTO

PARA LOS SENTENCIADOS

¡VIVA LA REINA!

Una salva de aplausos resonó en el circo al presentar los carteles.

Poco después los carteles desaparecieron.

*
* *

En los últimos días del mes de Octubre de 1887, estuvo á punto de sufrir una grave cogida en su casa de Córdoba el espada Rafael Molina «Lagartijo».

Una señora muy conocida en Córdoba y no desconocida en Madrid, donde ha pasado alguna temporada, se presentó en casa del citado diestro, á quien era en deber cierta cantidad, la cual no pudo satisfacer á su debido tiempo, por cuya razón fué demandada judicialmente. La individuo, según decimos anteriormente, llegó á la casa que habita Rafael Molina, preguntando por él.

Este salió al portal en unión de otro amigo, en cuyo momento la individuo en cuestión les hizo un disparo de revólver, del que salieron ilesos por fortuna, á pesar de haberlo hecho á boca de jarro. Una vez cometido el atentado, la individuo se puso en precipitada fuga, refugiándose en la iglesia hospital de los Dolores, de donde fué conducida al cuartel de la Guardia civil por una pareja del referido instituto.

Otra pareja secreta del cuerpo de Orden público llegó al lugar del suceso, pudiendo rescatar el arma de fuego en el mencionado hospital, donde la agresora lo había ocultado en el torno del mismo. El revólver era de regulares dimensiones, niquelado y con un culatín de madera.

El Juzgado de guardia se personó en el citado cuartel, tomando declaración á la agresora, y comenzó á instruir las primeras diligencias.

*
* *

En «El Cronista», de Jerez, se publicó en Abril de 1887 la noticia siguiente:

«Los enemigos de Mazzantini asomaron en la primera corrida de feria en Sevilla un cartel por los balcones, que decía:

»Habana: Señor Director de «El Toreo» madrileño, 30,000 duros. Yo superior. Diego muy mal. Deme bombo. Pagaré en esa.—Luis.»

»Lo cual que tuvieron que quitarlo, de lo contrario, no sé lo que hubiera sido de las instituciones fundamentales del país.»

«No dudamos, dice «El Toreo», que la noticia sea cierta, como cierto es que en todas partes hay borrachos ó dementes.

»El público se encargó de protestar en nuestro nombre de tan infame acusación, y sus autores tuvieron que retirar el cartel de su deshonra, en vista de la actitud de los espectadores al circo sevillano.»

*
*
*

«La Correspondencia de España» decía el 25 de Junio de 1885, «que al día siguiente recorrerían las calles de Madrid los espadas «Lagartijo», Angel Pastor, «Gallito» y otros, seguidos de dos bandas de música, recogiendo los socorros que el vecindario quisiera entregarlos para remediar en lo posible las desgracias que está causando la epidemia en Aranjuez.

»Digna de aplauso es la obra que llevarán á cabo los dichos espadas.

»Además, el gobernador de Madrid, en unión de la Diputación provincial, proyectan celebrar una gran corrida de toros para aliviar con sus productos la inmensa desgracia que hoy pesa sobre los vecinos de Aranjuez.

»El espada «Lagartijo» se ofreció, como otros diestros, á trabajar gratuitamente en el momento que tu-

vo noticia del proyecto, y algunos ganaderos han ofrecido gratis un toro para dicha corrida.»

*
* *

Cuenta «O'lanzo» que allá por el año 1870 ó 1871 fué á torear á la plaza de Alicante el célebre diestro Rafael Molina «Lagartijo», en las corridas de abono.

Se lidiaba en la segunda tarde ganado colmenareño, que fué duro en el primer tercio, cortó el terreno en palos y llegó defendiéndose á la muerte.

El bicho lidiado en quinto lugar reunía por partida doble las condiciones indicadas anteriormente.

Cuando «Lagartijo» se dirigió á él para empezar el último tercio, el animalito se encontraba aculado á las tablas, con la cabeza entre las patas y desparramando la vista que era un primor.

Tanteo por aquí, tanteo por allá, achuchones, etc., etc., fueron el comienzo de la faena.

Rafael comprendió que aquello era un *toro imposible*, y sin encomendarse á Dios ni al diablo, hizo salir montado á uno de los Calderones, que marchando al hilo de las tablas, tenía precisamente que encontrarse con el burel, como así sucedió.

La idea de Rafael era afianzar con un bajo azo á tan difícil animal á la salida de la vara, lo que, dicho sea de paso, no pudo conseguir.

Presidía la fiesta, en su calidad de alcalde, el malogrado hijo de Alicante don Eleuterio Maisonnave, que inmediatamente hizo subir al palco presidencial al citado espada, al que reprendió por el recurso de que echó mano para despachar al colmenareño, añadiendo que si no podía matarlo con arreglo á las buenas prácticas taurinas, ordenaría que se le *echase* (al toro) la media luna.

Al oír esto Rafael, contestó con su natural y peculiar flema:

—Por mi parte, zi no quíe osté jecharle la media luna, pué osté jecharle er zol y tóo er ziztema planintario.

Y si lector creyeres ser comento,
como me lo contaron te lo cuento.



En una corrida de torétes celebrada el 26 de Septiembre de 1885 en La Dolores (Cartagena), ocurrió un incidente desgraciado, que de todas veras lamentamos.

Para mayor comodidad de los espectadores, se había de antemano construído una especie de gradería, de una manera tan imperfecta, que las tablas estaban unidas con cuerdas de esparto. Cuando más entusiasmada estaba la multitud con los lances de la lidia, se rompe una de las cuerdas, hundiéndose las tablas, y acarreando en su caída gran número de personas envueltas entre las ruínas de tan débil artefacto. Diez fueron los heridos, algunos de mucha gravedad, é infinidad los contusos, á todos los cuales el doctor Cándido, que á la sazón se encontraba en dicho punto, prestó los inmediatos auxilios de la ciencia.



He aquí un curioso anuncio:

Con una marca especial,
con la marca de «Frascuélo»,
el matador más verdad
de cuantos hoy conocemos,
han puesto ha poco á la venta

los señores cosecheros
de Jerez, Copero y López,
un vino bueno, muy bueno,
un vinillo, verdad pura,
que diera vida á los muertos.
Es su mejor alabanza
decir: López y Copero
al vinillo con la marca
muy en consonancia han puesto.

*
* *

Las corridas de toros en cosos cerrados se verificaban ya por los años 41 á 54 de la Era cristiana, y corrobora esto Cayo Suetonio Tranquilo, distinguido escritor que vivió por los años 63 á 74, el cual, en su obra titulada «Los Doce Césares», refiriéndose á las diversiones que se celebraban en tiempos del emperador Tiberio Claudio Druso, esposo de la célebre Mesalina, dice así:

«Además de las luchas de las cuadrigas, dió espectáculos de juegos troyanos y cacerías africanas, ejecutados por un escuadrón (*turma*) de jinetes pretorianos con sus tribunos á la cabeza y hasta el mismo prefecto con ellos. También presentó á los jinetes lusitanos, que persiguen en el circo toros salvajes, les saltan sobre el lomo, después de cansarlos á la carrera, y los derriban cogiéndolos por los cuernos.»

Plinio el jóven, ocupándose de los jinetes tesalios á que se refiere en su obra Cayo Suetonio, dice:

«Los tesalios han inventado una manera particular de matar los toros: un jinete se acerca á ellos al galope, los coge por un cuerno y les tuerce el cuello.

»El dictador César fué el primero que dió este espectáculo en el circo romano.» (Noventa y cuatro ó noventa y cinco años antes de Jesucristo).

*
* *

El simpático picador de toros José Bayard «Badila», figurando en la cuadrilla de Mazzantini el año 1886, tomó en Madrid parte en la función dada en el teatro Mar-



José Bayard (BADILA)

tin á beneficio del actor señor Dalmau, interpretando el papel de protagonista en la obra titulada «Salón Eslava», obteniendo muchos aplausos y teniendo que repetir todos los números musicales á instancias del público que llenaba todas las localidades.

El referido «Badila» trabajó también en el mismo teatro en el beneficio de la señora Iglesias.

Después se presentó en diversos teatros de España, escuchando no pocos aplausos.

*
* *

En Barcelona, el 30 de Enero de 1886, al solo anuncio de que el célebre clown Tony Grice lidiaría un novillo, llevó al Circo Ecuéstre extraordinaria concurrencia.

Al rededor de la pista se había colocado una verja, suficiente á garantir la seguridad de los espectadores, é inmediata á ella varios burladeros.

Llegado el momento, salió Tony, frente de la *cuadrilla*, y verificados los preliminares, se abrió la puerta del cajón donde estaba el novillo encerrado.

Salió y sembró el desorden y la confusión en la *cuadrilla*. Los picadores, en caballos de mimbre, rodaban por el suelo continuamente, y los peones no tenían tiempo de ampararse en los burladeros.

Tony le puso par y medio; después cogió los trastos, y á cada pase que daba sufría un revolcón. El bicho, enlazado, volvió al cajón.

El público pasó un buen rato, y salió satisfecho.

Luego se han repetido esa clase de funciones. y siempre con éxito.

*
* *

El infortunado diestro Juan Gómez de Lesaca, dos días antes de morir estuvo en el taller del sastre señor Uriarte, en donde vió un magnífico retrato del malogrado «Espartero», ante cuya presencia exclamó:

— ¡Pobre Manolillo!... no puede uno acostum-

brarse á la idea de que está muerto Parece que van á animarse esos ojos con aquella expresión tan viva, y moverse esos labios con aquella sonrisa tan franca...

¿Quién le había de decir á Lesaca que á los dos días íbamos á decir eso de él?

* *

El año 1888, en Montevideo, el desgraciado suceso de que fué víctima el infortunado Joaquín Sanz «Punteret» dió origen á la presentación de un proyecto de ley en las Cámaras orientales, cuyo texto es el siguiente:

«Art. 1.º Desde la promulgación de la presente ley, queda prohibido en todo el territorio de la República el espectáculo público designado con el nombre de «Corridos de toros».

»Art. 2.º Comuníquese, etc.

»Sala de Comunicaciones.—Montevideo, Marzo 8 de 1888.

»Laudelino Vázquez.—Antonio M. Rodríguez.—Marcelino Izcuá Burbal.—Nicolás Granada.—Luis Melián Lafinur.»

Este proyecto fué aprobado, empezando á regir desde 31 de Marzo de 1889

También en Méjico se proyectó algo parecido, por causas análogas.

* * *

Pocos toros, en Madrid, han pisado el tendido de su plaza, tan pocos, que sólo dos lo han conseguido, uno de ellos fué «Moñudo», que pertenecía á la ganadería de don Pedro Varela, vecino de Madrid y ostentaba divisa morada y amarilla. Era retinto, bien armado y largo de defensas, con muchos pies, pero tardo y blanducho.

Se corrió en división de plaza, á la derecha del toril, en la tarde del 23 de Junio de 1872. Empezó demostrando afición á la volatinería, saltando la valla central y uniéndose á su colega del otro lado, y como no se pudo conseguir que volviera á su sitio, la cuadrilla debió seguirle y quedarse con él en la mitad izquierda de la plaza.

Al trastearlo Angel Pastor, con dos estocadas ya, huyó del espada, y tras romper la barrera, se coló al tendido número 11, y de allí al 12, en donde los milicianos del batallón de la Latina que ocupaban una grada, le *fall*ecieron á bayonetazos.

Vázquez le dió allí mismo la puntilla, y no pasó nada más, á excepción del susto, pues no hubo que deplorar la mas pequeña desgracia, ya que es imposible, y lo demuestra la experiencia, que un toro en el tendido es completamente inofensivo, aunque yo... no me acercaría.



En el banquete celebrado en la fonda de Los Leones, en Madrid, en Noviembre de 1886, en honor de Mazzantini, éste hizo un extenso brindis, cuyo extracto es el siguiente:

«Señores... ó, mejor dicho, amigos,—dijo el diestro,—cumpla un grato deber al manifestarles mi reconocimiento por esta muestra de deferencia.

»Pocas veces he disfrutado en mi vida tan grande satisfacción como en estos momentos, porque entre vosotros, entre mis amigos, veo representadas todas las clases sociales: al hombre de ciencia, al literato, al artista, al jornalero.

»Celebro tanto más el suceso, cuanto que al principio de la temporada que ha terminado, parecía ser yo la víctima destinada al sacrificio; pero la Providencia, que

nunca me abandonó, me ha sacado adelante; pensé salir por la puerta de los carros, como vulgarmente se dice, y he logrado salir por la puerta principal, gracias á mi buena suerte.»

Hizo una ligera reseña de las penalidades que sufrió en sus primeros años.

Continuó diciendo que le satisfacía haber iniciado una revolución en las costumbres de los toreros, demostrando á los que ridiculizan y censuran la fiesta nacional y la manera de ser de los que á tal ejercicio se dedican, que el torero es un ciudadano digno, que no están reñidas la cultura y la buena educación con el arte del toreo, que así puede vestir el traje corto, como el frac ó levita.

Hizo una defensa del espectáculo taurino, que calificó de diversión cuerda y sensata, lamentándose de que no falten escritores que, aunque injustamente, la dirijan rudos ataques.

Mostróse altamente agradecido á la benevolencia del público aficionado que le había alentado en sus primeros pasos por la senda del toreo.

«No por mis méritos, porque ninguno tengo,—dijo,—sino por la cariñosa indulgencia con que se me ha tratado, he conseguido un puesto en este difícil arte. Me falta mucho, muchísimo que aprender en tan arriesgada profesión; pero yo prometo hacerme digno de los favores con que se me honra, dentro y fuera del redondel, y demostraré, hasta donde lleguen mis fuerzas, mi leal agradecimiento, á quien todo se lo debo.»

Añadió que nunca había sido su único fin el lucro, sino el arte taurino, y que el tiempo se encargará de demostrarlo, porque os aseguro,—dijo,—que de no impedirlo una desgracia, hay matador para rato.

»Deseo, á mi regreso de Cuba, encontrar á todos mis amigos para manifestarles mi cariño y estrechar sus manos.

»Y permitidme ahora que dedique un recuerdo, recuerdo de cariñosa gratitud, á mis maestros, á quienes nunca llegaré, «Lagartijo» y «Frascuero», y á todos cuantos me han ayudado en esta profesión».

Terminó dando las gracias á sus amigos por la muestra de afecto que le daban, y dijo:

«Confío en que si como matador de toros no me recordáis, como amigo sí.»

Su discurso fué frecuentemente interrumpido por los aplausos de los comensales.

Después de esto, el matador respaldó varias fotografías con su retrato, que muchos de los allí presentes le presentaron con tal objeto para tener un recuerdo de despedida.



En una reunión de toreros antiguos se hablaba de las ventajas que había reportado al arte la célebre escuela taurómaca de Sevilla.

—De allí han salido los mejores toreros,—decía un aficionado;—de allí salió Montes; de allí,—decía, señalando á «Cúchares»,—salió ése.

—Y de allí salí yo antes que ninguno,—respondió vivamente Juan Pastor.

—Pero fué por malo,—dijo «Cúchares».

—El caso es que salí,—concluyó el otro con imperturbable sangre fría.



—¡Corre á ese toro por derecho!—gritaba furioso el tío «Labi» á un banderillero cobardón que sabía lo supersticioso que era su maestro.

—¡Pero si no quiere!... Enantes cuando pasé por su

cara pa tenderle el capote, me dijo: «No... no quió zeguirte pa dar inquina al señó «Labi».

Este reflexionó un momento con muestras evidentes de preocupación, y dijo:

—Entonces, más vale que no le llevemos la contraria, no sea que me tome entre ojos.

*
* *

A cierto periodista sevillano, corresponsal de un periódico de Madrid, hombre que pasaba por muy activo, le quisieron embromar unos camaradas, enviándole una misiva en que le notificaban que á un conocido diestro que se hallaba paseando por la Tablada, le había cogido un toro, dejándole en estado muy lastimoso.

El corresponsal, sin encomendarse ni á Dios ni al diablo, expidió á Madrid el siguiente telegrama:

«Diestro Fulano ha sido cogido hoy; cogida gravísima; telegrafiaré detalles. Me dirijo á casa del herido.»

Así lo hizo, y cuál no sería su sorpresa, viendo que el que juzgaba casi agonizante, se acababa de casar y se hallaba festejando su boda, y recreándose en los ojos de su mujer.

El corresponsal no vaciló; se dirigió nuevamente á Telégrafos, y escribió el parte siguiente:

«Cuando llegué á casa del diestro, su estado era verdaderamente alarmante».

*
* *

Un torero peritísimo preguntaba en cierta ocasión á Manuel Domínguez lo que pensaba acerca de «Lagartijo» y «Frascuero».

—Na,—contestó «Desperdicios»,—que Salvaor sabe aonde está er morrillo e los toros...

—¿Y el otro?

—El otro sabe jugar muy bien el cuchillo.

..

Durante la Exposición de París de 1890, no constituía una rareza encontrar, para alegría de los españoles, algún torero, pues era cuando estaba allí en su auge la fiesta española, y cuando la plaza de la rue Pergolesse se veía realmente asediada por lo mejor y lo peor de la sociedad parisién, ansiosa de presenciar las faenas de «Lagartijo» y «Frascuelo».

Cierto día que cruzábamos junto al Arco del Triunfo, vimos á un conocidísimo y celebrado picador, pasando y repasando junto al monumento y gesticulando y hablando para sí. Ibamos á llamarle, cuando le vimos dirigirse con rapidez hacia un *sargent de ville*.

—Oiga usted,—le dijo con precipitación;—entre las batallas que dice ahí que ganó su rey Napoleón, está la de Bailén, y eso es un infundio, y no paso por ello, porque yo sé que los vaqueros le echaron de allí á puyazos.

—*Parlez plus doucement*,—contestó el guardia,—*je ne vous comprend pas*.

—Bueno, usted dirá lo que quiera, que pa eso le pagan; pero pa mí que ese tío se iba de boquibiris.

..

Preguntaban á cierto espada cómo galleando tan bien, pinchaba tan mal.

—En el galleo,—le dijo uno,—va usted á dos dedos de los pitones, y con el estoque...

—Me echo fuera dos varas, ¿no es verdad?

—Algunas veces.

—Cuestión de táctica,—respondió el torero;—con los

bichos pasa igual que con las mujeres; si los engaña uno y los empapa, y los consiente, siguen, y no suelen causar prejuicio; pero si uno se formaliza y les dice «me entrego», entonces se suele salir de cabeza.

*
**

Hablaban Juan Trigo y «Juaneca».

—Yo,—decía el último, que blasonaba de gran jine-



Juan Trigo

te,—si tuviera que ir á la América, pasaría el mar á caballo.

—Pero sería en el de *Netuno*,—le respondió Trigo, con sorna.

*
* *

—Pedro Romero,—decía un aficionado de Ronda,—estoqueaba á las reses vaciándolas con la peina de su moña.

—Ezo no vale na,—le respondió otro de Jerez;—mi paizano «Chicorro» las vaciaba con el negro de la uña, y entoavía le paresía mucho el engaño.

*
* *

—Oye, Curro,—le preguntaba á «Cúchares» en cierta ocasión el picador «Charpa»:—¿sobre cuánto pesará una onsa de oro?

—Sobre el peso de unos dieciséis duros; pero sobre tu bolsillo doce apenas, descontando la mona que suelen llevar.

*
* *

Hallándose un ciego en una calle muy solitaria de Sevilla, hizo el acaso que pasara por allí Juan Pastor y le diera una limosna del modo estrambótico que tenía por costumbre.

Llegóse al pobre muy quedado, sacó del bolsillo una pistola y la disparó junto á su oído.

Es inútil decir el sobresalto de aquel hombre.

Quiso echar á correr como pudiera; pero el torero le detuvo.

—Tome usted, alma é Dios, pal susto,—le dijo, poniéndole una onza de oro en la mano y alejándose sin decir más.

No era el ciego hombre de dejar esta broma pesada sin contestación, y averiguando quién era el loco que

hacía así sus dádivas, se apostó en una de las calles por donde había de pasar; pero esta vez acompañado de un lazarillo.

—Allí viene,—dijo éste de pronto.

En efecto, Juan Pastor avanzaba tan jacarandoso, cubierto por su larga capa, y abstraído en sus pensamientos.

De pronto el ciego enarboló el garrote y le atizó un tremendo palo.

—Alto allá, señor Juan,—le gritó el mendigo,—que soy el mesmo á quien dió usted la onza el otro día, y no quería morirme sin darle asté las gracias.

*
**

El célebre escritor Fernández y González consagró en una de sus novelas un capítulo á «Curro Cúchares,» dedicándole frases muy laudatorias.

El torero se presentó al poeta para darle las gracias.

—No hay por qué, compañero,—le respondió don Manuel, con su voz bronca y su ceceo característico;— los únicos que no deben dar las gracias cuando se habla bien de ellos ó se les aplaude, son los toreros y los autores dramáticos.

—¿Por qué?—pregantó el lidiador.

—Porque tampoco pueden andar á puñetazos cuando se les silba, y eso ocurre muy á menudo.

*
**

Un picador muy borracho y muy holgazán, que picaba en pocas corridas, despertó cierta tarde la indignación del público, por no querer acercarse á la res.

Uno de los que más le denostaban, era un aficionado que, según malas ó buenas lenguas, tenía relaciones íntimas con la mujer del picador.

Este se fijó en el que alborotaba tanto.

—¡Ande usted, tumbón, botijo, cobarde!—gritaba el aficionado como un energúmeno.

El bicho se dirigió entonces, por casualidad, hacia allí, y el piquero ni aun tiempo tuvo de poner en ristre la vara.

Embistió el animal con fuerza, desmontó al hombre, dándole un porrazo mayúsculo, y se llevó al caballo, campaneándole atrozmente.

El picador fué conducido á la enfermería, con una gran conmoción, en que no intervenía poco el vino.

—Oye,—le dijo á un mono sabio al volver en sí, y acordándose del aficionado maldito,—dile á ese del 3 que mañana seré yo el toro.

Y decía verdad.

*
* *

Una vez,—decía un gitano,—iba yo pa la feria de Ubeda, cuando ar regorver un recóo der camino, me encuentro con un cuatroño, con más cuerna que un carabao. ¿Ustén creerán que masusté? Me quito er catite, cito ar toro, pase va, pase viene, hasta que sacostó rendío.

—¡Menuda carrera emprendería usted en seguida!—dijo uno que le escuchaba.

—No, señó,—replicó el gitano con sorna;—como no tenía prisa, me entretuve en contarle los dientes.

*
* *

El alcalde de un lugar vino á la corte con el fin de contratar varios toreros para la función.

—¿Cuánto dan ustedes?—le preguntó cierto matador de novillos.

—Diez duros, y veinte si se deja usted coger, porque eso gusta mucho en mi pueblo.

—¿Y si me mata el toro?

—Entonces,—respondió el alcalde, rascándose la cabeza como el que se ve en un aprieto,—entonces le daré á usted cuarenta y la contrata para el año próximo.

*
* *

Pensábase celebrar en Málaga una corrida organizada por cierto empresario que pasaba por hombre poco formal en cuestión de pagos, y el cual, para dar más aliciente á la fiesta, hizo consignar en el cartel que de los tres matadores contratados, que eran el «Gordito», «Chicorro» y «Hermosilla», bandillearía en silla el primero, y daría el segundo el salto de la garrocha.

—¿Y de usted, qué especialidad anunciamos?—preguntó el empresario á «Hermosilla».

—Pues ponga usted que yo cobraré antes de vestirme,—le respondió el diestro con sorna.

*
* *

En el palco presidencial.

Diálogo entre el presidente y un novillero.

—Queda usted multado en veinticinco pesetas por haber desobedecido mis órdenes.

—Miusté, señor presidente, que en esta novillá trabajo e balde.

—No importa.

—No tengo dinero, y lo único que tenía...

—¿Qué?...

—Lo único que tenía era la idea de pedirle asté cinco duros.



Siendo jovencillo Juan Pastor, alardeaba de no haber conocido el miedo.

Oyólo un día cierto individuo, y pensó darle un susto.

Salió de noche y se apostó en un lugar cercano al río por el cual solía pasar Juan Pastor para retirarse á su casa.

El que había de ser, más que gran torero, un ingenio celebrado por sus donosas ocurrencias, se retiraba tan satisfecho, cuando el bromista, que era una especie de gigante, salió de la sombra, cogió al mozo por el gañote y por las piernas, y lo suspendió balanceándole sobre el Guadalquivir.

El muchacho, loco de terror, empezó á gritar, y entonces el otro exclamó, depositándolo en el suelo:

—¿Me conoces, don Pusilánime?

—¿Es usted, tío *Guirindoi*?

—El mismo; y ahora confiesa que tienes miedo.

—No le conocí nunca,—gritó el mozo, terne en su manía.

—Entonces, ¿por qué gritabas, recondenao?

—Porque le ví asté tan vencío er cuerpo, que dije: este gachó se va dir pal agua; y quise sarvarle la vida,—respondió vivamente el muchacho.



En uno de esos días de Julio en que el sol abruma, y ni aun las chicharras se atreven á salir de sus escondrijos, avanzaba perezosamente por un camino de la Mancha una de las pesadísimas galeras que hacían el servicio de viajeros entre Andalucía y Madrid.

En el interior, y apretujados con toda la comodidad que permitían aquellos molestos vehículos, iban individuos de todas clases y sexos, que hacían valerosamente su novena jornada. Militares, empleados y toreros, entre los que se hallaba «Labi» y un conocidísimo revistero cordobés.

Este último hablaba de toros mientras «Labi» contemplaba bostezando las praderas que quedaban atrás, y sobre las que iban y venían los trillos y los molinos movían sus aspas.

—Está visto,—decía el revistero,—que el toreo adelanta mucho, y que va á entrar en una nueva era...

—¿Otra?—gritó «Labi», furioso,—pos mire osté, compare, que ya estoy atufao de tanto trillá y tanto moler.

*
* *

—Cierta noche en que un gitano había bebido más Montilla que la que pueden dar los lagares de Córdoba,—decía Juan Pastor,—tuvo la idea de matarme.

»Sacó una pistola y apagó la luz.

»—¿Aónde está ese lairón?—gritaba el gitano.

»—No te muevas,—le grité,—que estoy mismamente detrás de tí.

»—Pus asina estás bien pa que yo te remate,—dijo.

»Y volviendo ¡la pistola, creyéndome á su espalda, apuntó tan bien, que se levantó la tapa de los sesos.»

*
* *

En una reunión de toreros, decía un crítico:

—El señor Luís Corchado picaba muchas veces sin mona.

—Ahí tiene osté una cosa que yo no he podido jaser nunca,—respondió Juan Trigo.

*
* *

Preguntaron á cierto diestro cómo se las arreglaba para que no se le arrancaran los toros cuando, al hacer un quite, lo terminaba sentándose sobre el estribo de la barrera.

A lo que contestó el diestro con la mayor naturalidad:

—Pues muy fácilmente: porque los *hiznotico*.

*
* *

El inolvidable «Lagartijo» decía siempre:

—Yo me entregaré cuando sea preciso á un toro bravo; pero no quiero dejarme coger por ningún güey.

Tocábale una tarde en Madrid matar á un mansurrón, más á propósito para tirar de una carreta que para merecer los honores de la lidia en la plaza, y Rafael le toreaba de lejos con grandes precauciones, capoteándole también sin cesar su hermano Juan. Gritaba el público á éste para que se retirase, y Rafael, en vista de que la silba se pronunciaba mucho, gritó á su vez:

—¡Juan, que lo dejes *dicen!*

No hizo Juan gran caso de la orden de su hermano, y siguió dando mantazos al bicho; pero la silba era ya tan monumental, que Rafael gritó con más fuerza:

—¡Juan, que lo dejes *dicen!*

Retiróse tímidamente Juan, y quedándose solo Rafael, desplegó su incomparable habilidad, deshaciéndose del buey de una estocada á paso de banderillas. Al volver á los estoques, le preguntó, un tanto amoscado, á Juan por qué se había retirado, y al responder éste que *porque él se lo habia mandado*, replicó en seguida Rafael:

—Pues para otra vez ya lo sabes; cuando yo diga: *Juan, que lo dejes* DICEN, tú no haces caso, porque *son ellos* los que lo dicen; cuando yo te diga: *Déjalo, Juan*, te retiras, porque entonces *soy yo* el que lo digo.



En una corrida, había caído el picador Manuel Calderón en descubierto y hasta llegó á cabalgar sobre el



Manuel Calderón

lomo del toro. Por la noche, hablando en la fonda de los percances de la tarde, hube de preguntarle á Manolo:

—¿Tuvo, usted, esta tarde miedo, cuando la caída en descubierto?

—No, zeñor, porque los toros na más hacen miedo por delante, y yo me había colao en medio.

*
* *

Es sabido la antipatia que tenía «Chicorro» á los toros negros.

Cierto día, en Cádiz, salió á la plaza un toro muy manejable, que no tenía más particularidad para el matador que la de ser negro como noche sin luna. El matador llevaba media hora pasando de muleta, y el público no le veía aún con intención de herir, por lo que empezó á silbar estrepitosamente.

—Dejarle,—gritaba un espectador,—que ya sabe lo que se hace el hombre.

—Eso es abusá,—respondió otro.

—Pero compare, ¿no ve usted que está esperando que le salgan canas al animal, pa matarle más á gusto?

*
* *

En una tertulia á que concurría el célebre «Cúcharres», se hablaba cierta noche del valor de las piedras preciosas.

—¿Ve usted ésta?—decía «El Tato», señalando un brillante magnífico que llevaba en la pechera, y dirigiéndose á uno de los concurrentes.

—Es de primer orden,—le respondió el interrogado.

—Pues me la dió un toro de Colmenar que brindé el otro día al duque de...

—Si un toro de Colmenar te la dió,—dijo «Curro» sentenciosamente,—ten mucho ojo, que es fácil que otro te la quite.

—¿Por qué?

—Porque esos toros y los usureros son los animales más *codiciosos de la tierra*.



Ya que nos hemos referido al «Tato», transcribiremos una frase acerca del célebre diestro, cuando era el favorito de la afición y más de una aristocrática dama se envanecía con sus amistades.

Entre éstas, había una marquesa á quien se la había sorprendido dejándose abrazar por el espada sevillano.

—Entre todos los toreros,—decía una amiga suya, —ninguno como Antonio Sánchez; cuando se presenta en la plaza, su figura gallarda da más animación á la fiesta; no parece un hombre del campo, sino un *gentleman* convertido en lidiador, una especie de Lord Byron dedicado á dar volapiés...

—Su cabeza parece la de un ángel,—exclamó la marquesa.

Y un contertulio añadió irónicamente:

—Sí, la cabeza de un *ángel tentador*.



Cuando regresó á la Península, después de diecisiete años de residencia en América, el célebre espada Manuel Dominguez, sabido es el tronío que armó al reanudar sus faenas tauromáquicas, sosteniendo ardientes competencias con «Cúchares», «El Tato», Cayetano y todos los más acreditados matadores de aquella época, y ganándose á fuerza de arrojo é inteligencia un puesto preeminente en el toreo.

En Sevilla contaba con numerosos partidarios; pero el ganadero don Antonio Miura no debía ser por entonces muy adicto del señor Manuel, cuando en vísperas de una de las corridas de feria y hallándose en el Suízo con varios aficionados, se dejó decir lo siguiente:

—Mañana veremos cómo mata *ese valiente* el tercero de mis toros; cornalón, buen mozo y de más de treinta y dos arrobas de peso. Preveo que le va á hacer andar de cabeza.

Llegaron estas palabras á oídos de Domínguez, que era *el valiente* á que se refería don Antonio Miura, y al verificarse la corrida, desde que salió el toro consabido no dejó de estar un momento cerca de él, tomándole primero de capa con mucha limpieza, y entrando después en los quites con oportunidad. El bicho apretó bastante en varas, recelándose algo en el segundo tercio. Tocarón á matar, y Domínguez mandó que se lo corrieran debajo de la meseta del toril, donde se hallaba Miura, acompañado de otros ganaderos y aficionados. Pasó de muleta al toro, parando mucho y con sobriedad, y una vez que le tuvo cuadrado, dijo, dirigiéndose á la meseta:

—¿Don Antonio, quiusté que se lo suba ahí arriba?

—Quiero,—replicó Miura,—que le dé usted buena muerte.

—Pues allá va, por la salud de usted.

Y diciendo y haciendo, citó el señor Manuel á recibir, consumando admirablemente la suerte, y echando á rodar al bicho sin necesidad de puntilla. Un aplauso atronador del público y una ovación de los que ocupaban la meseta, en la que se significó por sus muestras de entusiasmo don Antonio Miura, premiaron la brillante faena del torero.



«Currito» fué torero inteligentísimo, que sostuvo su puesto de matador de primera fila durante muchos años; pero su apatía era proverbial, y sólo se le dispensaba en gracia de sus recomendables condiciones de lidiador.

Toreaba en Valencia con «Lagartijo» y «Frascuelo» una de las corridas de feria, en medio del asfixiante calor que hace en el mes de Julio en aquella hermosa ciudad, y se habían lidiado ya cuatro toros, estando solícitos é incansables en los quites Rafael y Salvador, sin que «Currito» hubiera dado razón de su persona más que para matar el que se corrió en segundo lugar.

Molestado «Frascuelo» por tan absoluto retraimiento, se dirigió á «Currito», diciéndole:

—Pero, hombre, ¿por qué no entras en los quites? ¿No estás viendo que Rafael y yo estamos ya reventados?

—Oye, Salvador,—replicó con soflama «Curro»:— ¿tú has leído lo que dice el cartel de la corrida?

—Yo, no.

—Pues dice: *Matadores*: «Lagartijo», «Currito» y «Frascuelo». De modo que como yo soy matador, cuando tocan á matar mis toros, los mato, y se acabó, porque á mí no me han contratado para los quites.

..

Otro golpe de gracia de «Currito».

Cuando se le exacerbó el padecimiento del hígado, que ha tiempo le aquejaba, y que no ha tenido poca parte en su apatía en las plazas, él mismo fué mermando paulatinamente sus compromisos, viendo que no podía cumplirlos á satisfacción de los espectadores, hasta que dejó por completo las faenas de la lidia. Presintiendo sus amigos que ya no volvería á la vida activa del toreo, le preguntó uno un día:

—Y tú, «Curro», ¿cuándo das tu corrida de despedida?

—Yo no me despido,—replicó «Currito»;—á mí me han despedido ya los públicos.

*
* *

Antonio Pinto, natural de Utrera, fué uno de los picadores de más fama por los años de 1850 á 1860.

De fuerza hercúlea y buen caballista, aunque algo tumbón, castigaba bien á los toros cuando quería.

Figuró durante mucho tiempo en la cuadrilla del «Tato», pasando después de retirado éste, á la del «Gordito».

Toreaba en una de las corridas de feria en Valladolid, y la temperatura era fría y desapacible. Habíase dado suelta al primer toro, y se hallaba Antonio á caballo delante del asiento de barrera ocupado por el conocido é inteligente aficionado valenciano don Vicente Andrés, al que saludó en estos términos:

—Buenas tardes, don Vicente. ¡Vaya un tiempo frío que hace! Voy á ver si doy dos ó tres porrazos para entrar en calor. Hasta luego.

En esta misma tarde, por resultar completamente manso uno de los toros, se armó una bronca fenomenal, y un zulú de los tendidos de sol arrojó una botella, que dió á Pinto en la nuca, sin producirle, por fortuna, daño alguno.

Al pasar el picador, después del accidente, por delante del sitio que ocupaba Vicente Andrés, le preguntó éste:

—Antonio, ¿te ha lastimado el golpe?

—No me ha hecho nada, don Vicente,—respondió Pinto.—¡No ve usted que la botella era de cristal!

*
* *

Otro picador de los más duros del oficio, y cuyo nombre no cito porque todavía vive, llevó una tremenda

caída de latiguillo en la Plaza de San Sebastián, que le ocasionó la fractura de un dedo.

Tan poca importancia dió sin duda el interesado á esta lesión, que el telegrama dirigido á su familia dando cuenta de lo ocurrido, decía textualmente:

«Sin novedad. Roto dedo gordo mano derecha.»

* *

En el *Gil Blas*, de París, se publicó un artículo-semblanza de «Frascuero», á la llegada del maestro á París, y como curiosidad, vamos á reproducir algo de lo que decía:

«He visto de cerca,—dice,—el sábado, después de su llegada, al gran artista, al hermoso matador de toros...»

Un hombre que empieza por llamar *hermoso* á Salvador, es capaz de todo. Pues no, que á renglón seguido dice la siguiente verdad, rara en un francés:

«Prefiero (habla de los toreros que imitan á Salvador en gestos y posturas) este esfuerzo de los toreros españoles para modelar sus rostros en el varonil de «Frascuero», que el éxito que entre nosotros tienen los guiños y las muecas de Paulus.»

Habla del aspecto exterior del *spada*, y dice que peina cabellos negrísimos partidos por irreprochable raya, lo cual demuestra que el biógrafo no le ha mirado bien, ó que Salvador se ha teñido el pelo en París, ó que el frascuelista ha querido *tomárselo*.

Y ahora se verá como sin tener sangre torera ni ná, puede meterse un parisién en apreciar las diferencias que marcan el toreo de Rafael, de Salvador y de Mazantini.

Dice que por la discusión de estas diferencias, echamos los españoles mano á la navaja á cada paso, y dejamos á un hombre destripado á la puerta de una ta-

berna. Divide el toreo de los tres, en clásico, romántico é impresionista; de Rafael el primero, de «Frascuelo» el segundo y de Mazzantini el último.

«Lagartijo»,—dice,—es el representante de la escuela cordobesa; el Mediodía puro, el fuego, el ardor, la exageración, la ampulosidad, la grandilocuencia, el entusiasmo, el resplandor sin matices del sol de su país...»

Todo esto es el toreo de Rafael, aunque parezca mentira.

Pues el toreo de Mazzantini es algo más raro todavía. Dice que en él hay más capricho que reglas y amor á la tradición, y añade que Luis es algo como Sarah Bernhardt: un temperamento.

Sin enaguas, naturalmente.

Seguidamente viene el toreo de Salvador, que dice pertenecer á la escuela madrileña.

«Guardador de las tradiciones, va á la arena, no por sí, sino para matar al toro. Le mata como su maestro Calépano...»

Cualquiera adivina quién sería este *Calépano*, aunque bien pudiera ser que el biógrafo se refiera á Cayetano.

«Se entrega enteramente á la *bestia*, olvida á los millares de espectadores que le miran, y no piensa más que en el adversario que tiene delante, un adversario valiente como él y á quien «Frascuelo» estima.»

Todo esto que hace «Frascuelo», pertenece exclusivamente, como queda dicho, á la escuela madrileña.

Recuerda luego que el toro «Molinero» le dió una corná á Salvador, y que toda España se angustió. Pasó por entonces en Madrid unos días otro francés, y éste le contó al *dicente* que había visto en su hotel á Salvador, y que al saberlo unos españoles, le dijeron con envidiosa admiración:

—Pues habéis recibido los dos honores más grandes que aquí puede esperarse. Os ha recibido la reina y os ha visitado «Frascuero».

Se supone que el francés se lo contó luego, en París, á todo el mundo, y que desde entonces es feliz.

Mot de la fin.

Dice el biógrafo, que una vez preguntaron á Salvador por cuál razón tenía mulas y no caballos para su coche.

—Yo podría tener los mejores caballos de España,—contestó Salvador;—pero se murmuraría...

No dice el frascuelista de allá si este rasgo de modestia es de la escuela madrileña ó de *cuala*.

*
* *

Decía el señor Manuel Domínguez, después de haber visto torear á «Lagartijo» y «Frascuero» en las corridas de feria de Sevilla, el año 1882:

—Los dos son dos hombres de vergüenza, y de dos modos mata la vergüenza á los toros: unas veces llega el *pesqui* hasta el morrillo, y otras, el corazón. En Rafael sucede lo primero; en «Frascuero» ocurre lo segundo.

*
* *

El bigote del «Gordo».—Cuando empezaron los primeros rumores sobre si era ó no verdad que el afamado diestro Antonio Carmona «El Gordito» estaba resuelto decididamente á retirarse del toreo, hubo sus dudas y hasta costó bastante trabajo el que algunos se convencieran.

¿Sabéis por qué? Pues únicamente porque el maes-

tro Antonio no podía hacer lo que hicieron otros: *cor-tarse la coleta*. Porque no la gastaba.

Él era uno de los que decían, con sobrada razón, que con la trenza no se torea, sino con la habilidad y con el corazón.

Y como para consignar su ingreso en la clase de



Antonio Carmona (GORDITO)

pasivos tenía que hacer algo ostensible, en vez de *cor-tarse el pelo*, se dejó el bigote.

Entonces fué general la creencia de su enérgica resolución, causando entre los aficionados un sentimiento de veneración y respeto ante el recuerdo de sus triunfos.

Que esta medida fué harto prematura, lo prueban las reiteradas instancias con que le apremiaban sus amigos particulares y las empresas taurinas, para ver si conseguían que siguiera toreando, pues ni los años eran tantos, ni sus facultades las creíamos tan escasas que le obligaran á dejar el arte que tantos aplausos y tan pingüe fortuna le habían granjeado.

Pero Antonio á todos contestaba:—¿Y qué le hemos de hacer? Ya no me quito el bigote.

Le redoblaron los ofrecimientos; tuvo que valerse de miles de estratagemas para eludir los mayores compromisos, y el maestro continuó impertérrito sus paseos por Sevilla, luciendo su bigote, que aunque rubio y diminuto, nos decía á las claras:—¡Ya no vuelvo á torear!

Y pasó dos años ausente de las plazas, mientras sus discípulos alcanzaban señalados triunfos peor ó mejor merecidos, cuando de repente nuevos rumores empezaron á circular en sentido inverso de lo que para todos era ya un hecho irremisible.

Se decía que Antonio Carmona «El Gordito», rompiendo su anterior propósito, volvía de nuevo á torear, poseído de gran entusiasmo.

Las dudas empezaron nuevamente, y como entonces, costó un trabajo inmenso que algunos lo creyeran. Porque el maestro Antonio continuaba luciendo su bigote, señal inequívoca de que no pensaba volver á las andadas.

Interrogado hábilmente, contestó que estaba decidido á torear otra vez, y que admitiría cuantos ofrecimientos le hicieran las empresas, siempre que éstos se ajustaran á su nombre y categoría.

Las propuestas de contrato no se hicieron esperar, siendo muy numerosos los ajustes con que contaba.

Y para probar su nuevo empeño en matar toros, no

tuvo otro remedio que acudir á las manos del barbero y decirle:

—¡Maestro, aféiteme usted el bigotel

*
* *

En la corrida que el año 1887 se celebró en la Habana á beneficio del simpático espada Rafael Guerra «Guerrita», se lidiaron seis toros de la ganadería de «Lagartijo», adornados con elegantes divisas, en cada una de las cuales iban grabados los siguientes cantares:

Dos granos de sal faltaban
A la Habana, y van servidos,
Si da una estocada el Guerra
Y pone un par el «Mogino».

—

Para muchachas la Habana,
Y para vinos, Jerez,
Y para toreros finos,
El barrio de la Merced.

—

Yo sé pasar de muleta
En Córdoba y en la Habana:
Me ha mirado una cubana,
Y he resultado un maleta.

—

Que el papel baje ó que suba,
Tan segura está la paz,
¡Que no se anubla una faz
Al grito de *Guerra en Cuba!*

—

Al embarcarse le dijo
A «Guerrita» una gitana:

«Los aplausos de la Habana
Los va á escuchar «Lagartijo».

—
¡Entre Córdoba y la Habana,
Cuánto cielo y cuánta mar!
Pero hoy que mata «Guerrita»,
¡Qué cerca las dos están!



Luis Mazzantini ingresó en 1876 en la compañía del ferrocarril del Mediodía como factor telegrafista. Pasó en 1880 á la compañía de Ciudad Real á Badajoz, á cuya empresa sirvió poco tiempo, para dedicarse por completo al arte de Montes.

Las primeras corridas que presenció le aficionaron de tal modo, que llegó á soñar, con grave detrimento de las pilas eléctricas y los aisladores, con pases y estocadas. Esto hizo que fuese trasladado á las oficinas centrales en calidad de inspector. Fué el remedio peor que la enfermedad. En Madrid no faltaba á ninguna corrida, y en las becerradas que se daban en la plaza de los Campos Elíseos, tomaba una parte activa, buscando pretextos para que sus jefes le dejaran libres los días en que se celebraban.

Esto llegó á noticia del director de la línea, don José Echegaray, quien le mandó llamar. Una vez en su presencia, le dijo:

—He sabido, con sorpresa, que los lunes los emplea usted en correr toretes en los Campos Elíseos.

—Señor...—murmuró Mazzantini, inclinando la cabeza.

—Nada, nada,—repuso don José,—ó deja usted los estoques y se dedica á las pilas eléctricas, ó abandona usted éstas y se viste usted de corto.

Mazzantini echó sus cuentas en el momento, y le contestó:

—Puede vuestra excelencia dar por presentada mi dimisión. Mis inclinaciones están más conformes con el toreo que con las pilas y los trabajos del bufete.

La resolución del joven contrarió al insigne ingeniero y gran dramaturgo, que tenía afecto hacia aquel empleado experto y activo, que antes de abrazar la arriesgada profesión, había consultado al célebre actor don Antonio Vico sobre sus aptitudes para el teatro.

..

Con el título de «Un buen puyazo», publicó hace algunos años el inteligente revistero taurino Angel R. Chaves, la siguiente curiosa anécdota de 1808:

«Todavía no se había convencido la intrusa majestad de José I, de que, por mucho que pusiera de su parte, nunca podría hacerse simpática á la mayoría de sus nuevos y levantiscos vasallos, y por cuantos medios le aconsejaban, trataba de alcanzar una popularidad que cada día veía más distante de su tan regia como escarnecida persona.

»Aunque, como se comprende, huyeran los españoles adictos á su causa de encomiarle las escasísimas buenas prendas que adornaban á aquel *deseado* Fernando, que con tan poco trabajo le había abandonado el trono de sus mayores, tal era su afán de preguntar, que por más que la adulación pusiera freno á las lenguas de sus cortesanos, no pudieron éstos ocultarle que una de las cosas que más entusiasmaban en el hijo de Carlos IV era verle oprimiendo los anchos lomos de uno de aquellos caballos de pura sangre española, sobre los que se asentaba, aunque con un poco de pesadez, haciendo alardes, no del todo injustificados, al par que de

excelente jinete, de hombre dotado de no escasa dosis de varonil gentileza.

»Nunca había descollado José por su afición á los ejercicios corporales; pero á su modestia no se ocultaba que ni era tan desairada su figura, ni su habilidad tan poca, que cayera mal sobre los borrenes de una silla, y afanoso de imitar á quien con tantas simpatías contaba, buscó ocasión de hacer ver que ni era despreciable caballista, ni le amedrentaba ninguna de las faenas de cuanto constituía lo que pudiéramos llamar el *sport* de aquella época.

»Tal ocasión no tardó en deparársela aquel famoso don Leandro Fernández de Moratín, que no contento con afrancesar nuestra literatura, traduciendo á carta vista á Molière y á cencerros tapados á Mariveaux, empleaba todos los recursos de su ingenio en encarecer con la gárrula facundia de cualquier Dulcamara, las excelencias del híbrido emplasto conocido por Constitución de Bayona y las virtudes del lacayo decorado con el pomposo título de Rey de España y de sus Indias, que á las órdenes de Bonaparte, hacía el más triste de los papeles en el trono de San Fernando.

»Sabido es que el bueno, ó lo que fuera, del tal don Leandro, pasaba, á pesar de lo frío y desabrido de su natural, por grande entusiasta de las corridas de toros, y que tal afición le hacía mantener relaciones de amistad, algo enfriadas ya por su afrancesamiento, con algunos de los diestros de más nombradía y con no pocos ganaderos de la tierra, por cuyas reses parece tenía Inarco Celenio particular predilección.

»Uno de estos últimos, vecino de Colmenar Viejo, y á quien no nombro por si el recuerdo pudiera molestar á sus descendientes que aun hoy mantienen el buen nombre de que ya en los comedios del siglo pasado gozaba el hierro de su vacada, le había invitado á una gi-

ra que tenía por principal objeto apartar unos toros que debían lidiarse el lunes más próximo en la plaza de Madrid.

»A Moratín se le ocurrió el pensamiento de hacer extensiva la invitación á su intrusa majestad, y como ésta se dignara aceptar, avisado el ganadero, no tuvo más remedio que ratificar, aunque de mala gana, dicho sea en honor suyo, el ofrecimiento.

»Una mañana, no de las más calurosas por cierto, de principios de Junio de aquel año, el buen pueblo de Madrid veía salir por la puerta de los Pozos de la Nieve, seguido de no numeroso pero sí lucido cortejo, al que tan injusta como irrespetuosamente llamaba Pepe Botellas.

»Nada tenía de común aquella partida con la que con algún más azoramiento había de emprender de allí á pocos días, al saberse en Madrid la gloriosísima victoria de Bailén; pero esto no era obstáculo para que tan alegres fueran las chanzonetas cruzadas entre los manolos y chisperos que detenían el paso en las calles para ver cruzar la regia comitiva, que ni el poco afortunado monarca, ni sus no del todo discretos consejeros, pudieron dejar de comprender que el arbitrio había resultado contraproducente por aquella vez.

»Verdad es que la alegría popular se explicaba de sobra. José, que montaba un soberbio caballo morcillo arrendado á la jerezana, había tenido el mal acuerdo de adoptar por aquel día el típico traje de nuestros majos, y sin ofenderle, el castoreño, la redecilla y los monillos de alamares le iban poco más ó menos como hubiera sentado al Santísimo Cristo del Pardo una bandolera de Guardia de Corps.

»Fuera de aquel incidente, el viaje se hizo sin el menor contratiempo, y aunque con algún quebranto de los que estaban tan poco hechos á cabalgar como el

autor de «La Mogigata», á muy poco más de las dos horas de camino, llegaban á uno de los cercados del término de Colmenar Viejo, donde eran recibidos por el afamado ganadero con una frialdad mal disimulada por el respeto.

»Y de la gira tampoco hubiera habido nada que contar, de no haber ocurrido á última hora un lance que pudo trocar en duelo la mediana y un poco forzada alegría que se había querido dar al esparcimiento.

»Después de servido un tan sólido como sabroso almuerzo, se procedió á elegir y separar las reses que habían de lidiarse, y gracias á la pericia de los encargados de la faena esta, iba ya á darse por terminada, cuando de pronto un hermoso toro alto de agujas, bien puesto de pitones y cuya capa colorada encendida delataba la pureza de la casta gijona, de que sin mezcla alguna procedía, se rezagó, al parecer tranquilamente, y cuando estuvo lejos de la piara, se arrancó con la velocidad del rayo hacia un ribazo en que con cierta precaución había quedado el rey, renunciando á seguir á sus cortesanos, enfrascados en la tarea del acoso.

»José Bonaparte, comprendiendo que su caballo no tenía piernas bastantes para ganar el viaje al cornúpeto, con una serenidad digna de mejor suerte, afianzó la vara de detener, que por hacer lo que los demás, había aceptado, y esperó la acometida. Pero fuera que le faltara brazo, fuera que se olvidara de manejar la mano izquierda para buscar la salida, lo cierto es que alcanzado el caballo en una de las ancas, se levantó éste en tan inopinado bote, que dió en el suelo con la regia persona que sobre sus lomos sostenía.

»La situación del rey era por tal extremo comprometida, que cuantos desde larga distancia vieron el suceso, lanzaron un grito de terror. Pero cuando el toro inclinaba ya la cerviz para dar el hachazo sobre el derribado

jinete, quedó por el pronto inmóvil, como si sus cuatro patas estuvieran clavadas á la tierra, y no tardó en doblar las manos, cayendo pesadamente al lado del sitio de que se levantaba el no del todo bientrecho monarca «in partibus» de los españoles.

»Un puyazo puesto en las mismas agujas había tocado la médula del animal, produciendo el descorde.

»El que sin saber cómo ni por dónde había acudido tan á tiempo á dar muestras de su pujanza y habilidad en el arte de picar, era un hombre ya de edad madura, pero vigoroso y fuerte, y que tanto por su traje como por su aspecto, revelaba tener el oficio de vaquero de reses bravas.

»Al ver rendido á sus pies al toro, echó pié á tierra con objeto de prestar ayuda al caído; pero como ya toda la gente que componía la comitiva se incorporara al grupo, iba á esquivarse modestamente, cuando José le detuvo, y sacando del bolsillo una onza de oro, le dijo con el marcado acento extranjero de que nunca se desprendió:

»—Has salvado la vida á tu rey, y quiero que sepas que éste no es ingrato.

»El vaquero se puso pálido, retiró la mano que ya avanzaba hacia la moneda, se encasquetó la montera de barragán que había quitado de su cabeza, y montando otra vez en su jaca, sin aguardar siquiera licencia de su amo, se alejó á todo correr, gruñendo entre dientes:

»—¡Yo que no pude evitar la muerte de mi maestro, le he librado á *éste* la pelleja! Por mal español, merecía la horca.

»Para comprender el verdadero valor de aquellas palabras, baste saber que el que, retirado hacía siete años de su antigua profesión, desempeñaba por aquel entonces el oficio de mayoral de una ganadería, era aquel picador llamado Juan López, que la tarde del 11 de Mayo de 1801 se adelantó, con mejor deseo que fortuna, hasta

los tercios de la plaza á poner un puyazo á caballo levantado al toro «Barbudo», que tenía entre las astas el cadáver de José Delgado, más conocido por «Pepe Hillo».

*
* *

Cayetano Sanz, cuando sin más guía que su instinto, empezó á torear, hizolo con aplomo, huyendo de la pre-



Cayetano Sanz

cipitación natural en todo principiante, y al ponerse bajo la dirección del «Chiclanero», se dió á bullir delante de los toros, como si pareciéndole malo lo que en José Redondo veía, quisiera mejorarlo con esa brega in-

quieta de «Zaragata», que todo lo fía á los pies y no á las manos, que piensa más en la carrera que en el engaño para la defensa.

Hasta tal punto abusaba de sus pies, sin parar mientes en los consejos del «Chiclanero», que un notabilísimo aficionado y crítico, le llamó «galgo de buena raza», y le apostrofaba, diciéndole en más de una ocasión:

—¡Para y repárate, zapatero!

..

Contaba un diestro:

—Pué por lo que ustésicían, en mi vía he recibío yo.

—¿No fué usted el mataor de la otra tarde?

—Zí zeño.

—Pues yo creí que había usted recibío.

—En mi vía.

—Acuérdese usted... yo me figuro que usted fué quien recibió... un botellazo.

*
**

—Diga usted: ¿qué es la suerte de aguantar?

—Pué la zuerte d' aguantar ez la maz fácil. Se coloca uno en cuarsiquier terreno e la plaza, ejecuta cuarsiquier zuerte malamente; er púbrico chiya, y pide que vaya osté á la carcel, y osté se pasea, como si ná. Ezta ez la zuerte de aguantar.

..

—¡Ah, señuritu! ¿Non decían queste año teníamos jimpressa nueva?

—Nueva es, según han rezado carteles y periódicos.

—Tá, tá, tá; lu ques yo non lu creu.

—¿Y en qué te fundas, Ruperto?

—Yo, señuritu mi amu, Dios me libre de malus pensamientos; peru yo veu la misma cuba y el mismu aguardor.

—No te comprendo.

—Ni yo, pobre marrusiñu, sabré explicarlu, porque tengo pocas explicaderas; peru estu de non dar toru de gracia, estus carteles, estas gorras, estus vestidos y... estu todú...

—¡Ja, ja, ja! ¡Qué ocurrencial! Puede tengas razón...



Desde que «Lagartijo» tomó la alternativa (1865), hasta su retirada (1893), tomó parte en 1,632 corridas de toros, de ellas 404 celebradas en Madrid.

Entre todas suman 4,687 toros estoqueados por el maestro cordobés.

Sus corridas de despedida las dió en Zaragoza, Bilbao, Barcelona y Valencia, los días 7, 11, 21 y 28 de Mayo, y en Madrid el 1 de Junio.

Durante su carrera, confirió la alternativa á «Jaqueta», Hermosilla, «Cara-ancha», Caballero (G.), Pastor (A.), Molina (M.), Mazzantini, «Paco Frascuelo», «Guerrita», «Torerito» y «Minuto».



—La zuerte d' arrancar ez un poco ma ificiliya, zígún y cómo la experimentao yo.

—¿Cómo fué?

—Cuando vide que irrimisiblemente nos habíamos d' encontrar el burel y yo, me irigi á mi caza, ezto é, á la barrera, pero al zaltar, me cogió l' animaliyó, y me *arrancó* media vara é pellejo de la pier del muslo.



Hace algunos años, en 1889, mcnsieur Carlos Iriarte publicó en París un curioso libro sobre la vida y muerte de César Borgia, con datos extraídos, en su mayor parte, de los archivos, y cuenta, entre otros episodios, el siguiente:

«El día de San Juan, el 24 de Junio de 1500, se organizaron en Roma corridas de toros detrás de la Basílica de San Pedro, y siguiendo la moda introducida en Roma después de Calixto por los aragoneses, César descendió con el rostro cubierto á la arena, toreó á pie sencillamente, cubierto de una túnica, con la espada corta y la muleta, y se las hubo, uno tras otro, con cinco toros, á todos los cuales dió muerte. El último lo mató de una sola estocada, entre los aplausos frenéticos de una muchedumbre entusiasmada.

»Cuando las fiestas con motivo del tercer matrimonio de Lucrecia Borgia, el 2 de Enero de 1502, también se verificaron corridas de toros en la plaza de San Pedro. Esta vez César entró en el circo á caballo, y después de saludar al público á la usanza española, arremetió con la fiera, lanza en ristre, después toreó á pie, presidiendo una cuadrilla de diez españoles.»



Un periódico de Bilbao, *La República*, daba cuenta, en 1892, de haberse fundado en dicha capital una escuela de tauromaquia, y añadía los siguientes detalles respecto á la enseñanza que se daba en la misma:

«Se ha fundado ya en nuestra villa esta escuela, y hasta la fecha hay matriculados en ella más de ochenta jóvenes aficionados al arte taurino.

»La mayoría de éstos son desocupados sin trabajo, y creen que cultivando ese difícil arte, ganarán el sustento necesario para poder vivir.

»No les arriendo la ganancia, si creen que con el fruto que les dé el toreo podrán hacer frente á las necesidades de la vida.

»Ya pueden dedicarse desde ahora á otro más lucrativo, pues si piensan que con el arte de «Pepe-Hillo» van á sacar el jornal, buen petardo se llevan.

»A pesar de que, según dice el señor Cortés, «Os-tión» empezó con menos estudios y se ha hecho buen torero, y que además de él hay otros por el estilo, de cien resultará uno, y este uno es preciso que tenga mucho corazón, pues de lo contrario no resultará *ni chicha ni limoná*.

»Ayer empezaron las lecciones de los alumnos que tienen permiso de sus padres para seguir el arte, y que son unos dieciséis.

»El señor Cortés ha construido un toro de madera, que puede mover la cabeza á derecha é izquierda por medio de dos cuerdas.

»Después de dar á los discípulos algunas lecciones para poner banderillas, les dijo:

»—Cuando el toro tenga pegadas las dos orejas á la cabeza, es señal de que va á embestir, y no conviene citarle.

»—Cuando un toro menee la oreja derecha, embiste por la izquierda, y viceversa.

»Después de estas y otras varias explicaciones, les enseñó á colocar las banderillas de todas las maneras posibles.

»Uno de los peones que trabajan en las obras de la plaza, se metió dentro del toro... de madera, por supuesto, siguiendo á los toreros.

»El señor Cortés les explicó cómo se hacían las

suertes de capa, logrando que varios las hiciesen bien.

»Es muy probable que el lunes próximo toreen estos aficionados, ante el público, dos vacas de Aleas.»



En la corrida verificada en la plaza de Madrid el 29 de Octubre de 1882, se despidió de sus amigos y aficio-



Mariano Antón

nados, cortándose la coleta para no volver á torear, el diestro Mariano Antón.

Fué un buen banderillero, que en 1855 entró en la cuadrilla del «Tato», y al ocurrir la desgracia, á consecuencia de la cual amputaron la pierna á éste, pasó á

formar parte Mariano Antón en la cuadrilla de «Lagartijo».

*
**

De Tomás Parrondo «Manchao», decía don José Sánchez de Neira:



Tomás Parrondo (EL MANCHAO)

«Que no puede perdonársele el mal que ha hecho al arte con su inercia y apatía.»

Realmente, Tomás, siendo matador de novillos, había hecho concebir esperanzas á muchos aficionados.

Pero se quedó rezagado, y fué una verdadera lásti-

ma, porque había en «Manchao» madera para hacer un buen torero.

*
* *

Hace algunos años, en 1892, se leía en el periódico *El Orden*:

«Costeada por el valiente espada Rafael Guerra «Guerrita», se ha repartido en la capilla de la Carretería, durante los días 22, 23 y 24 del actual, una limosna de pan, arroz, bacalao y aceite á los pobres de esta capital.

»Según nuestros informes, el número de bonos asciende á 6,000.

»Los sentimientos humanitarios del insigne torero cordobés le atraerán en Sevilla tantos apasionados como admiradores hay de su valor y destreza.

»Por nuestra parte, damos las gracias al generoso diestro, en nombre de los pobres á quienes hemos socorrido con los bonos que se nos han enviado.»

*
* *

Histórico.

Un alguacil:

—El señor presidente dice que cuando termine la corrida, pague usted cincuenta duros de multa.

El matador:

—Ve y pregúntale al señor presidente, por qué.

El alguacil vuelve:

—Dice porque ha matado usted malamente á ese toro.

El matador:

—Pues ve otra vez, y sube la escalerita, y le preguntas si ha visto en mi contrato que *yo me habia comprometido á matar bien los toros.*

*
**

—¿Sabes que voy á hacerme torero?

—¡Cómo! ¿tú torero?

—Lo que oyes.

—¿Y qué sabes tú de toros?

—¿Que no sé?... Ayer comí un plato de callos y caracoles, y he sabido tratar á los animales cornudos con tanto arte, que les he hecho *recortes, galleos, trasteos y tanta moná*, que los animalillos han tomao salía larga, y no me han dejao ni siquiera un poquiyo de mal de vientre pa recuerdo.

*
**

—Dígame usted, don José: ¿cómo se ejecutan mejor las suertes, á toro parado ó á toro levantado?

—A toro *estofado*...

*
**

—¿Don Miguel, qué juicio forma usted de las estocadas á volapié?

—Que ya no debe llamarse *vuelapié*, sino *vuela cuerpo*, que es lo que más generalmente se ve por el aire.

*
**

Cuentan de un novel empresario de una de las plazas de toros de más importancia de España, que al tratar con sus compañeros de la adquisición de un juego de cajas, lamentándose al propio tiempo de lo muy caro que cuesta el transporte de los toros en ferrocarril, dijo:

—¿Para qué hacen falta las jaulas? ¿No se traen las

vacas amarradas dentro de un vagón? ¿Por qué no ha de hacerse lo mismo con los toros?

.....
¡Si sería inteligente el hombre!

*
* *

Disculpas de un mataor:

—Pero vengan ustedes acá; la culpa de mi faena, no la tuye yo, sino la caballería...

Un picaor al canto:

—A mí no me tienes que nombrar tú.

*
* *

El 2 de Agosto de 1892, en Fuente el Saz, ocurrió un suceso digno de ser publicado.

A las cinco de la tardé de dicho día, se hallaban bañando en el Jarama cuatro jóvenes vecinos de dicho pueblo, y uno de ellos, llamado Higinio Martín, perdió el equilibrio, y se encontraba en inminente peligro de perecer.

En las inmediaciones de aquella ribera se encontraba uno de los vaqueros de don Félix Gómez, guardando una punta de ganado, y avisado por los compañeros del desgraciado Higinio, montó en la yegua que para su servicio tenía aparejada, y penetrando en el río, logró que el Higinio pudiera agarrar la punta de la honda y arrastrarle hasta la orilla; pero el joven, no creyendo bastante para su salvación la honda con que fué arrastrado hasta aquel sitio, en cuanto tuvo ocasión, se abalanzó á la cabeza de la yegua, la abatió dentro del río, y pereció el animal.

El vaquero, que se llama Francisco Carreros y que sabe nadar perfectamente, pudo desprenderse de la si-

lla, y después de extremados esfuerzos, logró salvar de una muerte cierta al Higinio, arriesgando su vida.

Pero lo gracioso del caso es que el honrado Carreiros perdió su yegua por salvar la vida de un vecino, pues no halló quien se la abonara.

*
* *

Las corridas de toros celebradas el año 1892 en Linares, fueron, por regla general, de las que más resonancia tuvieron por las peripecias á que dieron lugar.

Después de una que dió ocasión á un conflicto de orden público, hubo otra que también será de las que se recuerden durante algún tiempo.

Estaban anunciados para eila toros de Miura, y las cuadrillas de «Lagartijo» y «Espartero».

Dos horas antes de comenzar la corrida, los picadores desechan por inútiles los diez caballos prevenidos, negándose á picar si no se substituían por otros que tuvieran las condiciones necesarias.

El alcalde conferenció, en vista de esto, con el empresario, y las cuadrillas, creyéronse después de esta entrevista, que el conflicto estaba conjurado.

La corrida estaba anunciada para las cuatro, y eran más de las cinco y aun no se habían presentado las cuadrillas en la plaza.

El público estaba impaciente y protestaba ruidosamente contra la desusada tardanza en comenzar el espectáculo.

En vista de esto, la autoridad mandó á un jefe de la guardia civil para que, acompañado de algunos números, condujera á los diestros.

Al presentarse en la fonda en que estaban hospedados los toreros, el jefe de la benemérita, dando cuenta de su misión, ocurrió una escena curiosa.

«Lagartijo» dirigióse al «Espartero» después de escuchar al jefe de la fuerza, y le dijo:

—Miá, Manuel, tú te estás callao, que yo arreglaré esto.

Y volviéndose al oficial, le dijo:

—Oiga osté: si á osté le mandan perseguir criminales y le quitan el sable y el revólver, ¿iría osté?

El oficial le dijo que no, y entonces Rafael Molina replicó:

—Pus lo mismo digo yo: que no comprometo á mi gente para que piquen sin caballos.

Por fin, y para evitar un conflicto que se venía encima, en vista de la actitud del público, resolvió Rafael ir á la plaza.

La corrida dió principio á las seis.

El público, indignado por la tardanza de éstos, los recibió con una silba inmensa.

Como era de esperar, la lidia no pudo hacerse en debida forma, y el público acabó por arrojarse al callejón y al redondel, amenazando con palos y toda clase de armas á los diestros, porque entendían que ellos eran los culpables del suceso.

Por último, los toreros pudieron escapar de la plaza y refugiarse en la fonda.

El pueblo, cada vez más irritado, acudió al domicilio de los diestros, dando gritos de ¡mueran! y otros por el estilo.

Las ventanas y balcones de la casa fueron apedreados por los amotinados, á los cuales hubo que reducir por la fuerza pública.

«Lagartijo» y «Espartero» lograron llegar á la estación del ferrocarril y tomar el tren, al montar en el cual parece que dijeron:

—Si nos pagaran tres millones por matar dos toros en Linares, no volveríamos.



Una verdadera nimiedad fué causa de que el banderillero Victoriano Recatero «Regaterín» rompiese con Salvador Sánchez, después de una larga serie de años al lado el uno del otro. No habían transcurrido dos horas cuando Victoriano era solicitado por Mazzantini, á cuya cuadrilla llevó la esencia de sus talentos, y en la que permaneció hasta su muerte, ocurrida cuando por el gran banderillero no habían pasado los años en cuanto á menguar su valor y su arte fino.



«Era el afamado *tendido de los sastres* de la plaza de toros vieja de Madrid,—dice «El Barquero»,—donde se reunía los más *florido* de cada casa, donde no podía asomar siquiera un sombrero de copa alta y donde la animación reinaba en tan grande ó mayor escala que dentro del circo.

»El que estas líneas escribe, tenía su *abono* perpetuo en el célebre tendido, y billete de *libre circulación* para las cuadras, el cuartito capilla, situado á mano derecha del patio, el gallinero de la izquierda debajo, de la escalera, la carnicería, etc., etc.

»Salieron los diestros de la capilla, y á la puerta de arrastre se encaminaron, rodeados de chicos y grandes, más de los primeros que de los segundos.

»Entre todos, y rozando el lujoso capote de «Frascuello», marchaba yo más orgulloso que un conquistador, y cuando las puertas se abrieron para dar entrada á los toreros, tiré del capote al maestro, diciendo:

»—Señor Salvador, éntreme usted.

»Salvador me miró, y dirigiéndose á Victoriano, exclamó:

»—Oye, tú: que entres á éste.

»—Ven acá, *marqués*,—dijo Victoriano.

»Y me rodeó su brazo al cuello, escondiéndome bajo su flamante capa que pendía del hombro izquierdo.

»Ocho años tenía yo, y dada mi corta estatura y lo corto de la prenda encubridora, huelga decir que únicamente el raso cubría mi cabeza, viéndoseme todo el cuerpo.

»Los empleados trataron de hacerme volver atrás; pero Victoriano (¡parece que aun le oigo!) se opuso, diciendo:

»—Déjale, hombre, que un día es un día.

»Después, entre «Regaterín» y alguno más que no recuerdo quien fuera, me elevaron al pretil del tendido; desde allí me tomaron en peso los espectadores, y presencié la primera corrida de toros que en mi vida he visto, pues mis haberes sólo me permitían el lujo de alguna que otra novillada.

»Debo, pues, á la memoria de Victoriano Recatero «Regaterín», agradecimiento antiguo, unido á las satisfacciones de aficionado entusiasta, y no puedo por menos que terminar, diciendo:

»—¡Cuánto valía Victoriano!»

*
* *

Decía Luján en cierta zarzuela que se hacía en Variedades, invitado á escribir algo en el álbum de un hotel del Mont-Blanc, y después de pensarlo mucho:

—De noche todos los gatos son pardos.

Invitado á hacer algo parecido, y después de pensarlo mucho también, no encuentro,—dice Federico Urrecha,—nada como esta verdad demostrada por la experiencia de varios siglos:

—De noche todos los toros son negros.

*
**

El señor Villén decía de Angel Pastor en una semblanza que hizo de éste, lo siguiente:



Angel Pastor

Pastor venido á la tierra,
Según su nombre, del cielo,
Aunque trabaja con celo,
No pocas veces la yerra.

Consiste, á lo que yo creo,
En falta de inteligencia;
Preste atención y paciencia
Si ha de vivir del toreo.



«*Espartero*» y sus cogidas. —Las principales cogidas que sufrió el infortunado espada Manuel García «Espartero», fueron:

1884.—Una en Cazalla, otra en Gerona y otra en Sevilla.

1885.—19 Noviembre, en Zalamea, resultó con una herida en el muslo.—29 de Octubre, en Sevilla, herido por el primer toro.

1886.—13 de Mayo, en Málaga, resultó con una herida en el muslo derecho,—11 de Julio, en el Puerto, sufrió tres heridas graves, una en el muslo izquierdo, otra en el hipogastrio derecho y otra en el pene.—28 de Septiembre, sufrió una grave en el muslo derecho.

1887.—17 de Julio, en Cabra, el tercer toro le infirió una herida en la parte anterior externa del muslo derecho.

1888.—21 de Mayo, en Ronda, sufrió un varetazo y un puntazo en el muslo derecho.—23 de Julio, en Valencia, dos puntazos en el muslo izquierdo.

1889 y 1890.—Tuvo algunas cogidas sin importancia.

1891.—16 de Agosto, en Cazalla, un puntazo profundo en el costado izquierdo, á pesar del cual continuó toreando.—4 de Septiembre, en Daimiel, sufrió una herida de consideración.—4 de Octubre, en Madrid, un puntazo profundo en la muñeca izquierda.—16 de Octubre, en Guadalajara, una herida en la región palmar de la mano derecha.

1892.—1 de Mayo, Madrid, un puntazo leve en el brazo derecho.—9 de Julio, Pamplona, un puntazo leve y una fuerte contusión en la mano izquierda.—23, Valencia, una herida leve en el cuello y otra en el vientre.

—Septiembre, Murcia, un puntazo leve en el pecho.—
23 de Octubre, Sevilla, una herida muy grave en la re-
gión mamaria derecha, interesándole la pleura.

1893.—1 de Abril, en Lorca un puntazo leve en el
vientre.

Y la que el 27 de Mayo de 1894 sufrió en Madrid, y
que le ocasionó la muerte.



Las zapatillas de un torero. (Cuento con ribetes de
historia).—A principios del siglo actual,—dice B. T. B.
—dos días después de haberse celebrado un aconteci-
miento taurino en la antigua plaza de toros del Merca-
do, á la que asistieron los jurados, la nobleza y cuanto
de notable encerraba entonces esta ciudad, «Manoliyo»,
conocido entre los suyos por el apodo de «Mal Pellejo»,
maleta, como decimos hoy, de un celebrado espada se-
villano, cuyo recuerdo y fama brilla como *etoil* impe-
recedero en el horizonte del mundo taurino, tuvo la ca-
ritativa idea, como se verá después, de arrojar las
zapatillas de su maestro á la calle como prendas inser-
vibles. Algunos minutos después que esto ocurría, un
pobre jornalero, tan falto de trabajo como sobrado de
hijos, recogió aquellas prendas de estimadísimo valor
taurino, y las vendió á un coleccionador de curiosida-
des taurómacas, admirador furibundo del celebrado
diestro andaluz, quien las compró sin regateo de nin-
guna especie, y á buen precio. Con el importe de aquella
inesperada venta, tuvo el obrero lo suficiente para dar
de comer en unos cuantos días á su indigente familia,
compróse algunas prendas de ropa que le hacían muy
buena falta, y costeó una misa por el eterno descanso
de aquel buenísimo maleta, que murió poco tiempo
después villanamente asesinado en una reyerta habida
en una freiduría de la feria gaditana.



Don Luís Montalván relata un hecho de Felipe García en los siguientes términos:

«Corría el año de 1886. Felipe García estaba dirigiendo la tiente de becerros del señor Palha, que se efectuaba en un magnífico corral rectangular, cuyas cuatro esquinas se cortaban con tablas y servían de burladeros y de localidades para colocar á mucha gente de la que acudía á presenciar la faena.

»Salió un becerro muy adelantado y muy pronto; toma un puyazo del «Calesero», y al salir de la suerte, se fija en un capote que «Mateíto» tenía colgado en uno de aquellos burladeros, y ligero como un rayo se fué al capote, saltó y se coló en el triángulo que formaban las paredes del corral con el burladero, y que estaba lleno de gente del campo.

»Excusado es referir la que allí se armó. Los que pudieron, se tiraron de cabeza á la corraleta, otros quedaron tumbados en el suelo y encomendando su alma á Dios, y un niño de diez á doce años que ninguna de estas cosas pudieron ocurrírsele, recibió una cornada de bastante consideración en la cara, y hubiera muerto á no ser porque apercebido el «Calesero», desde el caballo llamó á Felipe, diciéndole:—¡Felipe! ¡Felipe! corre que el becerro va á matar á un niño.

»Oirlo Felipe y lanzarse en aquel reducido espacio de terreno, coger al niño, sacarle por una ventanilla que había en el rincón del corral por la que á él le fué difícil pasar después de haber salvado al muchacho, fué todo obra de un momento.

»«Mateíto» y el que subscribe estas líneas, cierto es que llamaban la atención del becerro desde las tablas, pero así y todo, pocos ejecutan la acción que Felipe

García llevó á cabo exponiendo su vida, impulsado por su amor al prójimo.

»Este acto valió á Felipe García una ovación unánime, espontánea, tributada por cuantos asistían al acto, ovación que causó su asombro, porque, según dijo, nada tenía de particular, y la hubiera hecho cualquiera en igualdad de circunstancias.»



—Hace años,—dice don José Ortega Munilla,—y lo recuerdo como si acabara de suceder.

El público volvía de la Plaza de Toros con el rostro triste.

Las emociones fuertes de una corrida de novillos; el calor de una tarde de Agosto; el aspecto multicolor, movable y cambiante del anchuroso circo lleno de pueblo que tiene algo de espiral, inquieto y culebreante, girando sobre las mismas gradas y tendidos; los trajes abigarrados de las cuadrillas en que el sol produce explosión de luz, bailando en las lentejuelas de oro del bordado y en las rojas capas; el gárrulo y locuaz diálogo de los tendidos; la música del Hospicio, cuyo ritmo marcan las resonancias del trombón... todo esto se entreveía, se oía, llegaba á los sentidos del observador, contemplando el ruidoso desfile del público que salía por las puertas de la plaza.

Entre aquella multitud pasó corriendo un sacerdote con el Crisma del Oleo Santo entre las manos.

—¡Ya ha muerto!—murmuró una voz á mi espalda.

—El toro le cortó la yugular, y la herida era mortal de necesidad,—asintió otra voz.

Y por todo epitafio, añadió una tercera:

—¡Era un banderillero!

Que era como quien dice:

—¡Era su oficio!



Toreando el famoso «Lavi» como primer espada en una corrida en la plaza antigua de Madrid, corrida que presenciaba la reina Isabel, tuvo la suerte de quedarse en un recorte con la preciosa divisa que ostentaba un toro en el morrillo, é inmediatamente subió al palco regio á ofrecérsela á la reina.

—Señora,—la dijo, hincando una rodilla en tierra,—esta es la segunda divisa que vuestra majestá tié el honor de resibir las manos der «Lavi».

La reina acogió con una expresiva sonrisa el obsequio y tan original dedicatoria, dirigiendo al diestro benévolas frases.

Después de la corrida contaba el «Lavi» á sus amigos, con su gracejo incomparable, que la reina era una *barbiana de chipén*, y que le había *diñado dos motas*.



Con el título de *Antiguallas*, relata «Verdugillo» lo siguiente:

«Hacia poco tiempo que había tomado posesión del Gobierno civil de Barcelona el excelentísimo señor don Melchor Ordóñez, cuando se organizó una corrida de toros. Era el año 1853.

»Con extrañeza de todos, el gobernador se presentó la vispera de la corrida en la plaza para inspeccionar él mismo los toros, las dependencias del local,—entonces sumidas en el mayor abandono,—presenciar la prueba de caballos y revisar las sillas, rehiletos, trajes de los chulos y «monos sabios» y demás utensilios y chismes por el estilo.

»Cuando se hubo formado cabal concepto de todo, produjo tal *revolución*, tantas órdenes dictó, que puede decirse transformó casi por completo la manera de ser de las dependencias y de los servicios.

»Los faristoles para la charanga, que estaban debajo del palco presidencial, mandó colocarlos encima de la puerta de caballos, en donde se encuentran todavía; los puestos para los clarines ordenó traspasarlos debajo de la presidencia; los trajes de los chulos, que eran de un color amarillo muy chillón y que daban á los muchachos una figura grotesca, dispuso se cambiaran por otros más vistosos; á los mozos de plaza («monos sabios» y mulilleros) que no tenían *uniforme*, mandó se les hiciera uno apropiado, consistente en chaqueta corta, pantalón tirado, faja encarnada y sombrero *calañés*; hizo colocar varios cordones acústicos para poder transmitir las órdenes con comodidad y prontitud, obligó á que se reformaran los hierros de las banderillas, arreglándolos de manera que no se salieran al arrancarse ó desprenderse los palos, é introdujo multitud de reformas que sería prolijo enumerar.

»El administrador de la plaza, al oír las muchas órdenes de reforma que había dispuesto el gobernador, preguntóle:

»—¿Pero esto será para otra corrida?

»—No, señor; para la de mañana.

»—¿No ve, vuestra señoría, que no hay tiempo, que en menos de veinticuatro horas no es posible hacer ni cambiar de lugar tantas cosas?—objetó el dependiente de la plaza.

»Y Ordóñez limitóse á contestar secamente:

»—En menos de veinticuatro horas hay tiempo suficiente, si se quiere, para edificar una plaza de toros.

»Y no hubo más remedio que hacerlo.

»En otra corrida, al ver que el ganado dispuesto era

flaco y pequeño, mandó al empresario,—por no suspenderle la corrida,—que hiciera fijar en todas las esquinas y debajo de los carteles, un aviso contenido en los siguientes términos:

»*Aviso.*—En vista de no reunir el ganado que debe lidiarse mañana las condiciones necesarias, la empresa dará ocho toros en vez de seis, como había anunciado.
—*La Empresa.*

»El empresario, aterrorizado por aquella orden del señor Ordóñez, tocó todos los resortes, buscó recomendaciones de personas allegadas al gobernador para que éste revocara el fatal mandato. Pero todo fué inútil; quieras ó no quieras, tuvo que colocar aquellos anuncios tan perjudiciales, pues las recomendaciones más valiosas se estrellaron al chocar contra la energía y entereza de carácter de don Melchor.

»Ordóñez tenía la costumbre de dejar el sábado por la noche ó la víspera de todas las corridas, un celador y dos guardias en las cuadras de la plaza, con el exclusivo fin de que impidieran que el empresario de caballos sacara alguno de los reseñados durante la prueba, y los cambiara por otros inferiores, jugarreta muy peculiar á todos los tratantes en jamelgos, y que perjudica bastante el buen éxito de las funciones.

»Una de tantas noches, recelándose ya, serian las dos de la madrugada cuando el señor Ordóñez presentóse de súbito en las cuadras, viendo, como temía, que el celador no estaba en su lugar, pues se había marchado á dormir tranquila y cómodamente á su casa.

»El gobernador mandó dos guardias á buscar al *caballerito* para que le dijeran que le aguardaba en su despacho.

»En cuanto el celador llegó allí, don Melchor le dejó cesante, después de arrimarle una *felpa* de padre y muy señor suyo.

»Otro día tocó el turno á un picador.

»Ya se habían probado todos los caballos y cada picador tenía reseñados y marcados los suyos, menos uno de ellos, el que, dirigiéndose al gobernador, le dijo:

»—Sepa er zeñó gobernaó que con esos pencos, esas cartulinas, yo no pico mañana.

»—¿Por qué? ¿Qué tienen, hijo mío?—preguntó don Melchor.

»—Ná... que son flaquiyos, y... ¡vamos, que no quiero picá con ellos!.. porque no mapaña con desemejantes mapamundis, y, en fin, que no son cabailos de toros.

»—Si tú supieras lo que es un caballo de toros, no soltarías tales disparates; pero como lo ignoras por completo, no es extraño que lo digas. Sabe que los caballos que tú y tus compañeros habéis probado, son de recibo, porque tienen buenos los cuartos traseros y la boca, dan perfectamente el costado y adelantan con facilidad, y en una palabra, reúnen todas las condiciones que deben reunir los jacos de esta índole. Conque mira de apañarte con ellos, y déjame en paz.

»—Zeñó gobernaó, repito á uzía que yo no pico mañana.

»—No me impacientes, pues si Ordóñez se empeña, tú picarás,—repuso malhumorado el gobernador.

»—¡Que no sargo! ¡Ea, que ya lo dije!

»—¿Sí? Pues se acabaron las contemplaciones. Ya verás la bromita que te voy á jugar.

»Mira, si voluntariamente no quieres picar, vas á ver como ahora mismo te mando á la cárcel, y mañana te vestirás allí, irás luego á la plaza custodiado por dos guardias, picarás, y luego te volverán á encerrar y pasarás un par de meses á la sombra.

»Ya iba Ordóñez á llamar á los guardias para poner

en práctica su plan, cuando el picador en cuestión, re-
funfuñando y soltando *sapos y culebras* por su boca,
volvió á probar los caballos, y ¡oh, milagro! entonces
dió por buenos los mismos que ha poco había desecha-
do en absoluto.

»Creo que las cuatro anécdotas referidas prueban
evidentemente la rectitud de carácter del excelentísimo
señor don Melchor Ordóñez, al que podemos calificar
de gran bienhechor de las corridas de toros.

»En ellas vese con claridad su severo modo de
obrar, su afán para que todo estuviera bien ordenado
y dispuesto, su celo para que las empresas no engaña-
ran á los aficionados, su deseo de que todo lo que él
mandaba se cumpliera sin titubear y al pie de la letra,
y por último, su concisa manera de quitar los abusos
y evitar las pretensiones de algunos tipos con coleta.

»Siempre, continuamente, velaba don Melchor por
el mejor y más sano desarrollo de la fiesta.

»¡¡Cuánta diferencia va de ayer á hoy!!

»¡¡Cuánto ganaríamos los aficionados y cuál no se-
ría la esplendidez de nuestro espectáculo, si los gober-
nadores imitaran actualmente al inteligentísimo don
Melchor!!

»Con unos cuantos Ordóñez bien esparcidos por las
principales plazas de España, dentro de poco quedarían
cortados de raíz los muchos *chanchullos y perrerías* que
en la época presente verifican diestros, ganaderos y em-
presarios, volviendo las corridas de toros á su hermosa
«edad de oro».

••

Antonio Pérez «Ostión» ya tenía discernimiento su-
ficiente cuando pensó en ser torero, y sin vacilar entró
en los redondeles, hallando cumplidas sus aspiraciones,
encerradas en estas palabras:

—O soy torero, ó voy al cementerio.

Convencióse pronto de que el estoque en sus manos no alcanzaría el brillo necesario, y se dedicó de lleno a las banderillas, supliendo con la abundancia de valor la escasez de gallardía en la figura.

Y un día y otro, primero con espadas de poco fuste y



Antonio Pérez (OSTIÓN)

luego con maestros de gran nombradía, cumplió como bueno siempre, sin dejarse arrollar por los que poseían en mayor grado que él la facilidad de adornarse.



El general Espartero y Juan Jiménez «El Morenillo».—Estamos en el día 11 de Septiembre de 1837.

Fué aquella una época que no se vertía más que sangre. La guerra todo lo tenía paralizado, estando la industria y el comercio en el más completo abandono.

En una palabra, que todo fué miseria.

Madrid, el día que citamos, estaba completamente desierto; todas las tiendas estaban cerradas, y era bien escaso el número de personas que por las calles transitaban.

Las tapias que rodeaban la *corte*, las coronaban los nacionales, que contemplaban desde ellas á los carlistas y deseaban tenerles á tiro.

Don Carlos estaba á las puertas de Madrid con un numeroso cuerpo de ejército.

La milicia de la corte, que puede decirse era la única fuerza que la guarnecía, se aprestó á resistir á sus enemigos, y lo hizo con espontáneo entusiasmo.

Casi todas las personas útiles para tomar las armas, las tenían; los que por su edad no podían emplearse en un servicio activo, rondaban las calles.

Uno de los que sobresalía por su ardoroso entusiasmo, era Juan Jiménez «El Morenillo», bravo matador de toros de aquel tiempo, y uno de los liberales que en ideas patrióticas amenguaba por su valor á muchos de sus compañeros.

Con un pañuelo en la cabeza y un fusil de ancha boca, estaba dispuesto á resistir á sus enemigos.

En esta situación se encontraba el día que citamos, en la puerta de la casa número 18 de la calle de León, cuando el infante don Francisco, que recorría á caballo todas las calles de esta capital, tuvo ocasión de verle y saludarle.

—¿Qué haces ahí?—le preguntó el infante don Francisco;—¿eres tú patriota también?

—Sí, señor—contestó él,—y lo soy tanto, que estoy dispuesto á sacrificar mi vida por la patria. He sabido

que don Carlos está en Arganda y quiere apoderarse de Madrid; el ejército que hay es poco, y aquí estoy esperando á mis compañeros para salir esta noche para dicho pueblo.

El infante don Francisco dióle mil gracias por el interés que se tomaba por su patria, y despidióse al punto del «Morenillo».

Pocas horas después encontrábase éste tiroteándose con las guerrillas de Cabrera; don Carlos tuvo que abandonar el cercano pueblo de Arganda, ostigado por las fuerzas que llegaron á poco con Espartero. Las fuerzas de éste se unieron á las que pertenecía el «Morenillo», y la lucha por ambas partes fué sangrienta; pero al fin los liberales salieron victoriosos, y don Carlos tuvo que darse á la fuga.

Espartero y «Morenillo» diéronse á poco un abrazo, porque ambos se profesaban una antigua amistad. Juntos entraron en el pueblo; éste, que momentos antes estaba envuelto en tristeza, recobró su alegría ordinaria, y una comisión se presentó al Ayuntamiento para que diera permiso al día siguiente para correr toros; á poco las campanas se echaron á vuelo; por todos los balcones había colgaduras, y las calles se veían llenas de mucha gente.

El Ayuntamiento concedió el permiso pedido, y el día 13 de Septiembre del año 37 entraba en las primeras horas de la mañana un soberbio encierro de veinte toros de cinco años, que serían toreados por los mozos del pueblo, y dos muertos por el señor Antolín, hombre que según los de el pueblo, había matado toros con arte y valentía. Pero llega el momento, y el señor Antolín no se atreve ni á mirar al bicho cara á cara; la gente del pueblo no se determinaba ni á salir á la plaza, y visto que no había quién se determinara, pidió el pueblo en grito que matara «El Morenillo».

Al fin se baja nuestro hombre de uno de los balcones del Ayuntamiento. Verle y sonar un aplauso general, todo fué uno.

Quien tanto aplaudía, pocos días antes lloraba; pero lo hacía con el sentimiento verdadero del que está viendo á cada paso los seres más queridos expuestos á los disgustos de la guerra.

Pero en aquel momento todo se borra.

Espartero también contemplaba desde un balcón de la plaza, al parecer, con rostro sonriente.

«Morenillo» encontró á su toro en el centro de la plaza, por cierto que el bicho fué colorao obscuro, ojalao y grande. Allí le dió pocos lances y ceñido, le colocó entre aplausos seis pares de banderillas que el señor Antolín tenía en su casa, y al ir á matar, recordó que no tenía con qué.

Allí le proporcionaron estoques de bastón, con los que era imposible matar; pero de pronto se dirige al palco donde se encontraba Espartero, se quita su gorra de escarapela y le dice lo siguiente:

—Mi general, no tengo con que matar ese toro; ¿usted me presta su espada?

—Con mucho gusto,—contestó Espartero, entregándosela á poco.

«Morenillo», una vez armado, dió al bicho pocos pasas, se puso algo largo, citó á recibir, y dejó en el morrillo de la res la espada hasta la empuñadura. No hay para qué decir el entusiasmo que causaría su valor y su destreza.

El mismo «Morenillo» entregó la espada á Espartero, y en presencia de muchas personas se dieron un apretón de manos y se despidieron.

El general partió á poco en busca de sus contrarios; «Morenillo» volvió á Madrid con su gente, dejando grato recuerdo como torero, y habiendo adquirido tal nú-

mero de simpatías, que varias veces vinieron á buscarle y suplicarle que matase en aquella plaza.

El que le prestó la espada para matar al toro, murió con gloria y con dinero; él murió pobre. En sus últimos años tenía su puesto de pan en la calle de la Espada. Entonces tal vez no se supiera apreciar lo bueno, como apreciamos á veces lo malo.

*
* *

Las bodas de «Guerrita».—El jueves 17 de Diciembre de 1888, á las ocho de la noche, contrajo matrimonio este célebre torero, con la joven y bellísima señorita doña María de los Dolores Sánchez.

La novia, decía «El Toreo Sevillano», está enaltecida por los dones físicos y morales que todos la reconocen, y educada con esmerada solicitud; y al unirse en matrimonio con su prometido, sale de la modesta esfera en que se encontraba, para brillar en lo sucesivo, gozar de las delicias conyugales y compartir con su esposo las glorias que debe conquistarse en el taurino arte.

El procede también de esfera modesta; con posición bastante desahogada, sus costumbres son intachables, goza de generales simpatías, su fama en el toreo es indiscutible y su nombre circula por todos los círculos taurinos de España, que ven en él á uno de los primeros espadas de nuestros tiempos (1).

Con ocasión de la boda recibieron los novios muchos y valiosos regalos.

He aquí los objetos más notables que figuraban en aquella especie de exposición, en la que los diamantes, las perlas, los zafiros y los brillantes ofrecen una perspectiva deslumbradora:

(1) ¡Vaya sí lo fué!

La madrina, señorita doña Tránsito Guerra, sortija con un zafiro y brillantes.

El padrino, don Juan Bautista Aguilar y Martel, un alfiler en forma de media luna, de brillantes.

El excelentísimo señor conde de Valdelagrana, cadena para reloj, de oro, con dijes de brillantes.

Don José del Noval, de Madrid, pendientes con hermosos rubíes y dos cercos de brillantes.

Don Manuel Ramírez, de Málaga, precioso sortijero con base de plata.

Don Eusebio de la Reguera, de Madrid, un abanico y un rosario, con engarce de oro.

Don Federico Heredia y don Manuel Carrilio, estuche con dos aros, plata, para servilletas.

Don Rafael Pesquero, un estuche con doce cuchillos, plata, para postres.

Don José Carrasco Heredia y don Angel Barbudo, cada uno un estuche, con el contenido análogo al anterior.

Antonio Bejarano «Pegote», seis cubiertos de plata y un destrozador del mismo metal.

Don Rafael Barbudo y Bergel, un frutero y dos jarrones.

Don Rafael María Peñuela, un elegante quinqué y una licorera.

Don J. Baldomero Alamo, una hermosa escribanía con la figura de un guerrero á caballo, de bronce.

Don Francisco Romero, una preciosa licorera.

Don José Guerra, dos cubiertos plata.

Don Rafael Barazar, un juego completo de lavabo.

El conde de Cañete del Pinar, un elegante cojín de gró blanco, con adornos de peluche y en el centro el retrato de «Guerrita», de un exacto parecido.

Don Julio Aumente, espejo, adorno de mesa, en forma de herradura, orlado con la pintura de un bonito paisaje.

El general don Pedro A. Sartorius, otro espejo como el antedicho, semejando la paleta de un pintor.

Doña Rafaela Guerra, una toalla primorosamente bordada en colores.

El banderillero Miguel Almendro, una copa de azofar. La esposa del mismo, una bonita canastilla de labor.

El picador de toros Francisco Fuentes, una artística éscribanía de plata encerrada en elegante estuche: tiene una dedicatoria que dice: «Recuerdo á mi matador, Francisco Fuentes». La esposa de éste ha regalado á la novia una preciosa y elegante camisa de surah, color rosa pálido, unas medias seda y ligas, todo del mismo color y marcadas las prendas con iniciales bordadas en oro.

Don Antonio Alcaide, de Madrid, una elegante manta para carruaje.

Don Antonio Guerra, vajilla china.

La esposa del banderillero «Primito», un corte de vestido surah, color acero, y su esposo una colcha de cama.

Don Pedro Manjón, ganadero de Sanlúcar, un elegante abanico de nácar y tela bordada.

Los socios de la plaza de toros de Valladolid, una magnífica batea de plata cincelada.

Don Joaquín González, una preciosa dulcera de plata y cristal.

Don Antonio Terroba Naval, dos caprichosas figuras, adorno de mesa.

La esposa del padrino, un perfumador y guarda pañuelos de terciopelo azul, con las iniciales de oro.

El matador de toros Felipe García, un estuche con petaca, fosforera y boquilla, todo de oro cincelado.

Don José Bilbao, de Madrid, un elegante abanico de marfil y raso.

Don Rafael Reina Fustegueras, una ponchera con seis copas.

Doña Victoria Molina, un estuche con dos cubiertos de plata.

Rafael Rodríguez «Mojino», un reloj de oro con cifra de brillantes, para señora.

Joaquín Alones, puntillero de la cuadrilla de Guerra, un precioso abanico de nácar.

Doña Juana Bejarano, madre del novio, un lujoso y elegante vestido de surah, color hoja seca.

El matador de toros Angel Pastor, un magnífico neceser de peluche azul, para guantes y pañuelos.

Rafael Sánchez «Bebé», leontina de oro y brillantes.

Don Manuel Aguilar y Martel, alfiler de oro y brillantes.

Don Juan José Romero Ortiz, de Jerez, una bonita mesa de labor.

El picador de toros Joaquín Vizcaya, un caprichoso reloj de sobremesa, figurando un candado que tiene en la llave un termómetro.

Don Rafael Sánchez y señora, dos bonitos cojines de raso, color granate, bordados en sedas.

Señores don Manuel y don Angel Codes, quitasol de encaje blancos y pañuelo de tul.

Doña Ana Polo, artística y bien acabada mesa, de las llamadas de fantasía.

Señores Múruve, de Sevilla, magnífico reloj de sobremesa, sostenido por una preciosa figura de bronce, y dos candelabros del mismo metal.

Don Manuel Montis, de Sevilla, pulsera de oro con brillantes y zafiros.

Doña Dolores Sánchez, de Sevilla, madre política del picador Fuentes, pulsera de oro con brillantes y perlas.

Don Luís Suárez, un destrozador de plata.

Administró el sacramento del matrimonio el joven sacerdote señor don Antonio J. Bravo y Aguilar, coad-

jutor de la iglesia parroquial de San Lorenzo y amigo de la infancia del novio, siendo madrina la bella y elegante señorita doña María del Tránsito Guerra Bejarano, que lucía lujoso traje de paño de Lión, negro, riquísimo collar de oro y perlas y solitarios; y padrino, el señor don Juan Aguilar y Martel, teniente de la armada y ayudante del ministro de Marina.

La novia, radiante de hermosura, lucía un severo vestido de gró negro, con blondas y pasamanería, llevando prendido en el pecho un riquísimo alfiler de oro, en forma de media luna y cuajado de gruesos brillantes, ornando su frente las simbólicas flores de azahar.

El novio estaba vestido de negro en traje corto, luciendo en la pechera de su blanca camisa, soberbia botonadura de oro y brillantes, y rica cadena de reloj, con deslumbradora pedrería.

Terminada la religiosa ceremonia, la nueva esposa varió de traje, llevando un elegante vestido surah celeste y delicados encajes, regalo de su tío don Rafael Sánchez.

La casa de Rafael Guerra hallábase totalmente invadida por sus numerosos amigos, recordando entre otros á los señores conde de Cañete del Pinar, general Sartorius, don Pedro Manjón, ganadero de Sanlúcar de Barrameda, don Juan Mariano Algaba, abogado fiscal de la Audiencia, los individuos todos que componen la cuadrilla de Guerra y otros.

La plazuela de las Doblas, la calle del Cardenal Toledo, y en suma, todos los contornos del lugar en que se halla enclavada la casa habitación del nuevo matrimonio, estaban ocupados por extraordinario número de curiosos.

En las amplias habitaciones del piso bajo hallábanse preparadas diferentes mesas con el espléndido *lunch*, dispuesto por los señores Reina, dueños del acreditado café de la Perla.

Corpulentos ramilletes de dulces de distintas y artísticas formas; profusión de platos de diversas clases; cajas con aromáticos habanos; vinos de Montilla, Jerez y Champagne, licores exquisitos, hermosos ramos de flores naturales, coronados por dos palomas, regalo de don José Barea, y cuanto corresponde, aunque de un modo verdaderamente extraordinario, á un *lunch* perfectamente servido.

Los concurrentes disfrutaron largas horas de esa animación y franca alegría, inspirada siempre en la confianza que dispensan los dueños de la casa en que se celebran estos actos, que, como el de referencia, dejan tras sí recuerdos gratos que difícilmente se borran.

* * *

El año de 1852, á pesar de las diferencias que existían entre ambos diestros, pudo arreglarse que torearán juntos en la plaza de Madrid los célebres matadores de toros José Redondo «El Chiclanero» y Francisco Arjona Guillén «Cúchares», sin conseguir, sin embargo, que por espacio de las seis primeras corridas depusieran la hostilidad con que se miraban, sobre todo desde el sabido incidente acaecido el año anterior en la muerte de aquel toro á que ambos se creían con derecho á estoquear.

En honor de los dos famosísimos toreros, hemos de hacer constar que su rivalidad no llegaba fuera del rondel, á donde los apasionados de uno de los diestros creían, y si bien es cierto que evitaban toda ocasión de cruzar la palabra, no buscaban tampoco motivo alguno para provocar un lance desagradable como los que á cada paso estaban á punto de promover, si no los más entusiastas, los más vocingleros de ambos bandos.

Los azuzadores nunca faltan cuando las pasiones se

exacerban, y por aquel entonces los ánimos estaban caldeados por extremo. Esto explica sobradamente el temor que abrigaban los amigos sensatos de uno y de otro de que, lo que el buen natural de sus respectivos ídolos había evitado, lo consiguiera la inmoderada chismografía de unos cuantos inconscientes aduladores.

La noticia que cundió con gran rapidez una noche en los círculos taurinos de que Redondo y «Cúchares» habían tenido una cuestión, en que de las palabras se había pasado á los hechos, no se le hizo, pues, á nadie inverosímil.

Don Juan Plaza, que pasaba, y con efecto lo era, por uno de los más acérrimos entusiastas del «Chiclanero», supo la cosa cuando se disponía á sentarse á la mesa para cenar en la parte interior del establecimiento de relojería que tenía en la calle de Alcalá, y sin decir una palabra, tomó el sombrero y se dirigió á la Iberia Vieja, donde, á mesas distintas, concurrían siempre que estaban en Madrid los dos diestros rivales.

«El Chiclanero» no estaba en el café; pero como Plaza viera á «Curro» en el sitio que ocupaba de ordinario, le llamó á parte y le preguntó sin más preámbulos:

—¿Es verdad que habéis tenido una cuestión Redondo y tú?

—Señor don Juan,—contestó «Cúchares»,—ni la hemos tenido, ni por mi parte haré nada para que la tengamos.

—No lo niegues,—le interrumpió su interlocutor;—me han contado detalles que no pueden ser falsos.

—Dígalos usted, y yo desharé el error.

—Me han dicho que José te ha dado una bofetada.

«Curro» se le quedó mirando con la socarronería que le era habitual, y después de un rato, contestó con maliciosa sonrisa:

—Precisamente por eso usted menos que nadie debía haberlo creído.

—¿Yo?

—Cabal. Usted sabe que yo no recibo.

Don Juan Plaza le estrechó la mano y se fué á su casa á reanudar la cena, completamente convencido de la verdad de las palabras de «Curro».

En efecto, no sólo la noticia había sido lo que ahora llamaríamos un infundio, sino que muy poco después «Cúchares» y Redondo estaban reconciliados.

..

De Gonzalo Mora se publicó en 1886 una semblanza que decía:



Gonzalo Mora

Gonzalo, que en Madrid mora,
Aunque ya va para viejo,

Bien defiende su pellejo
Y lidiar no le encocora.
Concepto de regular
Goza; en la Habana lo vi
Con Juan Pastor; pero á mi
Dejóme que desear.



Manifiesto de Luis Mazzantini al público de Sevilla.
(Comunicado).—Señor Director de «El Toreo Sevillano.»

Muy señor mío: Ruego á usted se sirva dar cabida en su periódico á la adjunta carta, copia de la que, con esta fecha, envío certificada al periódico taurino de esa capital, titulado «El Loro».

Tengo sumo gusto en repetirme de usted, afectísimo seguro servidor Q. B. S. M.—*Luis Mazzantini.*

«Madrid 27 de Marzo de 1888.

»Señor Director de «El Loro»

»Muy señor mío: Sin perjuicio de exigir á usted en la primera oportunidad una completa retractación respecto á las falsedades que estampa en las conclusiones que hace al comentar una carta mía «particular» inserta en el número 141 de esa revista taurina, correspondiente al día 6 del mes actual, voy á demostrar al público la mala fe que ha animado á usted para desfigurar los hechos de manera tan descarada, rebatiendo sus afirmaciones.

»Dice usted que la *canalla* á que hago referencia en mi carta, es la afición de Sevilla, que casi en su totalidad me hace la guerra, como á torero, frente á frente.

»¿Qué manera de discurrir es esta? He llamado canalla á los que, en su afán de hacerme una guerra sin

cuartel, han propalado rumores, falsos de toda falsedad, respecto á que yo había cometido la infamia de tomar en Méjico todas aquellas plazas, para dejar sin sitio donde torear á ciertos «diestros sevillanos» que allí se encuentran.

»Probado que nada de esto es verdad por las declaraciones hechas en el comunicado del número 702 de «El Toreo de Madrid», por el señor Vázquez, representante entonces de la empresa Murias, Ibáñez y C.^a, de Méjico, cuyas afirmaciones son públicas en aquel país, ¿qué calificativo merecen esos caballeros autores de las noticias? ¿Quién ha hablado aquí de la *afición*, ni del público de Sevilla, á los que debo cariño y protección que jamás olvidaré? Nadie más que usted, ó sus inspiradores, á quienes convendrá tal vez preparar el terreno para el comienzo de la presente temporada, desviando la opinión de ese público, previniéndole en contra mía, sin embargo de lo que, iré siempre, fiado en su nobleza é imparcialidad.

»Pero donde más se marca el ensañamiento de esa redacción, es en lo que se refiere al asunto del banderillero «Saleri»; pero afortunadamente para mí, puedo probar la torpeza y mala intención de usted, al pretender calumniarme.

»Dice usted que «parecía lo más natural comunicar á la otra cuadrilla de compañeros y compatriotas la sensible desgracia», y al efecto, el día 16, á las primeras horas de la mañana, se me puso el siguiente telegrama: «Puebla, 16 Enero 88, á las 10 y 31 de la mañana.—«Saleri», cornada ingle derecha, *esta tarde se entierra*».

»La persona que goza en esa de crédito y responsabilidad, al facilitar á usted los datos de que habla, le ha ocultado, ó usted se lo ha callado, la circunstancia de que para ir á Puebla no hay más que un tren, que saliendo de Méjico á las seis y quince minutos de la ma-

ñana, llega á aquél punto á las once y cuarenta y cinco de la mañana de aquel mismo día; resultando de estos datos, que apesar de la naturalidad que usted reconoce en los de Puebla de darnos aviso inmediatamente, esto no se hizo sino el mismo día del entierro, cuatro horas después de la salida de Méjico del «único» tren que podía conducirme á los que desearan asistir á dicho acto.

»Lo que yo hice, sin esperar invitación ni aviso oficial de la desgracia y al tener noticia de ella en la misma noche del 15, fué disponer, de acuerdo con mis compañeros, que algunos de éstos representasen á la cuadrilla, y á mí, particularmente, mi hermano político, quienes salieron el día 16 de madrugada en el tren que antes he indicado, resultando que «cinco horas después de haber salido estos señores con dirección á Puebla, recibí el telegrama de «Bienvenida», atención que agradecí en extremo.

»Respecto á mi ofrecimiento telegráfico de tomar parte en una corrida á beneficio de la desolada familia del malgrado «Saleri», debo declarar y puedo probar que es de todo punto inexacto el que «Cuatro-dedos» citase fechas para la celebración de esta corrida, pues lo que ocurrió fué que unos veinte días antes de ausentarme de Méjico, me consultó por escrito cuándo y cómo podría cumplir mi promesa, á lo que respondí al día siguiente, en carta de la que fué portador su banderillero «Bienvenida», que estaba á su disposición para cualquier día de la semana que no fuese domingo, en cuyos dias tenía que torear las corridas de mi contrato; y hasta el día 27 de Febrero, que tenía que regresar á España á cumplir mis compromisos, que empezaban el 1.º de Abril, añadiendo que si las autoridades negaban la autorización para dar la corrida en día de trabajo y que si sospechaba que no obtendríamos grandes resul-

tados en la plaza de Tlanepantla (á cuatro kilómetros de la capital y donde no hay prohibición para darlas en días no festivos), «aplazaríamos la realización de nuestro proyecto para cuando él regresara á Sevilla, en cuya plaza estaba dispuesto á torear cumpliendo mi promesa.»

»Ya ve usted, señor Director, como se ha engañado usted afirmando que yo no uso más que «palabrería hueca» y que apesar de tenerme muy «aprendido», no me conoce usted ni poco ni mucho, de lo que me felicito. Quien ha hecho una tristísima figura es usted; pero si se lo han pagado bien, no ha perdido del todo el tiempo.

»Como quiera que, contra la opinión de usted, yo cumplo siempre y en todas partes todo lo que ofrezco, debo declarar que si se retrasase mucho la vuelta á España del diestro Diego Prieto, organizaré la corrida de que vengo hablando, en esa plaza, en la que mataré solo seis toros de acreditada ganadería; y digo que mataré solo, no porque sea mi ánimo desairar á otros diestros que indudablemente estarían dispuestos á hacer lo mismo que yo, sino porque habiendo concertado esta corrida con «Cuatro dedos», y faltando éste, es mi deber llenar por mí solo su deseo y el mío.

Tampoco conoce usted, ó lo ha desfigurado, el drama de Baeza, y aun á trueque de hacer demasiado larga esta carta, pero en mi deseo de abarcar los puntos más esenciales de su artículo «El Proceso de un hipócrita», diré que por invitación de mi compañero «Bocanegra», me presté gustoso á torear, sin retribución, una corrida que daba como empresario en aquel punto, en Mayo del 86, cuyo día se fijaría entre el 18 ó el 19. Toreaba yo en Barcelona el 16, por cuya razón no podía trabajar en Baeza el 18; y como la fecha del 19 que propuso Manuel Fuentes no la podía aceptar el otro dies-

tro que había de torear conmigo, el interesado quedó en avisarme telegráficamente de lo que resolviese en definitiva. Aguardé en Barcelona dicho aviso hasta la madrugada del 17, y como no lo recibiese, supuse que la corrida se daba el 18 y que ya yo no la toreaba, por lo que tuve por conveniente quedarme allí para asuntos de interés; pero lo que ocurrió entretanto fué que «Bocanegra», *calculando* que yo saldría de Barcelona el lunes 17, como es costumbre, dirigió el telegrama á Madrid, *donde él me creía*, en la mañana del 18, anunciándome que la corrida tenía lugar el 19; y como yo llegué *este día* á mi casa, donde me sorprendió la noticia, tuvo que verificarse la mencionada corrida sin mi concurso.

»Al lamentarse «Bocanegra» de los perjuicios que le había originado este contratiempo, creí de mi deber darle una compensación, toreando, como lo hice, el 4 de Octubre de aquel año en Ubeda, la corrida que le había ofrecido en Baeza.

»¿Dónde resulta que yo pagué á peso de oro el desagravio del matador cordobés? ¿Dónde está el agravio y el desagravio? Mal parado deja usted al anciano diestro y á los hijos de Córdoba si supone usted que dando dinero empleaba yo el único medio de evitar la «magnífica recepción» que me preparaba aquel público, que dicho sea en honor de la verdad, no pudo tratarme con más cariño durante mi permanencia allí.

»Satisfecho de haber destruído con razones y pruebas la perversa intención de usted, cuyo manejo habrá comprendido bien la mayoría de ese sensato público, y rogando la inserción de esta carta en esa «Revista», fundado en el derecho que la ley de imprenta me concede.

»Soy de usted, seguro servidor Q. B. S. M.—*Luis Mazzantini.*»



El 19 de Julio de 1885 habia de estoquear Mazzantini en Barcelona una corrida de toros del conde de Patilla. A consecuencia del hundimiento de un puente, el tren en que iba llegó con gran retraso. Tanto, que estando



José Fernández (EL BARBI)

ya el público en la plaza, por temor de que no llegara á tiempo la cuadrilla, se suspendió la función.

Luis y su cuadrilla vistiéronse el traje de luces en el tren, y al saber, al llegar á la estación, que se acababa de suspender la corrida, exclamó el «Barbi», que formaba entre la gente de Mazzantini:

—¿Y pa eso nos hemos vestío en el tren? Vamos,—añadió,—que suspender la corria no se le ocurre *ni al que asó la manteca*.

La corrida se celebró el día 25, y el empresario, que era don Víctor Font, reclamó á la Compañía del Norte daños y perjuicios por la suspensión mencionada.



Toros en París.—No deja de ser curioso el programa anunciador de las corridas de toros que se celebraron en París durante la Exposición de 1889.

He aquí el texto de aquel documento:

«Las corridas se verificarán todos los días de la Exposición Universal, ó con los intervalos que considere conveniente la dirección facultativa de la sociedad.

»Las corridas serán de seis toros, y empezarán á la hora que se marque en los carteles.

»Una vez en su palco el presidente del espectáculo, que lo será, en ausencia del Presidente de la República, el embajador de España, y hecha por éste la señal de costumbre para dar principio á la fiesta, tendrá lugar el gran paseo de las cuadrillas, en esta forma:

»Romperán la marcha, dirigiéndose al palco del Presidente de la República:

»1.º Cuatro alguaciles, montados en briosos caballos, con trajes y jaeces de la Edad Media.

»2.º Ocho trompeteros y dos timbaleros á caballo, con trajes y arneses de la misma época.

»3.º Cuatro carrozas conduciendo ocho caballeros en plaza y sus padrinos, tiradas por 24 caballos y el correspondiente servicio de cocheros, lacayos, postillones y palafreneros, con trajes de las épocas del siglo XII al XV.

»4.º Ocho palafreneros á pie conduciendo igual número de caballos con arneses de la misma época.

»5.º Doce escuderos á pie con capote de lidia y traje de la referida época.

»6.º Una cuadrilla de toreros, compuesta de dos espadas, cuatro banderilleros, cuatro picadores y doce chulos, con capa de lidia, con trajes de la época del célebre espada Francisco Romero.

»7.º Otra cuadrilla de toreros con igual número de jinetes y peones, con trajes de la época de los renombrados espadas «Pepe-Hillo», «Costillares» y Pedro Romero.

»8.º Otra cuadrilla compuesta de cuatro espadas, seis banderilleros, seis picadores y doce chulos, con lujosos trajes á la moderna.

»9.º Doce mayores á caballo con garrochas, y doce vaqueros con el traje peculiar de campo de los diferentes distritos de España donde se fomenta la cría del ganado boyal.

»10. Doce sirvientes de plaza con un traje de invención, en el que se ostenten los colores de las banderas de Francia y España.

»11. Doce carpinteros de barrera con lujosos trajes de majo.

»12. Doce perreros conduciendo igual número de perros de presa de raza mayorquina.

»13. Y por último, seis tiros de hermosas mulas lujosamente ataviadas, conducidas por seis muleros y doce ramaleros vestidos de majo á la calesera.

»Esta comitiva, tan profusa en personal como variada en trajes, saludará por secciones al Presidente de la República, y en su ausencia, á nuestro embajador ó comisario de España en la Exposición Universal; y verificadas entre los caballeros en plaza y sus padrinos las ceremonias que la galantería y las costumbres de los siglos que representan exigían, se retirará del circo formando caprichosas evoluciones.

»Una vez despejada la plaza y entregada por uno de los aguaciles la llave del toril al encargado de esta dependencia, tendrá lugar la corrida en esta forma:

»El primero y segundo toro serán lidiados y rejoneados por ocho caballeros en plaza, auxiliados por doce escuderos á pie.

»El tercer toro se lidiará por la cuadrilla de la época del célebre espada Francisco Romero, ejecutándose las suertes que entonces se conocían en el toreo.

»El cuarto toro lo lidiará la cuadrilla de la época de los espadas «Pepe-Hillo», «Costillares» y Pedro Romero, observándose en la lidia el estilo y suertes que alcanzaron estos diestros.

»El quinto y sexto toro serán lidiados por las cuadrillas vestidas al gusto de la época, adornando la lid con profusión de atrevidas y sorprendentes suertes, que han elevado el toreo á uno de los espectáculos más dignos de admiración.

»A fin de no cansar á los espectadores, habrá un intervalo de cinco minutos entre la lidia de cada toro, durante el cual una banda de música de 50 profesores tocará aires españoles compuestos *ad hoc* para este espectáculo.

»Para que los espectadores puedan tener una idea aproximada del toreo, teórica y artísticamente considerados, la empresa publicará y venderá anejo al billete de entrada un folleto con profusión de viñetas de la historia del toreo, ganaderías y plazas de España, descripción de cada una de las suertes y reglamento interior y de presidencia de los tauródromos.»



El 29 de Mayo de 1852 se celebró una corrida de toros en la que figuraba como matador Julián Casas, contra quien se publicó un remitido en la Prensa.

Con este motivo decía el conocido revistero «Don Clarencio»:

Al leer el famoso remitido
en que hostilizáis al torero Casas,
antes de trabajar, sentí ese impulso
que contra la injusticia me levanta;
juré, si el matador en la palestra



Julián Casas (EL SALAMANQUINO)

inteligencia y bríos demostraba,
consagrarle una ofrenda afectuosa
y de sincera fe prueba espontánea.

Si el matador cumplió, ¡dígallo el público!
que le han premiado con justicia tanta,
y pues cumplió, cumplir lo prometido
á vuestro servidor humilde cuadra.

«Don Clarencio» hizo grandes elogios del trabajo del «Salamanquino», y decía aquél:

Bien, señor Julián, quedó lucido
el autor del famoso remitido.

..

La coleta de «Frascuero».—La llegada del valeroso espada Salvador Sánchez «Frascuero» á su domicilio, después de la corrida en que tuvo lugar su despedida del arte y del público de Madrid, fué indescriptible.

En el descansillo de la escalera le esperaban su esposa y sus hijos, arrasados sus ojos en lágrimas de alegría.

Su hija Manuela se abrazó á él la primera, y le cubrió de besos, operación que repitieron los demás hermanos.

Terminados estos transportes naturales de la alegría, se desnudó el espada, vistióse de paisano y comenzó á recibir á muchos de sus amigos que esperaban para darle la enhorabuena.

A poco más de las diez de la noche y después de muchas bromas y expansiones propias del caso, caía la coleta del insigne torero, cortada por su hija.

De ella se hicieron cinco ramales, tres de ellos para sus hijos, Manuela, Elisa y Antonio, y dos para las señoritas Paca y Laura Barbero, amigas de la familia.

«Frascuero» brindó aquella coleta á los dos toreros á quienes más apreció, y que son, según confesión propia, «Guerrita» y Angel Pastor.

La animación y la alegría que reinaban en casa del diestro en aquellos momentos era muchísima.

«Badila» cantaba el *Spirto gentil*, acompañado al piano por Pepe Elorrio, el íntimo del inolvidable Gayarre; se recitaban versos y se bailaba.

En uno de los descansos de estas expansiones, «Frascuero» hizo el reparto de los objetos que le habían servido en la corrida del lunes, en la forma siguiente:

El traje se lo regaló á sus hijos, juntamente con el estoque número 6, hoja famosa con la que ha estoqueado más toros.

El juego de estoques que usó en la tarde del lunes, al espada Rafael Guerra «Guerrita».

La camisa bordada, al banderillero Ricardo Verduti «Primito».

La faja y pañoleta, á don Manuel Romero Flores.

La montera, al distinguido escritor don Antonio Peña Goñi.

La muleta, al aficionado y ganadero don José Fierro.

Las zapatillas y medias, al antiguo banderillero Juan Mota.

Y otros objetos á diferentes aficionados y amigos.

La animación duró hasta bien entrada la noche. Después todo era paz y tranquilidad en la casa y satisfacción en sus moradores, especialmente entre sus hijos.

Bien puede llamarse *taurina* aquella velada, por la trascendencia que traerá para el toreo el acto que en ella se verificó.

La obra empezada en el circo taurino madrileño el día 12 del corriente, se coronó de una manera solemne y familiar en el domicilio de «Frascuero», después de terminada la comida, á la que concurrieron los íntimos del diestro y la flor ó plana mayor de los que tanto han hablado, admirado y defendido el recto proceder de sus públicas funciones.

Escanciando botellas de espumoso champagne y vinos de renombradas marcas, amenizada aquella agradable reunión, celebrada en donde se hallaba instalado

el amplio comedor, por las chispeantes agudezas de ingenio del picador «Badila», que fué el héroe de esta reunión, ora recitando versos con sentimiento y expresión artística, ora ejecutando juegos de manos, en medio de aplausos, como si fuera hábil y experto prestidigitador, ora tocando con delicadeza extremada bonitas piezas musicales en el piano, al són de las que se bailaba sin reposo y con algazara, ú ora cantando con entonación y sumo gusto todo cuanto es dable imaginar, acompañándole en el piano don José Elorrio, se pasaron cerca de dos horas sin que nadie se ocupara, al menos de una manera ostensible, del porvenir de la coleta de «Frascuelo».

Pero sonaron las once en el reloj instalado en el comedor; «Badila» cesó por unos instantes en su tarea de distraer y agradar á los concurrentes, y algunos de éstos preguntaron entonces si Salvador se cortaría el pelo, como había ofrecido.

—Yo,—dijo con voz conmovida el famoso torero,— hasta lo último seré formal, y cumpliré lo ofrecido. He dicho que me cortaran la coleta las hijas de mi querido amigo el señor Galcerá y mi Elisa, mi Manuela y mi Antonio... Vengan unas tijeras, y echemos un rato,— dijo con la sonrisa en los labios y retratándose en su fisonomía no poca pesadumbre.

El bullicio y la alegría que dominaba en todos los asistentes momentos antes, se trocó en un silencio sepulcral.

Los únicos que demostraban alegría eran su esposa é hijos.

Despeinada la encanecida coleta por doña Manuela Alvarez, y dividida por esta respetable señora en cinco partes, la Elisa, con más gozo que si la hubieran regalado un precioso presente, tomó de manos del señor don Pedro Aznar unas diminutas tijeras de bolsillo, y

con la celeridad del rayo cortó, á las once y diez minutos de aquella célebre noche, la primera de las cinco partes en que se dividió la coleta de «Frascuélo». En seguida la Manolita cortó el segundo trozo, el tercero Antonio, y el cuarto y quinto las hijas de nuestro querido amigo don José Galcerá, las señoritas Laura y Paca, todos los que fué recogiendo como oro en polvo la esposa del destrenzado matador.

Nadie, absolutamente nadie, podría describir los múltiples tintes que tomaba la cara del matador cada vez que veía en la mano de su mujer un pedazo de aquella preciada joya de familia.

Esta operación produjo dolorosa impresión, no sólo en mi ánimo, sino en el de sus queridos é inseparables amigos, don José Galcerá, don Antonio Alcaide, don Vicente Andrés, don José Elorrio, don Ramón Cienfuentes, don José Sánchez, don Eduardo del Moral, don Pedro Aznar, don Antonio Alvarez, y en el de los diestros allí presentes, «Lagartijillo», «Badil», «Pulga» y Llordy.

Pasado el «trago», como le llamó «Frascuélo» á la «caída» de su coleta, bastante conmovido, pronunció frases de alabanzas y de cariño á los diestros Angel Pastor, «Guerrita» y «Badila», á quien, según oímos de sus labios, ha querido y quiere con delirio y sinceridad.

En seguida se abandonó el comedor, pasando todos los asistentes á la sala y gabinetes, y tras baile, canto, conversaciones animadas y festivas, un poquito de toque y cante flamenco, ejecutado el primero á la guitarra por las maestras manos de mi amigo Pepe Sánchez, y con mucha verdad clásica por Bayard, no poquitos chupitos de riquísimo vino, se deslizaron las horas de una manera tan veloz, que cuando se abandonó aquella agradable estancia, la aurora empezaba á

hacer la competencia con sus primeros albores al escaso alumbrado que á estas horas cuenta por económica costumbre el vecindario de Madrid.—R. (De *El Tio Jindama*).

*
* *

En tiempo de Francisco Romero, que fué el primero que armado de estoque y muleta mató los toros frente á



Francisco Romero

frente, esperándolos á pie firme, dándoles salida con el trapo rojo y practicando algo así como la suerte de recibir, el traje de lidia que usaba el espada consistía en ajustado colete de ante, calzón de lo mismo, ancho cinturón de recio cuero y chaqueta de terciopelo con mangas acolchadas.



Becerras que matan.—El sábado 1.º de Diciembre de 1888, dejó de existir, víctima de terrible cornada inferida por el becerro «Dudoso», entrepelado en cárdeno, de la ganadería de la excelentísima señora marquesa viuda de Saltillo, el bravo picador de toros Juan Román Caro.

Las bellas cualidades de que se encontraba dotado tanto como funcionario público, como en su vida privada, motivaron que su muerte fuera muy sentida de propios y extraños.

Caro dejó esta vida cuando todo le sonreía y en la edad de las ilusiones, pues sólo contaba treinta y tres años; murió dejando en la mayor orfandad á dos preciosas niñas, de edad de cinco y seis años, las cuales perdieron á su querida madre poco tiempo antes.

El carácter especial de Caro era de tal índole, que jamás tuvo enemigos; sus deseos no eran otros que poder satisfacer á todos, aun á costa de su vida; murió cuando todas sus aspiraciones estaban satisfechas; ambicionaba ser picador de toros, y lo consiguió, formando parte en la cuadrilla del «Espantero», una de las primeras lumbreras taurinas de nuestra época.

Caro adolecía, en su peligrosa profesión, de ese estudio especial que requiere la suerte de varas; creía, en su modo de pensar, que con sólo el valor, su misión quedaba terminada. En corrida en que tomase parte, jamás se fogueaban toros; no procuraba siempre más que el bien para todos; entraba en suerte en más de cuatro ocasiones, con conocimiento del peligro, pero confiaba su salvación al oportuno capote del «Espantero», á quien quería y respetaba como á un padre; es verdad que éste le recompensaba con creces.

Caro, educado desde de pequeño en las faenas de re-

ses bravas, llegó á tener con ellas tanta familiaridad y conocimientos, que era solicitado por los ganaderos con preferencia á otros más antiguos.

¡Pobre Caro! ¡Quién había de creer que después de haber corrido tantos peligros, hubiera de encontrar su tumba donde él se creía con fuerzas muy superiores á los peligros que pudiera arrostrar!

¡La muerte cumplió su terrible misión! Cumplamos los vivos con rogar á Dios haya acogido en su seno el ánimo del que fué en vida fiel esposo, padre cariñoso y un verdadero amigo de sus amigos.

El funeral por el eterno descanso de su alma se verificó el lunes 3 de Enero de 1889, en la iglesia convento de la Encarnación (Sevilla), ante concurrencia tan inmensa, que las naves del templo eran pequeñas para contener á tantos amigos que deseaban tributarle el último homenaje.

El duelo lo formaban los señores siguientes: Padre espiritual; don Joaquín y don José Caro, tío y hermano del finado; Manuel García, el «Espartero», señores marqués de Gandul y de Saltillo, y el doctor Arismendi.

Entre los concurrentes figuraban los señores siguientes: Ganaderos: don Francisco Pacheco, don Francisco Gallardo, don Antonio López Plata, don José Moreno, don Eduardo Miura, don José de la Cámara, marqués del Saltillo, don Anastasio Martín y don Valentín Collantes. Los diestros Manuel Moreno, Julián Sánchez, José Malaver, el «Sargento», «Primito», «Cordero» y «Baquerito». Los espadas José Centeno, Francisco Avilés, «Currito», y Antonio Escobar «El Boto». Los picadores José y Joaquín Trigo, Juan Pérez «Charpa», Martínez, Canales, Paco Fuentes y otros que sentimos no conocer sus nombres. Los señores Martínez Reina, Siviani, Guerra, Florindo, Gordillo, García (don Antonio), Calderi, Monjes, Andamayo, Arredondo, Caro, Ceballo,

don Antonio Carmona, hijo del célebre espada del mismo nombre, y Domingo Ransini.

Del pueblo de Dos Hermanas, de donde era natural el finado, asistieron infinidad de amigos, entre ellos los señores don Francisco Varela, don Antonio García, don José Lázaro, don Juan Lozano, el conocedor de la ganadería del marqués de Gandul, Juan Parra, los directores de los periodicos taurinos de esta localidad «El Telegrama de Loterías y Toros» y el de «El Toreo Sevillano».

*
* *

Un torero antiguo.—En el archivo municipal del Ayuntamiento de Socuéllanos se ha encontrado un acta de festejos taurinos, fecha de 18 de Mayo de 1601, en la que aparece el ajuste de un famoso estoqueador llamado Juan Pinzón Recharte, que en dicha época se comprometía á matar diez toros cada tarde por la ínfima cantidad de 200 ducados (2,200 reales), teniendo que abonar á su cuadrilla, compuesta de cuatro peones y dos varilargueros.

Dicen que resulta igualmente de una crónica que en dicho archivo se conserva, referente á las fiestas celebradas durante tres días del mes de Mayo del citado año, que el tal Pinzón era un hombre de elevada estatura y que provisto de un lenzuelo, aguardaba á los toros á pié firme, siendo tan certero en la estocada, que era raro tuviera que repetirla.

*
* *

Bronca y juramento.—El 2 de Mayo de 1892, en Lisboa, toreó Mazzantini en la plaza de toros de Campo Pequeno reses de don Paulino Cunha e Silva, y estuvo el diestro tan poco afortunado y disgustó tanto su traba-

jo al público de Lisboa, que un espectador llegó hasta el extremo de ofrecerle una ristra de ajos.

He aquí como describe «O Seculo» lo que ocurrió entonces:

«El torero de guantes, como le llaman en España, al verse de tal manera embromado, agarró por un brazo al espectador que le ofreció la ristra, y le pegó. Se promovió entonces un gran escándalo.

»El público acompañó á Mazzantini hasta fuera de la plaza, gritándole y llenándolo de improperios. Ya en la calle, un joven que se insolentó delante de Mazzantini, recibió una bofetada del diestro.

»Fué preciso entonces que interviniera la policía, porque el pueblo quería dar fin de Mazzantini, y si éste no huye en su coche, ciertamente que lo hubiera pasado mal, y lo merecía, por no ser bien criado.

»Mazzantini, si tiene vergüenza, no debe poner más los piés en la plaza de Lisboa».

«O Seculo» terminaba recordando que en una ocasión hizo el espada una cruz en el suelo de la plaza, jurando no volver á ella.

*
* *

«Paco Frascuelo», en 1867, se hallaba en el Perú en ocasión de estar este país en guerra con España. Para atender á los gastos que le ocasionaba, el Gobierno de Lima acudió á las corridas de toros y á la imposición de nuevos tributos sobre espectáculos públicos.

Con tal fin, organizó en la mencionada Lima una corrida, y se contó con la cooperación de «Paco Frascuelo», quien inútilmente invocó su calidad de extranjero y español para eludirse de tomar parte en ella, que no había de prestarse á trabajar en fiesta cuyos productos se destinaban á combatir á su patria.

Más que á las autoridades temía Paco á las iras del pueblo, y de aquí que consintiese que su nombre figurase en los carteles de la corrida, no sin el propósito de no llevarlo á cabo, aprovechando cualquier medio. Era español, y su trabajo no podía consentir sirviese contra su país, contra sus hermanos.



Francisco Sánchez (FRASCUELO)

Concibió un plan, y lo puso en práctica.

Al llegar la hora del espectáculo y ocupadas todas las localidades del circo, se echó de menos al matador. Por todas partes se le buscó inútilmente, ordenándose por las autoridades, que allí donde se le encontrase, se le prendiera, y entre bayonetas se le condujera al circo,

y que después de torear se le impusiese un duro y ejemplar castigo.

¡Cuál no sería la sorpresa de todos, cuando al llegar á las playas del puerto vieron sobre la cubierta del vapor inglés *Payla* al joven diestro, que desde aquel punto hacía á los que le miraban uno de esos ademanes característicos de los hijos de España, que no por ser mudos dejan de ser elocuentísimos.

No una, varias veces se le oyó decir que si no hubiese podido conseguir pasaje en el *Payla*, estaba dispuesto á dejarse matar por el primer toro, antes que abrir el capote trabajando en favor de los enemigos de su patria.

*
* * *

Una carta de «Guerrita».—Con ocasión de la polvareda que levantó hace algunos años la visita que Rafael Guerra hizo al crucero «Conde de Venadito», decía «El Tiempo», de Madrid, que un amigo del diestro cordobés residente en la corte, había recibido del mismo una carta fechada en Bilbao, en la cual se expresaba «Guerrita» del siguiente modo á propósito de su visita en San Sebastián al crucero «Conde de Venadito» y «acontecimientos» posteriores.

«Bilbao, 22 de Agosto de 1894.

»Mi querido don... (aquí el nombre del consignatario): Con respecto á lo que ponen los diarios sobre mí el día que fui á ver el «Conde de Venadito» en San Sebastián, le digo que es falso, porque yo fui con unos señores que me convidaron, y que son muy amigos del señor director del barco, que es, por cierto, una persona muy decente, sin agraviar á nadie. Ni allí hubo *jarana*, ni por qué haberla. De mí, ya sabe usted que no lo pruebo, y que cuando voy á trabajar, como si fuera á tomar la comunión.

»El señor de Mendicuti nos dió dulces y puros, y vimos la maquinaria del vapor; pero estoy disgustado porque un diario dice que van á quitar, por *mor* de mí, al señor comandante del barco.

»Pues ¿qué he hecho yo? «Guerrita» puede ir donde vaya cualquiera; y crea usted, amigo don... (aquí otra vez el nombre del consignatario de la carta), que no voy á muchos sitios que me quieren llevar, porque luego me dicen que me doy tono, cuando yo no voy más que á mi avío, trabajando más de lo que puedo para que coman mi mujer y mi familia.

»Ya sé yo que hay quien critica de mí porque dicen que gano mucho dinero. El que diga eso, no sabe lo que es arrimarse á un toro, ni lo que pesa una corrida de Saltillo con el sol encima de las costillas. Y luego, ¿yo me meto, por si acaso, con nadie? Todos los que se ocupan de mí, ¿no pueden tomar la alternativa? ¿Yo obligo á nadie á que vaya á verme?

»Calculo que toda esa *porvarea* de los periódicos es porque no tienen ahora con quién meterse, y se meten conmigo. Pues que me dejen en paz, que yo bastante hago con procurar no quedarme en la cabeza de un toro.

»Tocante á eso de que van á quitar al señor Mendicuti, supongo que es un infundio; pero todavía soy capaz de hacer una cosa, aunque el hombre no necesita nada: soy capaz de torear para él una temporada entera, brindándole todos los toros que mate al señor Ministro de Marina.

»Esta es la verdad de lo que ha pasado. No haga usted caso de *enreos* de ninguna clase.

»Reciba usted memorias del Moji y de Antoñuelo, y sin otra cosa, usted mande á su amigo, que lo es.—Rafael Guerra».



Incidentes ocurridos á «Lagartijo». — Cuenta don Antonio Fernández y García, que en una de las veces que Rafael toreó en Málaga la bella, le ocurrieron cosas singularísimas en la perla del Mediterráneo.

Rica joya de Andalucía que no puede salir de Peñaranda, como decía el gitano del cuento, pues los caciques la tienen hipotecada por tiempo indefinido, y se traspasan su dominio ó se lo «endosan», según están en candelero y turnan la breva.

Es decir, que para Málaga existe el turno de la pignoración.

Y aquí donde el famoso maestro Vidal, de grata memoria, decía que la Constitución no es más que la fórmula de «quitate tú para ponerme yo», el turno de los caciques sigue tranquilo su curso, representando para los malagueños desheredados de la influencia, lo mismo que para los dos presos de la conocida anécdota el cigarro del que el más audaz se apoderara: Que uno fumaba y el otro escupía.

Pero vamos al cuento.

El rey del toreo se hallaba entregado á fatigosa tarea para «cuadrar» al segundo cornúpeto que le tocó en suerte, que no se «cuadraba» ni para el lucero del alba, cuando del tendido más inmediato salió una voz al parecer amiga.

—Mira, Rafael...

Y el maestro dirigió la vista á donde le llamaban.

—Tú no sabes una palabra de geometría ni de aritmética. Para aprender á cuadrar es necesario que vayas á la escuela, de otro modo no te sale la cuenta.

Algo entendió de la burla el pontífice de la tauromaquia, entonces en todo su apogeo, y de tal modo perdió

la serenidad, que por poco le coge el marrajo á cuyo «perfilamiento» se entregaba.

Llegó el tercer toro, y quiso Rafael lucirse con una de las largas que le dieron más nombre.

Se prolongó un poco, porque «Lagartijo» se llevaba al cornúpeto de un extremo á otro, cuando un guasón gritóle desde la barrera:

—¿Pero eso es una larga ó es un pleito? Mira, Rafael, que esa «larga» dura más que un expediente.

Y es fama que se le oyó decir al popular cordobés:

—Aquí las corrias son dobles. En el ruedo pican á los toros y en los tendidos pican á los toreros.

En el cuarto toro hubo una bronca mayúscula entre algunos cordobeses, ciegos idólatras de «Lagartijo», y varios bromistas de Málaga empeñados en calentarles la sangre.

—Se arrima, cuando llega el caso, más que ninguno, gritaba uno de los paisanos del diestro.

—¿Se arrima á los cuernos?

—Eso mesmo. Y la planta en su sitio, como ninguno.

—Se arrima más que nadie, sí; pero es á la «nómina». Nadie como él torea mejor una contrata. Y llegado el caso, le da al empresario la estocada hasta los rubios.

—¡Como que se lleva siempre hasta la oreja del contratista!—exclamó otro.

Y no fué bronca la que se armó.

«Lagartijo» se desvió del estribo, en donde escuchaba, cansado de oír tales pamplinas, según decía en su pintoresco lenguaje.

A poco estuvo muy afortunado al poner, por especial deferencia, diminutas banderillas.

Y el redondel se cubrió de sombreros cordobeses.

Empezaban á estilarse entonces los *paveros*.

Y esto dió motivo á que algunos bromistas le dijese á gritos:

—Oye, Rafael: guarda para la Pascua esa «manada».

—O por si tiene que cambiar de oficio,—gritaban otros.—Con que cojas una caña...

Mientras los cordobeses, más picados que ajos, decían que en Málaga no eran buenos ni los boquerones.

No terminó la corrida sin un lance original.

A «Lagartijo» se le ocurrió brindar un toro. Por desgracia, el animal, huído y receloso desde el principio, puso á prueba la paciencia y los recursos del hábil maestro.

Tanto, que los mismos cordobeses, al ver deslucida la «faena»: le decían á su ídolo:

—Pégale á ese bicho un tiro.

«Lagartijo» se sofocó mucho al principio, enfrióse después, y cuando ya muerto el toro á manos del puntillero se dirigía para saludar á la ochava en donde estaba la persona á quien había brindado la res, tuvo que detenerse y tosió dos ó tres veces. ¡Se había constipado el diestro!

Echó mano á una sortija el caballero favorecido por el brindis, y en tal momento se oyó una voz aguardentosa, que decía entre las carcajadas de los circunstantes:

—No le dé un anillo. Echarle una caja de pastillas pectorales. Que se ha constipao el probetico.

Aquella noche obsequiaron á Rafael con una sabrosa comida en la Caleta.

Hubo acompañamiento de guitarristas y cantaoras.

Entre éstas llamó su atención una gitana guapísima de verdad, con ojos más mortíferos que los cañones de tiro rápido, tez de un delicioso moreno trigueño y caderas redondas como las de aquella otra gachí, de grata memoria, llamada la Romana.

A Rafael se le encandilaron los ojos, y á la duodécima copa de olorosa manzanilla le había ofrecido comprarle todas las flores que ella quisiera.

—¿Pero sabes tú,—le dijo ella,—como las apetezco? Pues estampá en seda y con muchos y largos flecos.

—Lo que me pides es un mantón de Manila, chiquilla.

—Eso es, un jardín entero que pueda yo ponémele encima.

No se fué de Málaga al día siguiente, sin que le ocurriese otro chasco.

Pasaba Rafael por la plaza de la Constitución, cuando le llamó un mendigo.

Se trataba de un famoso cojo que solía ponerse en la esquina de la calle de Granada.

No le hizo caso el célebre torero, y ya pasaba de largo, cuando oyó que le decía:

—Venga usted acá, «compañero».

Creyó que se trataba de algún pobre torero inutilizado, y por consideración á su desgracia, se le acercó prontamente.

—¿Ha sido usted torero?—le preguntó con interés.

—No, señor.

—Entonces, ¿por qué somos compañeros?—le dijo amoscado.

Y el tunante del pordiosero cojo le contestó, rascándose:

—Somos compañeros en el manejo de la *muleta*.



Corría el año 1893, cuando Angel Caamaño, necesitando escribir para un periódico taurino una biografía del diestro José Ruíz «Joseíto», pidió á éste datos para hacer el trabajo mencionado, á cuya petición contestó el espada con ingenuidad:

—Pues no puedo servirle á usted, porque nada valgo, ni nada me ha ocurrido, ni nada he hecho que me-

rezca consignarse. He procurado cumplir siempre, y nada más.

Y don Jacinto Jimeno, que se hallaba presente, exclamó:



• **José Ruíz (JOSEÍTO)**

—Diga usted que «Joseíto» es de lo más célebre que yo conozco, desde el momento en que no está riquísimo siendo tan buen torero como es.

*
* *

El año 1881, con motivo de dilucidar quien entre Juan Ruíz «Lagartija» y Fernando Gómez «Gallito» tenía me-

por derecho, en cuestión de alternativa, para ir por delante, pues el primero alegaba que la fecha de su investidura en la plaza de Madrid era de 5 de Octubre de 1879, en cuyo día recibíola de mano de «Frascuero», el «Gallo», en 16 de Abril de 1876, del espada «Bocanegra», pero en el coso sevillano, pues en el madrileño no se la confirmó hasta el 4 de Abril de 1889 el espada «Currito».

En vista de que ni «Lagartija» ni «Gallito» querían ceder en lo que éstos consideraban su derecho, hubieron de reunirse varios matadores de toros de los que entonces actuaban en primera línea, para deliberar sobre la cuestión.

No hubo unidad de pareceres sobre la cuestión, suscribiéndose por unos y otros documentos verdaderamente auténticos.

Y la cuestión de las alternativas quedó sin resolver.

*
* *

Las alpargatas de «Lagartijo».—«Allá por el año 1853,—dice «Puyazos»,—ajustó el célebre empresario de la antigua plaza de toros de Baeza, «El Diablico», á una cuadrilla de malos toreros (que también los había en aquella época), para que lidiasen y matasen en su circo taurino, en una de las tardes del mes de Julio, cuatro toros de desecho.

»La cuadrilla *dispuesta* era de Córdoba, y antes de cumplir con su contrato y de partir para dicho pueblo, se reunieron dos ó tres veces para designar matador entre ellos, pues todos por igual carecían de valor y condiciones para la jefatura. Estando discutiendo y hablando sobre particular tan singularmente interesante para todos, acertó á pasar junto al grupo, Rafael Molina «El Chico», como le llamaban sus paisanos, el que después de cambiar el saludo con aquellos toreros, fué in-

vitado por los mismos á tomar unas cañas en el colmado más inmediato, obsequio que aceptó de buena gana el hijo del Niño de Dios. Después le dieron cuenta de los planes que tenían para salir airoosamente del ajuste pendiente con «El Diablico», y entonces, espontáneamente y movido por su afición, les ofreció «Lagartijo» su concurso como peón de lidia y banderillero, ofrecimiento que no echaron en saco roto los maliciosos malletas, pues era fama la destreza y valor del joven Molina, honra de los coletas del barrio del Campo de la Merced.

»Llegado el día y la hora fijada, se reunieron para hacer el viaje en compañía unos de otros, echando en el camino más de veinte horas. Fué Rafael Molina en las ancas de un jaco que llevaba un torero, que luego pasó por famoso.

»El viaje fué todo lo feliz que podía ser.

»Habrà que advertir al lector que en aquellos tiempos aun no existía camino de hierro que comunicase á ambas ciudades, así es que pasaron sus fatigas aquellos émulos del «Chiclanero» y Frasquito Montes.

»A la hora del espectáculo y después del paseo y demás preliminares, se dió suelta al primer bicho, que, como sus hermanos prisioneros, pertenecía á una renombrada vacada de las Navas de San Juan.

»¡¡Qué animal, y qué hechuras de toro!! Era un verdadero buen mozo, con *toda la barba*. Tal pánico se apoderó de la cuadrilla durante la lidia y faenas de los dos primeros toros, que los diestros, después de confesar su ineptitud ante la presidencia, fueron trasladados á la cárcel. Entonces y ante aquel conflicto, apareció en el palco del alcalde «El Chico», comprometiéndose á rematar las dos reses que había enchiqueradas, acompañado de dos paisanos aficionados de la localidad.

»No es para contado el trabajo de «Lagartijo» en aquella jornada, página inolvidable de su vida torera.

»Banderilleó los dos toros, libró á los picadores con extraordinaria valentía y acierto en los quites, pasó de muleta estrechándose demasiado y largó dos volapiés de los que tanta fama le han proporcionado. El entusiasmo del público fué delirante, arrojando á la arena al imberbe joven infinidad de monedas de plata y cobre, reuniendo «Lagartijo» más de veinte duros.

»Con las glorias se le fueron al «Chico» las memorias, y cuando se tranquilizó un poco y buscó á sus compañeros de viaje, éstos habían desaparecido, abandonándole quizá llenos de envidia y de rabia.

»«Lagartijo», que tendría entonces unos 14 ó 15 años, no se preocupó gran cosa por tan mala acción. Al contrario; descansó, cenó opíparamente en la posada, salió después, compró en una tienda de la plaza unas alpargatas, preguntó cuál era la carretera que conducía á Córdoba, y sin más equipaje que las botas que llevaba al hombro, emprendió su caminata, llegando á su casa del Campo de la Merced á la noche siguiente.

»Su madre lo esperaba impaciente, desolada, pues sabía y tenía conocimiento del regreso de los demás.

»«Lagartijo» llegó, besó á su madre con extraordinario cariño, y le entregó todo el dinero que había reunido en aquella jornada, únicos recursos con que contaba la madre para salir adelante con su dilatada familia.

»Siempre que iba Rafael por Baeza tiene el capricho de pasar por delante de la tienda donde compró aquellas para él inolvidables alpargatas».

*
**

Cosas del «Gallo».—Así exclamaban todos los aficionados que á Fernando trataban, siempre que el habilidoso torero relataba alguno de los infinitos cuentos,

chascarrillos, sucedidos, etc., de que era inagotable almacén, y que pronunciados por él, tenían todo el salero de la tierra de María Santísima.

Hay para escribir un libro con todas las *cosas del «Gallo»* que son del dominio público; pero como ni el espacio lo permite ni es posible retener en la memoria todo lo que en más de una ocasión oímos referir al popular espada sevillano, vamos á consignar algunos lances rigurosamente históricos.

*. Hablábase de campañas brillantes, y Fernando exclamó:

—Cabayeros. Yo no he jecho náa en mi vía más güeno que haberme sostenío erecho con er Prim y er Odonel der toreo.

(Se refería á «Lagartijo» y á «Frascuelo»).

*. * Lidiábase en Talavera un toro que se *las traía*, y el pobre «Gallo» sudaba la gota gorda, sin encontrar ocasión para entrar á matar al pavo, que, pegado á las tablas, de ellas no salía ni á tres tirones, limitándose á alargar el pescuezo cada vez que un torero se le pasaba por delante.

Oyéronse pitos, llegó un aviso, y Fernando alegró de lejos, avanzó, salió á su encuentro el bicho, quitándole materialmente el estoque de las manos.

El espada vió que el arma estaba bien puesta, y comprendió que á poco que se ahondara, daría en tierra con la res.

Llamó al puntillero, Juan Antonio Mejía, y le dijo:

—Anda, hijo mío, á ver si con sarsa le pués trompear en la empuñaura.

Trató de hacerlo el muchacho; pero el público entendió la intención, y con perfecto derecho, se opuso, de lo que no se enteró Fernando Gómez.

Este, viendo que el toro continuaba en pie, y que Mejía no asomaba por parte alguna, todo se le volvía llamarle y preguntar por él.

—¡Mejía! ¿Aonde está Mejía?

Y á todo esto, el toro desafiando y el público cada vez más impaciente.

—¡Mejía! ¡Mejía!...

Nada. No había más remedio que ir al toro, y así lo hizo Fernando; pero mientras arreglaba la muleta y por última vez buscaba con la vista á Mejía, exclamaba:

—¡Várgame la Malena! ¿Aonde andará don Juan Tinorio?

—¿Para qué?—le preguntó un peón.

—¡Pa que mate á Mejía!

* * * Llególe el turno al pobre «Gallo», y soltó la adinanza siguiente:

—Pedro y Juan son hermanos legítimos; pero Juan dise que es mentira. ¿Qué es Juan?

Nadie daba con la solución, y Fernando Gómez aclaró así el enigma:

—Pus Juan es un sinvergüensa, mál ange, embustero, que no dise la verdá.

* * * Tres días llevaba en la fonda, y jamás llegaron á poder del «Gallo» completas las aves. A todas les faltaba el bocado más exquisito: los muslos.

Cosa era ella de un banderillero bromista, que jugaba tan malas pasadas al maestro por el solo gusto de hacerle rabiar.

Al cuarto día llamó Fernando á su presencia al dueño de la casa, y le espetó la pregunta siguiente:

—Diga usted, arma mía: ¿aonde merca usted las aves? ¿En el hospitar de Inválidos?

* * * Una riada arrastró sobre una huerta propiedad de Fernando infinidad de tiestos de otra finca cercana, y cuando el «Gallo» se enteró del suceso, dijo con su inimitable gracia:

—Lo que á mí me pasa no le susée á naide. ¡Cudiao con sembrá tomates y arrecogé masetas!...

* * Uno de los banderilleros hizo una faena desastrosa con los palos, y la bronca pública fué de órdago.

El muchacho cogió el capote para ayudar al «Gallo», que se disponía á brindar, y el matador le preguntó:

—¿Aonde va usté?

—A bregar, maestro.

—Síntese usté en el estribo ahora mismo.

—¿Pero por qué, señó Fernando?

—Porque se van á mesclá los pitos de usté con los que me van á largá á mí, y esto va á sé un laberintio.

* *

En 1888 decía el inteligente aficionado don Luís Carmena y Millán:

«Ahora que el señor don José Sánchez de Neira va á publicar una colección de episodios del toreo, que serán interesantes á juzgar por algunos fragmentos que la prensa nos ha dado á conocer, me voy á permitir *brindarle* dos curiosas anécdotas que me han sido referidas por persona respetable, testigo presencial de ellas.

»Sabido es que los sevillanos han mostrado siempre particular y tenacísimo empeño de que los matadores nacidos en aquel privilegiado suelo sean los más superiores de la profesión. En todas las competencias habidas en épocas anteriores entre los espadas, cometieron las más odiosas parcialidades en pro de este deseo, y hoy mismo, en cuanto han creído descubrir alguna cualidad apreciable en el novel diestro Manuel García «El Espartero», quieren ya colocarle por cima de todos los demás, sin tener en cuenta que el valiente y simpático joven tiene, entre otros defectos, el esencial y gravísimo de meter el estoque como si fuera á mojar una sopa de chocolate en el morrillo del toro, con lo cual

nunca logrará poner una estocada en buena dirección.

»Pues bien; en los tiempos de José Redondo y Francisco Arjona, aun cuando aquél representaba en el toreo el tipo del clasicismo, la seriedad y la elegancia en la ejecución de las suertes, y «Curro» era un torero inteligente, pero *de ventaja*, práctico en toda clase de *manas* y *tranquillas* para rectificar y falsificar los trámites de la lidia, éste era ruidosamente aplaudido y celebrado en todo lo que, bien ó mal, hacía en la plaza de Sevilla, mientras que solían recibirse con frialdad ó en silencio las más admirables faenas del «Chiclanero».

»Resentido Redondo por tan injusto proceder, tocábale una tarde matar un toro que se colocó cerca de los tableros donde se hallaban los más ardientes *cucharistas*, capitaneados por cierto sombrerero conocido por el apodo del «Tío Chanela». Tanteó al toro muy de cerca con pases de mucho castigo y de gran lucimiento, y al dejarlo cuadrado, miró al tendido y dijo en voz muy alta:

«—«Tío Chanela», ¿cómo se mata este toro?»

»No había acabado de formular la pregunta, cuando más de cien voces gritaron á la vez, ¡recibiendo! sin tener en cuenta que el bicho no se prestaba para suerte tan arriesgada. Pero tampoco se hizo esperar Redondo; dirigióse de nuevo con la mirada hacia el tendido, diciendo: *por la de ustedes*, metió el pie, y alegrando con la muleta, esperó la acometida, sin perder una línea de terreno, y clavó tan soberbia estocada, que después de tambalearse la fiera por espacio de ocho ó diez segundos, cayó en la arena sin necesidad de puntilla.

«—Está usted servido, «Tío Chanela»,—dijo José Redondo,—y diga usted á los amigos que aquí se matan los toros *al cantao*.

»Fué tal la impresión que produjo aquella hermosa faena ejecutada con tan pasmosa serenidad, que desde

dicha tarde empezó á operarse una gran reacción á favor del «Chiclanero», que proporcionó luego á «Cúcharres» no pocos disgustos.

»Ahora nos encontramos en la plaza de toros de Málaga, donde tocan á matar el sexto toro, que se halla pegado á las tablas, en disposición de dar un serio disgusto al matador de más agallas. Y Salvador Sánchez «Frascuero», que no tiene pocas, que digamos, para estos trances, es el encargado de *roer el hueso*.

»Marcha derecho y sin vacilar hacia el toro, empeñándose en tantearle de cerca y con la mano izquierda, no sin recibir consecutivamente dos ó tres coladas. Rafael Molina, que se encuentra á poca distancia, le grita: «¡Con la derecha, Salvador!» Pero á Pablo Herraiz, que no le suena bien nada que proceda de Córdoba, le falta tiempo para decir: «¡Con la mano izquierda, maestro!»

»Una nueva arrandada del toro derriba al matador, pasa la fiera por encima de él, sin producirle, por fortuna, ningún desavío, y vuelve otra vez á la querencia de los tableros. Toma entonces Salvador al toro con la mano derecha, le saca fuera de las tablas con ocho ó diez magníficos pases, y al ver Rafael que, aunque no está perfectamente igualado, puede aprovecharse el momento para entrar á matar, exclama: «¡Duro ahora!» y Salvador se arroja con una colosal estocada hasta la mano, que hace polvo al enemigo, obteniendo una de las más grandes y merecidas ovaciones de su vida torera.

»Comentando pocas horas después entre amigos íntimos este incidente de la corrida, decía Rafael, haciendo la debida justicia á su compañero:

«—A ningún torero se le puede decir ¡duro! como á Salvador, porque nadie en el mundo se mete con el coraje que él; cuando dió la estocada, crujieron todos los huesos del animal; tal era el empuje que traía.

»Repito que ambas anécdotas me las ha comunica-

do persona veraz y que me merece completo crédito. Al transmitirlas á mis lectores, sin quitar ni poner nada de mi parte, digo con Espronceda:

«Y si, lector, dijéredes ser comento,
Como me lo contaron te lo cuento.»

*
* *

Consultado el espada Juan Ruiz «Lagartija» para que manifestara su opinión respecto á la cuestión de



Juan Ruíz (LAGARTIJA)

alternativas, dijo que «antiguamente las daban los matadores, y la plaza que regía era la de Madrid; hoy las

dan las empresas, porque les conviene, así es que esto es un baile de máscaras, y por tanto, hay mucha menos formalidad que la que habría.»

*
* *

Juan Pastor «El Barbero».—Curiosas en extremo algunas de las excéntricas extravagancias que caracterizaban la persona de este torero, á continuación insertamos tres anécdotas, que aunque populares ya, por la gracia é ingenio de que están llenas no dudamos han de ser de novedad para muchos de nuestros lectores y de gusto para todos los aficionados en general.

Siempre estaba Juan Pastor de buen humor. Su dinero también se hallaba pronto para todo.

Sostenía el vicio con descaro, y ejercía la caridad con esplendidez; pero de una manera original, rara y extravagante.

Con una «moza juncal» á la grupa de su envidiado alazán, se presentaba descocadamente en los principales sitios de la entonces levítica ciudad de Sevilla un día de Semana Santa, bebiendo «cañas» y escandalizando, y cogiendo desprevenido en cualquier ocasión á mas de un mendigo, le disparaba cerca del oído un pistoletazo, diciendo: «No hay que azustarze; aquí eztá la bala»; y alargaba al pobre una onza de oro.

Hombre de un ingenio agudo y de imaginación ardiente, tenía siempre á mano, como suele decirse, recursos para salir de apuros en trances difíciles y peligrosos.

Muchas anécdotas se cuentan de él que revelan especial inventiva, rara en una persona de poco cultivado entendimiento; pero nosotros sólo referiremos un par de ellas.

En una plaza de Extremadura, y siendo Pastor se-

gundo de Juan León, se presentó un toro enorme y de malas condiciones para la lidia, hasta el punto de que aquél llamó la atención al maestro acerca de las dificultades que le había de ofrecer el «trasteo» de un animal tan pegajoso y de «sentido»; y como el espada León le contestase que aquel toro tenía que cedérsele, porque siendo «El Barbero» nuevo en aquella plaza, había que seguir la costumbre de siempre, dijo que él no le mataba; y entonces replicó Juan León con su acostumbrada energía, que no tenía más remedio que matar ó morir.

Apurado era el trance; pero el singular Pastor supo salir de él apostando con León á que no le sucedía ni lo uno ni lo otro.

Cuando al sonar el clarín tomó por cesión los «trastos» de matar, se fué montera en mano al Alcalde-presidente, y al brindar, le dirigió tal sarta de improperios, insultos y desvergüenzas, que el público á voz en grito y amotinado pidió condujeran á la cárcel al atrevido torero que así faltaba en tal sitio á la autoridad en ejercicio.

Así sucedió, con gran contentamiento de Pastor, que ganó la apuesta, sin más perjuicio que el de dormir una noche «á la sombra».

El otro suceso no es menos original ni menos gracioso.

Llegó sin novedad Juan Pastor á torear á una capital de provincia, y hospedóse en la mejor fonda de la población, encontrándose en ella á varios jóvenes, que parece habían sido convocados por otro para celebrar la posesión de una pingüe herencia que acababa de obtener.

Ninguno entabló con Pastor conversación, sin duda porque aun duraban entre ciertos hombres las reminiscencias de aquellos tiempos en que se consideraba á los toreros como gente baja y ordinaria.

Juan Pastor, de carácter alegre y bromista, se hallaba contrariado.

Dió una vuelta por la casa, y vió en el comedor una mesa lujosamente puesta, á la cual fueron llamados poco después aquellos jóvenes.

Suponiendo Pastor que se llamaba á comer en mesa redonda, tomó el principal asiento, y sin atenciones de ninguna clase, se colocó de cabecera, con gran extrañeza de los demás concurrentes, que mirándose unos á otros, hablaban en voz baja, criticando la conducta del torero.

Ningún efecto hicieron en éste los cuchicheos.

En su vida pública había oído mucho más, y ya no le hacían impresión.

Empezó á servirse la comida, y nuestro hombre á tomar siempre el primero lo mejor de cada plato.

En los semblantes de toda aquella gente joven se acentuaban cada vez más las señales del disgusto y de la ira que iban propagándose con rapidez entre todos.

Procuraban hacer completa abstracción de Pastor.

Pero llegó el momento de presentar en la mesa las aves, que, según costumbre de entonces, eran trinchadas en la misma.

Cerca de la cabecera que ocupaba Pastor fué colocado un pavo asado, y aquél, con desembarazo, tomó el cuchillo y el trinchante, y se preparó, incorporándose en su asiento, á hacer trozos el ave.

No habló más palabra, ni dijo otra cosa que «¡Buena pechuga!».

Todos se miraron, y comprendiendo que se la iba á apropiarse, estalló la bomba.

—¡Alto ahí!—dijo entonces el anfitrión.—Hemos tolerado que usted se sirva antes que nadie lo mejor de los platos; he dejado, siendo yo el que paga esta comida (porque no estamos, como usted sin duda ha creído,

en mesa redonda) que ocupara usted el asiento preferente; pero ya no quiero consentir por más tiempo que abuse usted de nuestra condescendencia. No partirá usted el pavo.

—¡Vaya si le partiré!—dijo Pastor, sujetando el ave y con aire indiferente.

Aquello fué entonces una verdadera tempestad.

Voces, impropiedades y amenazas surgieron de todos los lados de la mesa, llegando á decir á una voz toda la gente, cuchillo en mano:

—Lo que haga usted con el pavo, hemos de hacer con usted.

Entonces Pastor, con notable calma y afectada serenidad, dijo con voz estentórea que acalló la de los demás:

—¿Conque harán ustedes conmigo «lo mismo» que yo haga con el pavo?

—Sí señor,—replicaron todos.

Y entonces, mostrando resignación, soltó el cuchillo, metió el dedo índice derecho por «el único agujero» que tenía el ave, le sacó, se le llevó á la boca, le chupó, y sentándose y cruzándose de brazos, dijo con «guasa»:

—Cuando ustedes gusten.

*
*
*

Mariano Canet «Llusio». (23 de Mayo de 1875).—Este desgraciado banderillero valenciano, fué el primer diestro que murió en la plaza nueva de Madrid. Lidiándose en aquella plaza el indicado día reses de Miura, el sexto, de nombre «Chocero», era de pelo castaño, ojo de perdiz, meleno y astillado del izquierdo. Tomó siete varas de «Melones» y «Calderón», y pasado á la suerte de banderillas, toman los palos «Cosme» y «Ojitos». En esto «Llusio», sin saberse por qué, tomó un par, y marchó

á la fiera, alegróla y fuese por derecho, clavando un par bajo, y por no dar salida, el toro tiró el derrote, alcanzó al infeliz, que fué volteado y vuelto á voltear antes de llegar al suelo, y ya en éste, el toro corneó y pisoteó á su victima, siguiendo su viaje. Recogido que fué, le llevaron á la enfermería, donde espiró á los pocos minutos.

*
*
*

En lo referente á la cuestión de alternativas, «Cara-Ancha» opinaba que las plazas que dan catego-



José Campos (Cara-Ancha)

ría son: Madrid, por ser la corte, y Sevilla, por ser de maestranza; estas son las que siempre han tenido este privilegio por su importancia en el arte del toreo.

Y añadía: «El toreo ha variado mucho de los tiempos en que yo me educaba, en que había seriedad, respeto y los toreros de prestigio tomaban la alternativa en Madrid ó Sevilla, prueba de que se conceptuaban de más importancia y de gran valer para los diestros, y son para mí las que *matan* y *sanan*, como se dice en la afición. En esto de las alternativas habría mucho,—decía,—que escribir.»



Una anécdota de «Curro Cúchares».—Allá por los clásicos tiempos del célebre maestro, dice don L. Merino Galván, la fiesta nacional estaba en todo su apogeo, y á cada momento de entre la *gente de afición* surgía insensiblemente un *torerazo*, cuya personalidad se revelaba á veces más grande que la del antiguo maestro de la tauromaquia.

Es el caso que en virtud de las fiestas que se iban á celebrar en el pueblo, los mozos de aquel lugar trataron de organizar y disponer con tal motivo una *novillada*, donde pudiesen lucirse y demostrar su *verguenza torera* los más versados en las lides taurófilas.

Reunidos varios de éstos, acordaron llevar á cabo la corrida, en la que oficiasen de *matadores* los jóvenes Baltasar Palomino (a) «El Merluzo», y Apolinar Trancazo (a) «El Cabra», ambos muy conocidos del pueblo por sus hazañas y su *acreditado valor personal*.

Llegado que fué el día de la víspera de la corrida y una vez ultimados ya todos los preparativos de la fiesta taurina que iba á tener lugar, el más *arrojado* de todos, el *valiente* que hacía de primer espada, que era Baltasar (a) «El Merluzo», decidió antes de salir á la plaza consultar al gran «Cúchares» (consultas que entonces eran muy frecuentes), con objeto de que le diese las instruc-

ciones convenientes para que pudiese salir con el mayor lucimiento posible. Al efecto se fué á visitar el maestro, que residía entonces cerca del lugar de la fiesta, y habló con él en estos términos:

—Diga osté, señor «Curro»: ¿osté sabe qué es lo que puede hacer un hombre que tié su novia en la plaza, pa poder torear con lucimiento sin que corra el peligro de ser cogió por la fiera?

A lo cual contestó el antiguo matador:

—Hombre, sí; tener mucho arte, muchísimá vista y argunos pies; esto basta.

—Y diga osté, maes'ro: y si un hombre tiene mucha *jindama* y ninguna de las cosas güenas que osté dice, ¿qué puede hacer?

—Pos miste,—le dijo «Curro»,—yo sé un prosedimiento mu sencillo y fácil de usar. Tengo yo un aceite maravilloso que pué servirle pa el caso. No hay más que *aplicarse* por tóo er cuerpo una güena untura de este *liquio* preparao ya, y una vez colocao delante de un *bicho* cualquiera, éste le huele, da un bufio, y ar punto escapa sin tocarle á osté ar pelo de la ropa.

El infeliz «Merluzo», satisfechísimo del maravilloso procedimiento de «Cúchares», tomó un frasquito del ponderado líquido de manos del maestro, y saludando á éste con verdadera efusión y alegría, abandonó su casa, dirigiéndose camino del pueblo, seguro del buen éxito que tendría en la plaza delante de la que él más quería en el mundo.

No había andado la mitad del camino, cuando de súbito le asaltó una idea que le hizo echar pies atrás, dirigiéndose otra vez á ver al maestro, á quien extrañó la vuelta del *afamado* torero, que traía el semblante descompuesto, y le dijo de este modo:

—Señor «Cúchares», dígame osté: ¿y en el caso de que la fiera tuviese resfriado y no pudiese oler la *untura*?

—Camará,—exclamó «Curro»,—entonces irá osté á dar con sus güesos ar parco de su novia.



Francisco Arjona Herrera «Curro Guillén».—20 de Mayo 1820.—Este notable matador, que era por aquella época el niño mimado de todos los públicos de España y Portugal, y cuya presencia era acogida con simpatías en todas partes, debió su muerte á un exceso de amor propio y en un momento de ceguedad á que algunos espectadores le condujeron.

Lidiábase el día indicado en la plaza de Ronda una corrida de toros de la acreditada ganadería de Cabrera.

Cierta parte del público manifestó desde el primer momento su desagrado hacia el famoso matador y á los diestros que le acompañaban.

Estando pasando de muleta uno de los toros y entre los insultos que continuamente le dirigían aquellos contrarios suyos, se oyó una voz que en són de burla le gritó:

—¿Y es usted el rey de los toreros?

Alterado el ánimo de «Guillén» y cuadrado el bicho para la muerte, le repitieron:

—¿A qué no lo recibe usted?

Entonces, cegado el matador y sin conciencia de lo que hacía, citó el toro para recibirle, acudió el animal, y enganchó con una tremenda cornada por el pecho al desgraciado «Curro».

El entonces banderillero Juan León se arrojó materialmente sobre los cuernos de la res, para salvar á su jefe, habiendo sido también enganchado con la otra asta, llegando el público á creer que había sido víctima del excesivo cariño que profesaba á su maestro.

El toro al fin se desprendió de ambos, cayendo exá-

nime el infortunado Herrera y por fortuna ileso el denodado León.

*
* *

Del «Chuchi», y en la tarde del 21 Octubre 1877, recibió la alternativa en la plaza de Madrid el picador Manuel Martínez «Agujetas».



Manuel Martínez (AGUJETAS)

Una vez con la investidura de picador de cartel, entró á formar parte de la cuadrilla de Angel Pastor, en unión de José Bayard «Badila», pareja que, por su alegría en las plazas, su arte en la ejecución de la suerte

de picar, su manera de apretarse con los toros, castigando á conciencia y en su sitio, y su valentía, se llevaba de calle á los públicos.

El pobre «Badila» acaba de morir (q. e. p. d.) y «Agujetas» se va volviendo viejo.

Pero viejo y todo, ¡qué pocos rayan más allá que él en las plazas de toros!...

*
* * *

Gonzalo Mora.—Andaba por Madrid en los últimos años de su vida como si un espíritu rebelde á la vejez confiara en que Dios tiene hombres privilegiados para vivir eternamente. El pelo canoso pegado á las sienes, el mirar inquieto y rápido, reflejo de las alegrías de su alma, el narrar vivo del célebre Pastor, vertido al castellano de una manera algo más culta, su cuerpo delgado sujeto siempre por la jerezana y llevando sobre la cabeza el clásico calañés. Gonzalo Mora era el prototipo del hijo de Madrid, bonachón y alegre, jovial y decidor sin mala fe y torero chapado á la antigua, más dispuesto á rendir pleito homenaje á quien juzgaba superior, que á dejarse rendir parias como un ídolo viejo.

Nació en Madrid el día 10 de Enero de 1827, y murió el año de 1893.

Este paréntesis encierra una vida consagrada al toreo exclusivamente, pues su afición le llevó desde su edad más tierna á la lidia, y de ella no se retiró hasta que los consejos de los que le querían bien, más poderosos que su voluntad, le obligaron á retirarse.

Toreó en capeas y sufrió achuchones sin cuento, único modo que tiene de aprender en este arte difícil el que lleva en el corazón el empeño de profesarle; tomó la alternativa en la plaza de Ronda, en 26 de Mayo de 1852, de manos de Francisco Ezpeleta, torero modestí-

simo, y se la confirmó en Madrid Antonio Sánchez «El Tato».

Desde que Gonzalo llegó á la tierra baja, simpatizó de tal modo con el célebre Juan Pastor, que desde entonces ambos toreros fueron, como suele decirse, uña y carne; juntos marcharon á Cuba, logrando allí nuestro biografiado grandes victorias, muchos aplausos y lo que vale más: mucho dinero.

Volvió á Madrid, y aquella época fué en la que toreó más en España y en la que recibió la alternativa en Madrid; después toreó en Francia con gran aceptación, volviendo á ella por segunda vez cuando *Paris-Murcia*, á exhibirse, como él decía, en la fiesta del circo hipódromo, como un comparsa, y á comprar rusos y más rusos con que soportar la temperatura de aquellos días.

A propósito de esto, un amigo nuestro, gran aficionado, nos refería la siguiente anécdota:

«Confianto en que el clima de París sería tan bonancible como el de la capital de España, Mora fué allí bastante ligero de ropa, y no se abrigó interiormente más de lo que tenía por costumbre para vestir el traje de luces. Salió, pues, como se ha dicho, con todos sus compañeros á simular en la pista del circo hipódromo el paseo de cuadrillas á la española, que dicho sea de paso, resultó francés, y efecto de la causa antedicha, cogió un enfriamiento mayúsculo, que degeneró en constipado.

»Al día siguiente vióse á Gonzalo embutido en dos paletots atravesar apresuradamente el boulevard de los Italianos y tomar la avenida de la Opera. Allí le paró un amigo.

»—¿Dónde vas, Gonzalo?

»—A Madrid.

»—¡Tan abrigado!

»—Sí; comprendo que voy ligero de ropa,—dijo el torero;—pero no temas, ya me abrigaré más.

»—¿Y «Lagartijo»?

»—No sé; ayer se metió debajo de un gabán ruso, y no sé si á estas horas vivirá todavía.»

Mil anécdotas, auténticas todas, pudiéramos referir de este lidiador madrileño que supo conservar hasta la muerte las simpatías que despertó en su juventud. Como torero, era cortito y no tenía especialidad ninguna; capeaba serio y parado, y era desigual con la muleta y deficientísimo con el estoque. En resumen, no llegó á la categoría de estrella ni tampoco á la de estrellado. La afición madrileña le reconocía, sin embargo, un defecto muy grande: *el haber nacido en Madrid.*

*
* *

Recuerdo y superstición.—Dice don Angel Monares: «Eran las dos de la tarde del día 20 de Abril de 1862.

»En el piso segundo de una casa de la calle de las Infantas, cuyo número no recuerdo, y en el salón principal que ocupaba el matador de toros José Rodríguez «Pepete», se encontraban el que estas líneas escribe (muy niño en aquella época), el famoso empresario don Justo Hernández, don José Santacoloma, fundador del periódico taurino *El Tábano*, el inteligente aficionado don Joaquín Marraci, y su sobrino Leopoldo Llanos (otro niño de mi edad, en cuya compañía había ido yo á conocer al célebre matador).

»A las cuatro de la tarde se iba á verificar la corrida extraordinaria de toros, primera de aquella temporada.

»El cielo, ora nublado ora iluminado por alegre rayo de sol, amenazaba lluvia.

»La conversación entre Marraci y los banderilleros Juan Yust y «Caniqui», versaba sobre cuál de los dos

trajes que fuera de sus fundas de percalina se hallaban colocados en las correspondientes sillas, había de vestir el espada.

»Los diestros opinaban se pusiera el azul con guar-nición de seda negra, por si se metía la tarde en agua; Marraci y Santacoloma estaban en desacuerdo; el ma-tador y don Justo hablaban junto á uno de los balco-nes de la sala, acerca de los toros que habían de lidiarse en las corridas sucesivas, y no se habían enterado de lo que se discutía. Los dos mozuelos callábamos, contemplando con admiración los trajes y los rostros morenos y típicos de los banderilleros.

»De pronto «Pepete» intervino en la conversación, diciendo:

»—No hablemos más de eso; me pondré el verde y oro (1), y si se moja, ya se secará. Vamos á vestirnos, que es tarde.

»Hago caso omiso de lo que se habló hasta que se encontraron vestidos los toreros y en disposición de marchar á la plaza; han pasado treinta y cinco años, y aun me parece ver al matador en toda la plenitud de la vida, alegre y contento, bajar, acompañado de don Justo Hernández, la escalera, para subir al coche que había de conducirle al circo taurino.

»En el portal, los apretones de manos y la frase sa-cramental de despedida: *hasta luego, salir con bien*. Al poner «Pepete» el pie en el estribo del carruaje, se de-tuvo, y volviéndose á su banderillero Juan Yust, le dijo en voz baja pero perfectamente clara para el que subscri-be, que se encontraba á su lado: «algo malo me va á su-ceder esta tarde; se me ha olvidao el escapulario», y en seguida subió precipitadamente en el coche.

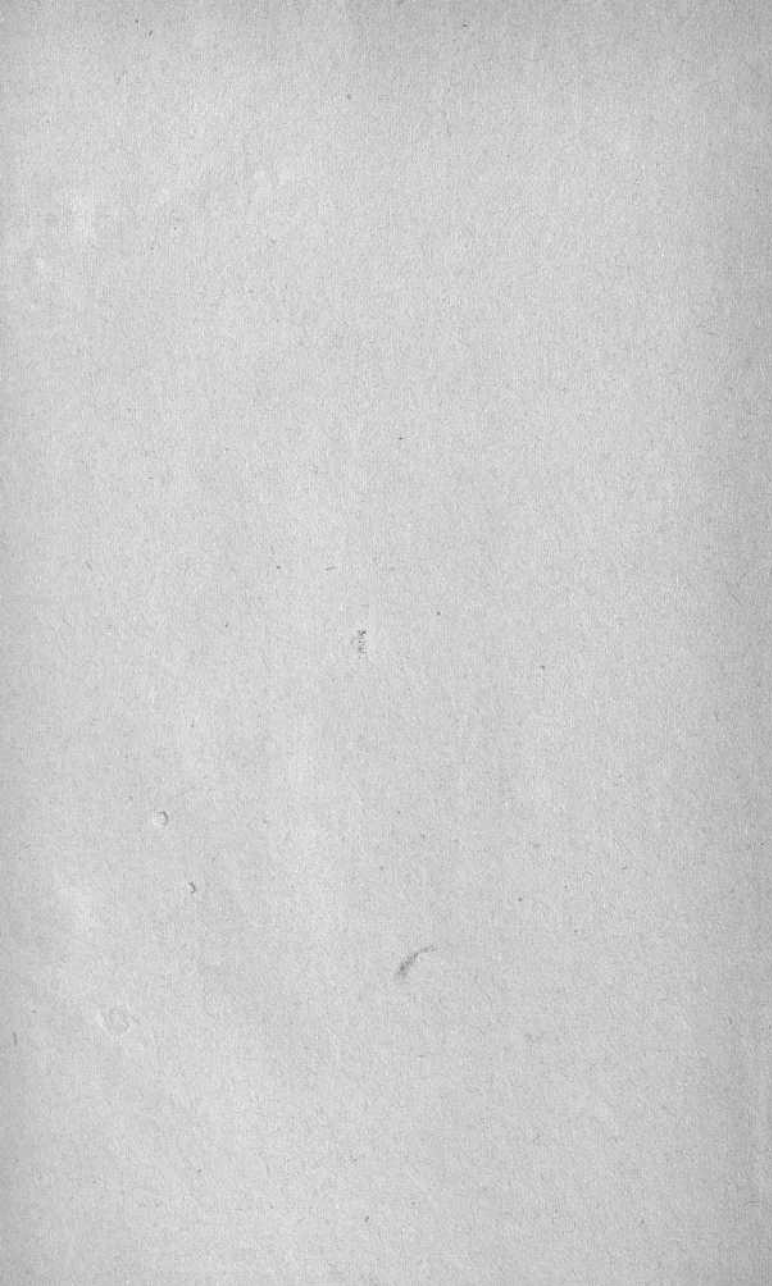
.
.

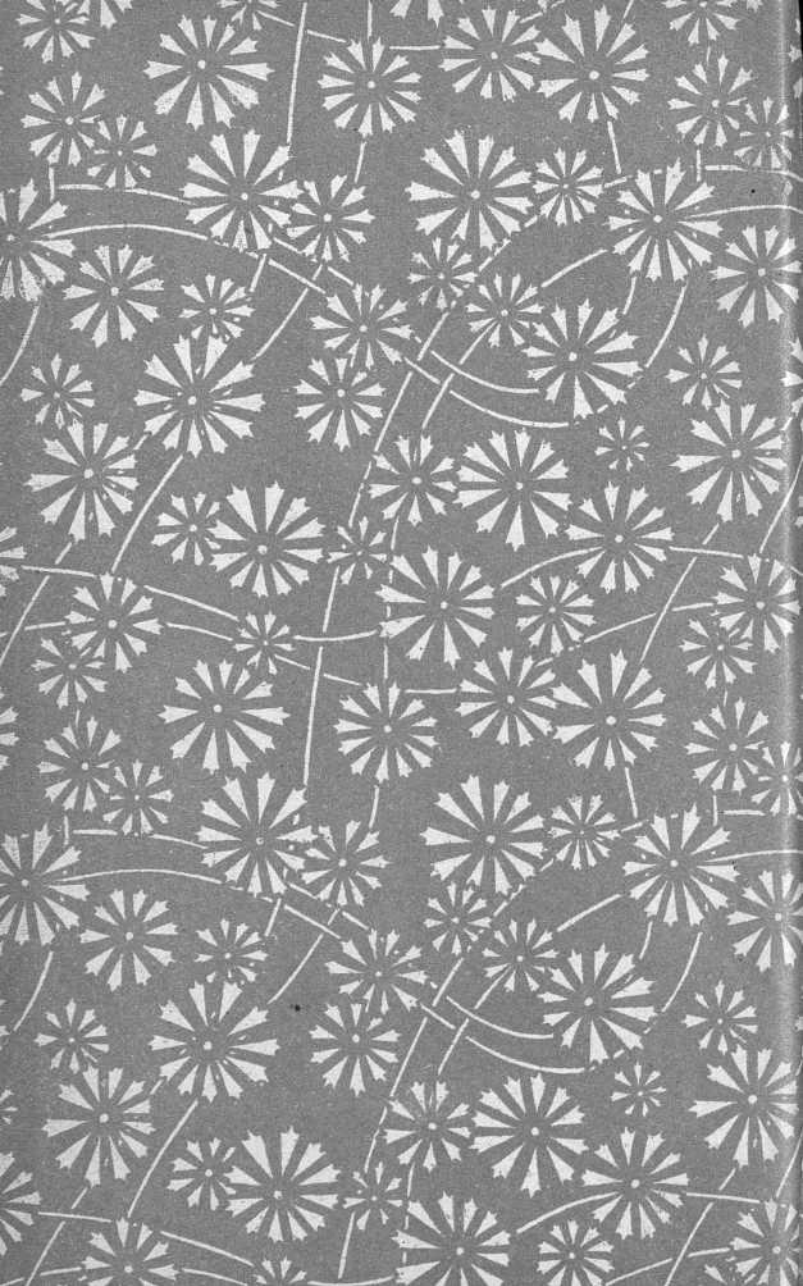
(1) Este traje lo adquirió «El Salamanquino», vistiéndolo la primera tarde que toreó en Madrid después de la muerte de «Pepete».

»Dos horas más tarde, el famoso y valiente espada cordobés fué cogido y muerto por el toro «Jocinero» de la vacada de Miura. Los temores del supersticioso espada se habían confirmado; no llevaba consigo el escapulario de la Virgen de la Esperanza, y al salir á hacer el quite á uno de los picadores de tanda, fué alcanzado por el primer toro de los que se lidiaron aquella tarde.

»¡¡Quién sabe si esto no hubiera sucedido al llevar colgado al cuello el escapulario de la Virgen, de que tan devoto era el malogrado espada!!»

FIN





MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Número.	43	Precio de la obra.....	Pesetas
Estante.	1	Precio de adquisición..	
Tabla...	2	Valoración actual.....	
Número de tomos.			



43.

TENTHRAQUIA

CERIOSA

